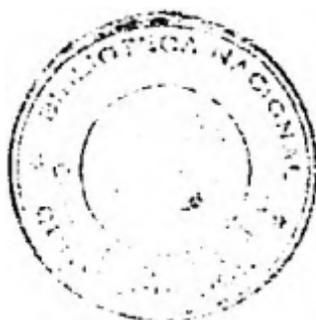


BIBLIOTECA NACIONAL
78
1 P.N.
1
Quito-Ecuador

Este libro es propiedad de la Biblioteca  
 Nacional de la Casa de la Cultura  
 Su venta es penada por la Ley

# RETABLO



Recojo en este libro una parte de mi labor de juventud dispersa.

C. A.

# Obras de CÉSARE ARROYO

---

**Retablo (FIGURAS, EVOCACIONES, ESCENAS...).**

**Modernos Poetas Mexicanos.**

**Mirando a España (CRÓNICAS).**

**La Vida rota (NOVELA).**

**Cuentos de Amor y de Dolor.**

**La Noche blanca (COMEDIA ESTRENADA EN EL TEATRO SUCRE, DE QUITO).**

CÉSARE ARROYO

# RETABLO

FIGURAS, EVOCACIONES, ESCENAS

PRÓLOGO DE

GONZALO ZALDUMBIDE



BIBLIOTECA NACIONAL

DE MADRID

COLECCION GENERAL

0318 AÑO 1986

BIBLIOTECA NACIONAL

**BIBLIOTECA  
ARIEL**

MADRID

---

---

**ES PROPIEDAD  
DERECHOS RESERVADOS**

---

---

# PRÓLOGO

*Regreso a la patria distante, multitudes en son de guerra, oradores que las soliviaban, emociones grandes, más grandes que el pecho oprimido por un vasto amor a las cosas que parecían sensibles al retorno del hermano ausente... Una noche, pues, ya lejana, alguien a quien conozco yo muy de cerca, alguien que se me parece como un hermano desaparecido, hubo de hacer oír, en un recinto caldeado por la pasión popular, su flaca voz. Al salir, dos manos se le tendieron como portadoras, en un solo haz, del fuego de la multitud, y vió un rostro que ardía al reflejo: era fervido e incontenible, César Arroyo. Así le conocí. Sus juveniles fervores se encendían a cada instante, por todo, por nada, inútiles y bellos como luces a la luz del sol.*

*En esas mañanas de Quito, cristalinas, únicas, en que la tierra, bajo el azul inverosímil del cielo altísimo, muestra tal frescura en su verdor tierno, que parece recién creada. Muchas veces, mientras yo me iba a caballo a respirar horizontes, él se quedaba leyendo, con un asombro de descubrimientos que trasponía para él los mundos. O le veía por esas calles dilapidando el cándido tesoro.*

*Desde entonces, una amistad que para durar ni siquiera ha necesitado igualdad de ideas o de caracteres, ha crecido en la ausencia y venido a parar en esta para mí honrosa y para ambos grata consagración. .*

*De los muchos literatos que habrá de haber conocido y tratado a diario en el risueño Madrid, quizá más de uno se habría prestado a amparar con su prestigio cierto este libro de primicias. Ha preferido su autor dirigirse a mí, acaso porque a los treinta—«funesta edad de amargos desencantos»—, si se adquieren buenas relaciones y se traba conocimiento con gente extraña, amistades ya no se fundan, de esas que resisten a la ardua prueba de un prólogo.*

*¿Podré formular un juicio algo imparcialmente? Más de una vez ha hecho él de mí un elogio tan desmedido, que sólo en fuerza de su honda sinceridad he podido yo perdonárselo y olvidar. Para evitar el riesgo de que se vea en mi apreciación obligado retorno de cortesía, habré de ser parco y breve, aunque parezca ingrato, y aunque contraste violentamente con la hermosa generosidad de que es corta muestra este libro pródigo.*

*Al verle en sus mocedades malgastar esos excesivos y sucesivos entusiasmos suyos, en medio a los afanes de nuestra inconexa y desorientada cultura de aprendices de civilizatos, preguntábame yo si habría de ser siempre así. Esperaba, o más bien temía, que la vida le diese medida. ¿Sería eso cortarle las alas? Diez años creo han pasado: y he aquí de nuevo intacto. Si he evocado, al comenzar, la imagen que está al origen*

*de nuestra amistad, es porque al leer ahora esta bella página sobre Galdós, he vuelto a encontrar al entusiasta impenitente de antaño en actitud que me ha hecho recordar, con ser más extremada en fervor y mejor fundada en motivos que altamente la justifican, el ademán de la noche aquella, lejana ya:*

*«El momento—dice, hablando de la inauguración de la estatua de Pérez Galdós—es de una honda e impercedera emoción.»*

*«Las aclamaciones a Galdós se suceden sin interrupción, y se prolongan, acompasadas por el gorjeo de los pájaros, que tornan líricas las frondas acogedoras del Buen Retiro.»*

*«Entonces irrumpe entre la concurrencia, y se presenta ante el maestro, un emocionante grupo de niñas ciegas, que pone en manos de Don Benito un ramo de flores, que éste besa, tembloroso.»*

*«El acto, tan sencillo como conmovedor, con vistas a otros tiempos, a los tiempos clásicos en que se sabla glorificar en vida a los genios, ha terminado. El pueblo de Madrid, después de haber escrito esta página bella y honrosísima en su historial de pueblo culto, comienza a dispersarse. El maestro ha conseguido, no sin trabajo, volver a tomar su coche, y en él se dirige a su domicilio—el morisco hotelito del barrio de Argüelles—, seguido por el pueblo, que continúa aclamándole.»*

*«Antes de que D. Benito Pérez Galdós llegara a su carruaje, el cronista, que consiguió ir muy cerca del maestro, pudo tomar respetuosamente una de sus*

*manos y poner en ella un mudo beso conmovido.»*

*En esto que tan galicanamente llamáramos ahora un gesto, el joven todo fervor de los tiempos mozos está todavía entero. La espontaneidad de su acto corresponde perfectamente a su sentir interior. Y en este caso, el admirador ingenuo ha mostrado con toda elocuencia cuán conscientemente veía en la obra de Galdós el rostro, el alma, la pasión, la vida toda de España. Esa mano era para él un símbolo.*

*Su culto a España no se ha desmentido. De sus ilusiones, ninguna fué mayor que la de venir a España. Gobiernos paternos, como son los nuestros a menudo, le dieron modo de realizarla. Trajo de América a España lo que España no buscó en América, un tesoro nuevo, un amor que no se ha agotado. No sé que España haya hecho mucho por beneficiar este filón a flor de alma. Eso es lo de menos. Lo esencial en amor es amar. Pero aunque en amor quizá está demás comprender, esta inteligencia amante busca y halla sus razones entre las mejores. Se nutre de lo que sabe y de lo que desea, quiere compartirlo y se da por entero en lo que reparte. Sus artículos, sus conferencias, tienen un calor de alma, un acento tan efusivo, que es de admirar cómo da importancia a sus motivos y fundamentos cuando en devoción tan desinteresada, ordinariamente basta con sentir. No le basta con exhortar, quiere convencer, y diserta en vez de exclamar. Quiere servir. Americanismo fervido, españolismo acendrado, convergen en él a un mismo ideal. Aspiró a ser en su esfera «lazo de unión». E insiste, in-*

*vade, persuade. Sus conferencias en el Ateneo llenan este objeto.*

*Casi todos sus escritos contienen rendido homenaje a la cultura española. América, según él, y tiene mucha razón, debe a España gratitud imperecedera, así no sea más que por haberle dado «la lengua de Castilla, este, como él dice, maravilloso instrumento verbal, mar diáfano, sereno y transparente en el que se diluyó un gran espíritu». En su conferencia sobre el romancero ecuatoriano como en su conferencia sobre Olmedo, y donde quiera que trate de literatura hispanoamericana, su doble amor halla ocasión de unir y entrelazar las dos ramas vitales del idioma. Y en mi concepto, aun los distintivos que, siguiendo a algunos escritores, cree él ver en nuestra literatura, no son tales que la den un alma peculiar ni basten a hacer de ella un día una literatura aparte. Cuando dice que «el alma hispanoamericana se patentiza en una literatura considerable», me parece que persiste en su mente algo de la confusión creada al querer mirar toda literatura como un espejo en que se retrate el alma de un pueblo. Que existe en formación un alma hispanoamericana, probándolo están—pero como se prueba el movimiento: andando—veinte naciones semejantes que viven, obran y sienten. Pero esta alma aún no se destaca inconfundible y distinta en su literatura; no llegará nunca a ser tal y tan diferente de la española y de la europea occidental, que baste a informar una literatura substancialmente diversa. «Todos los elementos de un mundo nuevo—dice*

*el autor—, actuando de consueto, han moldeado el alma española, la han modificado y han dado una resultante magnífica: el alma hispanoamericana.» Pero ésta es reconocible tan sólo en ciertos aspectos de la vida y las costumbres. Ahora bien: nuestra literatura no ha reflejado nunca éstas en su tenor general ni en esos aspectos más particulares. Lo que ella ha patentizado no es «el alma hispanoamericana», sino las influencias exclusivamente literarias, venidas siempre de fuera, que nos han enseñado a sentir, a pensar y a expresarnos de cierto modo. La literatura no ha concurrido en ninguna época con nuestro estado ni fue nunca producto espontáneo del suelo. No podía ser de otra manera, en literatura de aprendices que tenían a la mano, en la propia lengua, modelos que les evitaban la necesidad de inventarlos trabajosa y primitivamente. ¿Refleja en algo el alma de la colonia adormecida y fosa, o sus costumbres patriarcales, su encrespada literatura gongórica? El gongorismo extremó la parte decorativa, de ficción y de fantasía que el criterio clásico había legitimado en la obra de imaginación—mitologías, arcadias, alegorías, comedias, todo el mundo figurado—, cuando no era obra de lección, de moral y conocimiento de las pasiones. Desatendió toda realidad trasponiéndola a un dominio hermético de alucinación verbal. Privados durante toda la colonia, principalmente a causa de esta aberración pseudo-culta, de los métodos clásicos de análisis y de introspección, nos ignorábamos por entero en lo tocante a nuestra verdad interior y exterior. Luego*

la literatura de la Enciclopedia inició a los despertadores de nuestras nacionalidades en las teorías del hombre universal, en los principios del derecho humano, de donde surgió toda aquella legislación genérica y abstracta, toda aquella ideología política que hasta hoy persiste en un confuso humanitarismo, con absoluto desentendimiento de lo apropiado y autóctono. ¿Hay algo de americano en el pseudo-clasicismo de los cantores de la Independencia, movimiento, sin embargo, el más capaz de revelarnos a nosotros mismos y hacernos tomar conciencia de nuestro ser? El romanticismo luego, que tan fácil y prontamente prendió en nuestro fondo indisciplinado, halagó, con sus perspectivas hacia el misterio y sus lontananzas sentimentales, con su vaguedad y su excitación indefinida, nuestra pereza de soñadores y nuestra ignorancia nativa. Por lo demás, su tristeza removió la latente nuestra, melancolía impregnada acaso, inconscientemente, por cohabitación, de la tristeza del indio: mas la falseó al colorearlo, e injundirla el hábito de que venía henchida la poesía reveladora y maestra. Aun así falseada, la tristeza que aprendimos fue la tristeza europea con todos sus sedimentos de sensualismo y de intelectualismo. En cuanto a la tristeza indígena, ni es la nuestra, ni aparece en nuestra literatura sino como nota aislada, que a nosotros mismos nos suena a folklore, y nos parece ajena, aunque no extraña. Habría que discutir la teoría que hace de esa nota perdula una de las características de la literatura nuestra. A lo nuestro nos indujo más propiamente el naturalis-

*mo Pero volver la atención a los asuntos locales, al paisaje, a la raza, a los campos y ciudades en gestación de futuro, no basta para hallar en ellos los elementos constitutivos de una literatura inédita, de algo aparte: pues no son los asuntos, sino el espíritu, no la materia, sino la manera, lo que imprime carácter a la obra. Para el poeta o novelista, como para el pintor, el asunto, el color, la anécdota son lo de menos. Sin embargo, hubiera sido bien que el realismo nos mantuviera más largo tiempo en la pintura de nuestro ambiente. Pero aún no había el triunfado del universalismo clásico y romántico, cuando el simbolismo advino y nos extravió de nuevo. Y henos aquí preguntándonos aún vanamente lo que somos y por qué somos.*

*La literatura, pues, no ha reflejado hasta ahora «el alma hispanoamericana», dado que ésta exista como un mundo propio, lo cual es tal vez dudoso. Para constituir una literatura de espíritu peculiar e inalienable, un pueblo necesita no sólo una sensibilidad original, una lógica particular, una historia aislada, una concepción propia de la vida y del mundo, sino otros muchos factores de que sólo disponen las razas puras o creadoras de civilizaciones típicas, autóctonas.*

*La sensibilidad literaria que hemos adquirido, que hemos aprendido—porque la sensibilidad se aprende, y más que la ciencia misma—, no puede ser diversa de la española y de la europea occidental, que la han moldeado a su imagen y semejanza. Lo que no se reconoce ordinariamente desde este punto de vista es que, más eficientemente que el medio, la raza y la época,*

*son los libros que leemos quienes engendran los libros que escribimos. Mientras aquéllos sean libros franceses y españoles, a ellos nos acercaremos en cuerpo y alma. No seremos, pues, originales.*

*No importa. Maurras ha demostrado que, para un griego de la grande época, la exigencia de originalidad habría sido impertinente y vana.—(Bien es cierto que ellos cogieron la flor del mundo y el mundo en flor.)—La belleza no tiene nada que ver con la originalidad. Y si hay tantas bellezas desconocidas como auroras están por nacer, las bellezas antiguas son siempre nuevas y por esencia inagotables como la verdad. Además, no hay originalidad sincera si es buscada y hallada a esfuerzos de voluntad: la única quizá que de veras vale es la que se ignora en su origen, la que de suyo brota, como de subterráneas fuentes. En todo caso, es condición estética secundaria, cuando no ilusión de un día, marchita al otro, que la repite o que la reemplaza.*

*No busquéis en este RETAMLO originalidad, ni novedades extremas de modernismo. En su autor hallaréis más bien recagos cultivados de un desusado y simpático romanticismo. Aun su crítica fervorosa, como todo en él, no es sino una manera más de desahogar su romanticismo. Su fervor no excluye el conocimiento, detallado, exacto; pero al tejer y destejer paciente de la crítica que analiza y luego recompone, que acepta, rechaza, distingue, él prefiere la coherencia y la integridad de la impresión en globo. Admira así a grandes rasgos, se dilata en generosas generalidades,*

*descansa en beatitudes sin merma. Sus entusiasmos orden sin consumirse. Alimentan sus efusiones sin amenguar su elocuencia con distingos vanos para su fin, antes cordial que analltico.*

*¿A qué contradecirle entonces si acaso ocurre que nos parezca en tal o cual página traspasar los límites, puesto que lo exagerado, lo ditirámico, hecho está únicamente de sinceridad y no de falso énfasis huevo? Si en su modestia no aspira a pensador ni a crítico, dejadle el uso y el abuso de esa su lengua toda en superlativos: que con ello da pábulo solamente a intemperancia tan generosa que bien quisiéramos ver cundir entre los del oficio. Si la envidia y el odio tienen su lucidez, el amor tiene la suya. Y es preferible la abundancia de esta cálida ingenuidad, de estos epitetos a borbollones, que no el elogio suministrado con cuentu-gotas.*

*Leed este libro vario, escrito con amor en años, libro de entusiasmo activo y de divagación imoginativa y sentimental. Pasaréis de la crónica al cuento, del puso de comedia a la evocación dramática, hullando bajo la profusa diversidad un mismo espíritu, en quien España ha acentuado sin violencia alguna el influjo de sus tendencias, de sus gustos y de su cultura, Español así y americano, doblemente habrá de interesaros. Y veréis por vosotros mismos, sin necesidad de guía, sus méritos de escritor, bien visibles a la lectura y en el solas que ha de procuraros.*

GONZALO ZALDUMIDE

París, 1921.

# EL ROMANCERO EN AMÉRICA

Conferencia leída en el Ateneo de Madrid,  
en el curso FIGURAS DEL ROMANCERO

## SEÑORAS, SEÑORES:

Cuando América, hija del milagro del genio de un hombre y de la fe de una Reina, emergió triunfante de las ondas turbulentas del ignoto Océano, la lengua de Castilla, este maravilloso instrumento verbal, mar diáfano, sereno y transparente, en el que se diluyó un gran espíritu, estaba casi perfecta. Eran las postrimerías del siglo xv, del siglo de los descubrimientos y se anunciaba el orto cargado de presagios del siglo xvi. La fábula tosca que naciera de la corrupción del latín, al contacto con los diferentes pueblos que poblaban la Península Ibérica, cada uno de los cuales expresábase en su idioma o dialecto peculiar, había sido elevada por el Rey sabio al más alto trono del Derecho, quedando desde entonces consagrada como lengua nacional. En su forma rítmica y en sus primitivas manifestaciones, la lírica y la épica, contaba ya con los cantares de gesta que habían florecido en las bocas de los juglares y de los trovadores, los cuales introdujeron el gusto por la poesía, difundiéndola a su paso, en una obra de líricos sembradores. Las heroicas hazañas, las historias de amor,



los sucesos memorables, infundidos del genio caballeresco de la raza, se cantaban al son de los laudes por esos peregrinos del ensueño y de la rima, cuyas frentes eran ceñidas de coronas en las Cortes de amor. Los trovadores se esparcieron por todas las comarcas de la Península y en todas partes cautivaban con la magia rítmica de sus canciones. A éstas siguieron los romances, derivaciones monorítmicas de los cantares de gesta, forma originaria de nuestra lengua y la más propia para contener su espíritu, de tal manera que parece serle consustancial. En los romances se contenían, principalmente, narraciones de aventuras, de hechos portentosos, en los que lo real y lo fabuloso aparecían mezclados. Pero ellos realizaron una gran obra: salvar del olvido muchos sucesos que no alcanzara a recoger la historia; y, sobre todo, identificar el espíritu nacional con el carácter del pueblo. Los romances que brotaron primitivamente de boca de los juglares y trovadores, pasando de generación en generación, siempre anónimos y orales, eran cantados por el soldado que iba a guerrear, por el arriero que cruzaba las sendas de Castilla, por la moza de las ventas, que después idealizará la divina locura de Don Quijote, por el ladrón de las encrucijadas, por el vago hampón y pícaro de las ciudades, por el pordiosero de los atrios de los templos, por el titiritero que embobaba a los rústicos y cándidos aldeanos. Y he aquí que por este medio, por el lírico engarce del canto, se sabían unidos y solidarizados los más diversos elementos sociales,

sintiéndose infundidos por una conciencia común, que fué la que preparó e hizo posible la unidad nacional, con el predominio legítimo de Castilla. En tanto ésto se consumaba, la lengua iba ganando en perfección, se mejoraban los ritmos, preparándose así la materia verbal con la que los genios del siglo áureo habían de forjar sus definitivas e inmortales creaciones.

El período comprendido desde el siglo xiii al xvi fué de gestación, de incubación, del apogeo de las Letras, que duró hasta finalizar el xvii. En la larga curva de esa noche trisecular, que va desde Berceo hasta Garcilaso, sólo algunos nombres resfulgen como estrellas: Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita, Pero López de Ayala, El Rabbi Sen Santo de Carrión, Pero López de Guzmán, el Marqués de Santillana, Juan de Mena, Jorge Manrique, Cristóbal de Castillejo y, sobre todo, Juan Boscán, el enamorado de la Italia renacentista, de la cual trajo el verso endecasílabo, que, desde un principio, tomó carta de naturaleza en nuestra poesía, y los elementos de una honda y transcendental revolución estética, que culmina en Garcilaso divino, ante el cual quedan oscurecidas todas las obras de sus antepasados; un poeta que parece de hoy, siempre actual, por su exquisitez, por su refinamiento, por su elegancia, por su versificación pura, armoniosa y musical.

Luego después, todas estas poesías, la popular, la erudita, la de los Libros de Caballerías, como ríos caudalosos de un mismo país, debían ir a desaguar en

aquel inmenso océano, que como tal debe ser considerado el genio de Lope de Vega, que creó el drama español, en el que se contiene toda la epopeya nacional.

La poesía romancesca estaba, pues, lograda, cuando el genio de Colón, navegando siempre hacia occidente, en busca del camino de las Indias, encontró un Nuevo Mundo, en el que el genio de España realizó la epopeya de heroísmo y de civilización más grandiosa que han visto y verán los siglos. La virgen América, con sus enormes territorios, con sus selvas milenarias, con sus ríos misteriosos, con sus volcanes ígneos e inaccesibles, con sus indómitas razas aborígenes, constituía un enorme contingente a la vida total de la humanidad, y, por tanto, a su literatura. El descubrimiento, que completaba el mundo, revolucionó todas las ciencias conocidas hasta entonces, desvaneciendo muchos errores y esclareciendo muchos misterios que hasta entonces se mantuvieron impenetrables.

Fué un momento renovador, en el que una raza indomable e imaginativa se desbordó sobre un Continente ávido, naciendo de esta cópula una civilización con caracteres propios. La literatura que corresponde a esta civilización se elabora, como ella, en una gesta difícil, silenciosa y lenta, que dura tres siglos, y como ella es, en líneas generales, un reflejo, una parodia, un calco de la que informaba el espíritu de la *Hispania Mater*, que en el momento supremo en que acometiera su inaudita empresa estaba toca-

da del genio antiguo, que la poseía como una fiebre sagrada.

Los Conquistadores españoles no sólo llevaron a la América el Romancero; hicieron algo más: vivirlo. Muchos poetas innominados escribieron entonces y publicaron poemas heroicos en el Nuevo Mundo; pero sólo uno, el Capitán Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, ha pasado a la posteridad con la frente ceñida con los laureles de la épica. Ercilla fué uno de los que vivió su poema. Cuenta la tradición que en los momentos de tregua del duro combatir, escribía su *Araucana*, algunos de cuyos cantos fueron grabados en las cortezas de los árboles de los campos mismos de pelea. Así tiene su magistral producción la fuerza, la grandeza, el calor humano de las obras universales. El asunto del poema no podía ser más grandioso y sublime: el choque de dos razas, de dos civilizaciones, de dos almas. Los héroes protagonistas recuerdan a los de Homero y Virgilio: Caupolicán puede ser un Aquiles; Lautaro recuerda a Ulises, así como el viejo Colocolo, por su prudencia y sabiduría, tiene puntos de contacto con Néstor. La constancia, la fe, el valor heroico de los Conquistadores por una parte; y por otra, la tenaz rebeldía, el ardimiento, la fiera de una raza que no quería ser sojuzgada; lucha cruenta y emocionadora, expresada en una lengua de bronce y, como él, resonante e impecederá. *La Araucana*, que es la Conquista, será tenida siempre, no sólo como un monumento del Parnaso español y del siglo xvi, sino de la épica univer-

sal, siendo la prueba más gallarda en contra de la generalizada afirmación de que España no ha producido una epopeya propiamente tal, cuando ella, personificada en un hombre de hierro, ha sido, al mismo tiempo, protagonista y cantora de una *Ilfada* tan grande y fabulosa e infinitamente más trascendental y eficaz para los destinos de la especie humana que la del mismo padre Homero.

Triunfantes los Conquistadores, sojuzgadas las razas aborígenes, sustituida la deficiente civilización indígena con la superior civilización cristiana, mezclada la sangre ardorosa de las tribus con la noble sangre española, fundida la mentalidad rudimentaria de los indios con la elevada mentalidad de los europeos, amasado el primitivo barro étnico con la arcilla delicada que vivía en las estatuas latinas, surgió una sociedad homogénea, matizada por naturales diferencias, sobre las cuales, atenuándolas, se erguía una creación espiritual: el idioma, que a despecho de las diferencias étnicas y sociales de ese entonces, mantenía unidos en un solo haz a todos los pueblos del más vasto imperio conocido hasta entonces.

En esos siglos de sueño y de crepúsculo que comprende la época colonial, se fraguan de una manera lenta y laboriosa las actuales nacionalidades americanas. ¿Tuvieron éstas, en aquella época, una literatura propia? Es ya un lugar común, repetido hasta la saciedad, que la literatura americana no es sino un reflejo de la española. Vinculados por siempre esos pueblos a la Madre Patria por el inquebrantable lazo del

idioma, la literatura que ha podido florecer en aquellos países es una literatura de imitación, que se ha nutrido con la savia robusta y fecundante de la literatura española. El idioma castellano fué impuesto de tal manera por los Conquistadores, que hoy es el único posible en la América hispana, y él ha moldeado hasta tal punto nuestra psicología, que nos asimila y nos incorpora perennemente a un grupo humano: la raza hispánica, y a un tipo de cultura: la civilización latina.

Aceptado lo anterior, como no puede menos de serlo, por constituir hechos incontrovertibles, hay que aceptar su necesaria consecuencia: la de que la poesía, la literatura toda, el idioma mismo, por la acción del medio y obedeciendo a una ley biológica que, como tal, se cumple irremisiblemente en todos los organismos que son trasplantados de su suelo original a otro distinto, han sufrido transformaciones más o menos importantes que, sin despojarles de sus profundas esencias originarias, han creado nuevos tipos genuinamente americanos. Clima, sangres aborígenes de las que en el Nuevo Mundo ha quedado un grueso sedimento, sangres de inmigración que a raudales acuden a fecundar esas comarcas; diversidad grandiosa de escenarios naturales, restos de idiomas extintos que retoñan en los brotes de vocablos indígenas, que por designar objetos netamente americanos no encuentran equivalente en nuestra lengua; voces ancestrales, tradiciones y leyendas; todos los elementos, en fin, de un mundo nuevo actuando de

consuno, han moldeado el alma española, la han modificado y han dado una resultante magnífica: el alma hispanoamericana, la cual se patentiza en una literatura considerable que, siguiendo la evolución natural y lógica de todas las literaturas, se encuentra hoy culminando su primera etapa: la edad lírica, que no puede presentarse más radiante ni más fascinadora.

Interesantísimo resultaría el estudio de las transformaciones sufridas por la literatura española en América, señalando los elementos con que se ha enriquecido, las características que se han reafirmado, las que se han atenuado o se han perdido; pero ésto nos llevaría muy lejos en un examen documentado, serio y hondo, que está muy por encima de mis pobres fuerzas. En llegando a este punto, con el fin de recordar aquí esta importantísima cuestión, que no ignora el cultísimo público que me dispensa la alta merced de escucharme, tengo que recurrir a uno de los maestros de América, al exímio poeta y literato Don Luis G. Urbina, que en *La vida literaria de México*, libro en el que se contiene el curso que sobre literatura mexicana, dió, hace dos años, en la Universidad de Buenos Aires, trata este punto con su indiscutible competencia y con su peculiar belleza de forma:

« ... Mucho ha dejado entre nosotros—dice Urbina—el alma española; pero por debajo de esta herencia palpita, con energía avasalladora, el sedimento indígena. A la alegría sanchuna, al delirio quijotesco, se juntan dentro de nuestros corazones la tristeza del

indio, la fuerza selvática del antepasado, la ancestral desconfianza del sometido, la descoyuntada dulzura del aborigen. Y si somos mexicanos para vivir, lo somos para hablar, y para soñar, y para cantar. Y estos son los elementos, los materiales con que componemos nuestra obra de arte. Y es de notar que si algo nos distingue principalmente de la literatura matriz, es lo que, sin saberlo y sin quererlo, hemos puesto de indígena en nuestro verso, en nuestra prosa, en nuestra voz, en nuestra casa, en nuestra música: la melancolía. Mirando los campos de la Mesa Central, de un gris dorado y salpicado por los verdes florones de púas de ágave, y las matas de apretados discos de obsidiana, de las nopaleras; mirando nuestras largas llanuras inflamadas por el crepúsculo de la tarde, y nuestras montañas borrando su violeta pálido en el horizonte, sentimos que en nuestro pecho se remueven oscuras añoranzas y vagas inquietudes, y, entonces, nos sentimos impregnados de la hierática melancolía de nuestros padres los *colhuas*. Una resurrección sentimental se apodera de nuestro carácter de novohispanos. Y por eso nos inclinamos incesantemente a melancolizar nuestras emociones. A todo le echamos y le ponemos un tinte de melancolía. Y no sólo en las cuerdas líricas, sino hasta en nuestros arranques épicos, hasta en nuestra gracia risueña, hasta en nuestro fugitivo *humerismo*, sulemos poner una arena de esta melancolía. Perfumamos regocijos y penas con un grano de copal del sahumerio *tolteca...*»

¡La melancolía!, una melancolía dulce y resignada, hecha de nostalgia y de amor imposible, es, efectivamente, como con tanto acierto señala el ilustre literato, lo que caracteriza a nuestra poesía y a nuestra

música, tornándolas más tiernas, más sueves, más humanas, envolviéndolas en un vaho de lágrimas, al través de cuya sutil neblina se esfuma la feérica visión de un imperio que se perdió para siempre. Acompasan y riman esta melancolía escanciada, como gota de llanto, en el frágil vaso de la copla, los sones suspirantes del rondador, que es la flauta pánica de los siete carrizos; las notas caliginosas, enceladas, de una lujuria primitiva, de la marimba, que, para alegrar sus noches de esclavitud bajo los trópicos, llevaron a la América las tribus africanas; las melodías sensuales de la guitarra morisca, que allí suena más tierna, más insinuante, más mimosa y más triste; el aire sensible-ro, criollísimo del bambuco; el tono ingenuo y primitivo del *yaraví* evocador de las dulces *chirimlas* de Atahualpa, y cuyas notas parecen arrastrarse por el polvo de los caminos en el fracaso de una rota inspiración:

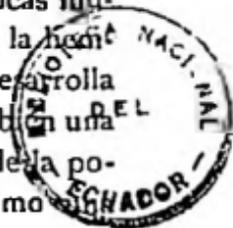
*«La tristeza mora vno del desierto,  
montada a la grupa de un potro español...»*

Dijo el poeta de América. Pero esa tristeza no es nuestra tristeza; es la tristeza andaluza, engendrada por una fatalidad ancestral y por oscuros e ineluctables designios. La fuente primigenia de donde mana a raudales acerbos la irremediable tristeza americana, creo que hay que buscarla en un corazón de mujer, en el corazón de la india de la Conquista. Los guerreros españoles, argonautas perseguidores del vellocino de oro, que fueron, en los primeros tiempos, a la aventu-

10

ra de América, apenas llevaron unas muy pocas mujeres de su tierra. A la mujer, mejor dicho, a la hembra, la iban a encontrar allá. Y mientras se desarrolla la epopeya de la Conquista, se desarrolla también una lucha primitiva, callada, oscura, brutal: la de la posesión de la hembra, que cruza fugitiva, como una sombra, por un inflamado escenario de tragedia, siempre acosada, perseguida por el hombre blanco, barbudo como un fauno, que la alcanza y lucha con ella y la hace suya, como en los tiempos pánicos, en plena selva, a orillas de los ríos, a la vera de los caminos... Esos ayuntamientos son meramente casuales: el mismo azar que junta, separa a la pareja; después, la india es madre y llora en silencio, arrullando en su regazo al hijo del odio. La tristeza hosca y reconcentrada del hispanoamericano proviene de allí: es el grito, el alarido, el sollozo, el llanto de nuestras madres remotas, en el abandono desesperado. Esta fase violenta fué la primera del choque de las dos razas. Luego, las dos se mezclaron: la española, siempre generosa y noble, se dió a la raza aborigen, se fundió con ella en un abrazo secular, siendo éste, para honra de España, un raro caso en la historia de las civilizaciones, de una raza sojuzgadora que se liga a la sojuzgada, y si España no tuviera otros títulos, bastaría este nobilísimo y humano para reivindicar su acción total como conquistadora y civilizadora del Nuevo Mundo.

También se distingue la literatura hispanoamericana por otra excelencia opuesta a la melancolía: la gra-



cia fina y epigramática. El idioma, creación esencialmente popular, había logrado subir por escalas de seda a los regios alcázares, a los almenados castillos, desatando romances de cortesanía o floridos madrigales, en los delicados oídos de las recatadas y pulidas castellanas, y había logrado también ascender hasta Dios mismo, siendo la lengua incomparable de la mística. Pero de tan excelsa altura volvió a descender, y en boca de pillos, bandoleros, truhanes, vividores, tahures, rufianes, celestinas y meretrices, había llegado a los más bajos fondos sociales, zambulléndose en su légamo, de donde sacó la perla preciosa de la picaresca. Allí, en la entraña del bajo pueblo agudo, listo y decidor, encontró el idioma jugos vitales, que nutrieron su sangre, robustecieron sus músculos y templaron sus nervios, dándoles una flexibilidad, una ligereza, una gracia, una donosura, con las que vive y chispea, derramando la sal de sus epigramas, de sus modismos, de sus refranes, de sus dichos, en un humorismo fino, de la más pura ley, cuya tradición castísimas, arrancando del viejo Arcipreste, llegó a lo sublime en Cervantes para esplender en Quevedo, Hurtado de Mendoza, Alcázar, Alemán, Alarcón, Moreto, Tirso, Isla, Lafuente, Moratín, Bretón de los Herreros y el inolvidable Fígaro.

En la literatura castellana que se ha producido en América, puede decirse que el humorismo empezó con el genial Juan Ruiz de Alarcón, y de él hasta Ricardo Palma, como nube de abejas áticas, se levanta en el Continente un verdadero enjambre anónimo de

epigramas, de sátiras, de coplas picantes, algunas de las cuales han tenido poder para hacer saltar de su silla a un Virrey, a un Presidente de Real Audiencia o a un Corregidor, en la época colonial, o para derribar un Gabinete en la republicana.

Otra de las notas que distingue y da carácter a la literatura hispanoamericana, es la ternura, la melosidad mimosa. Nosotros podremos ser rudos y fieros en la acción: no hay sino que echar una mirada retrospectiva a las guerras civiles, a las matanzas fratricidas que han ensangrentado el suelo de la América. Hay escenas de tragedia bárbara, cuadros de sangre primitivos y emocionantes, verdaderas hecatombes y algún hecho de *populo bárbaro* que ha causado sensación en el mundo. Y todo ésto ha ocurrido casi siempre entre hermanos, hijos de una misma patria, disputándose, como un trofeo sangriento, el poder para algún soldado audaz, para algún rudo caudillo; el poder, que debe ser sacrificio y sentimiento de responsabilidad. Hemos cometido enormidades; pero siempre, eso sí, con los mejores modos. De ahí que se hayan inventado aquellas frases de zarzuela grande, de Ramos Carrión, o de opereta, de Perrín y Palacios, puestas siempre en boca de americanos de caricatura: «Le voy a perjudicar a usted, mi amigo, pegándole un tirito con esta pistolita que no falla», o «Tenga usted la bondad de ponerse en el cuadro para fusilarle». Nuestro lenguaje, no sólo el familiar, sino aun el culto, abunda, rebosa en diminutivos, y la disidencia de éstos no es ya en *illo* e *illa*, según la

estructura del lenguaje castizo, sino en *ito e ita, ico e ica*, con lo que los vocablos aparecen aún más tiernos, más reblandecidos, más destilantes de miel cordial.

También tenemos que acusarnos de una incurable tendencia a la hipérbole. Todo lo abultamos, todo lo exageramos, con un sentido que se acerca algo a la hinchazón Innata a nuestros hermanos de raza, los portugueses; de tal manera, que en los raros casos en que la hipérbole es la expresión justa que reclama nuestro sentir o nuestro pensar, nos encontramos en un grave aprieto, porque ya toda la reserva de expresiones superlativas la hemos dilapidado a diario; y así como los adjetivos sublime, maravilloso, colosal, insuperable, enorme, definitivo, divino, etc., los hemos empleado, como si dijéramos, para andar por casa, cuando en realidad nos salen al paso sustantivos que, en justicia, merecen estas calificaciones, como el léxico no las tiene más altas, resulta su aplicación, hasta cierto punto, ineficaz. En la literatura hispanoamericana del siglo XIX hay un verdadero monumento que, en medio de aciertos geniales y de una contextura del clasicismo más puro, adolece del defecto de la rimbombancia declamatoria. Me refiero al famoso Canto a Bolívar, en la batalla de Junín, de D. José Joaquín de Olmedo, quien, sin duda, por una reminiscencia de Virgilio, del que tan empapado estaba, rompe su poema, como todos sabéis, de este modo onomatopéyico, verdaderamente tonante:

«El trueno horrendo que en fragor revienta  
 y sordo retumbando se dilata  
 por la inflamada esfera,  
 al Dios anuncia que en el cielo impera.  
 Y el rayo que en Junín rompe y alhuyenta  
 la hispana muchedumbre  
 que más feros que nunca amenasaba  
 a sangre y fuego eterna servidumbre;  
 y el canto de victoria  
 que en ecos mil discurre enardeciendo  
 el hondo valle y la enriscada cumbre,  
 proclaman a Bolívar en la tierra  
 árbitro de la paz y de la guerra...»

.....

Y así, predominando este diapasón, sigue el canto, por otro lado admirable, y que tuvo su mejor crítico en el mismo héroe glorificado, en el propio Bolívar, quien, a su vez, tan declamatorio y enfático, en sus proclamas, en esa página hugiana de su *Delirio sobre el Chimborazo* y hasta en su correspondencia particular, hace a Olmedo este reparo al analizar con gran sentido crítico, con verdadero criterio de técnico literario, su poema, en unas cartas interesantísimas, las mismas que, en el curso pasado, tuve el honor de leer desde este mismo alto sitio.

Melancolía irremediable, gracejo fino, dulzura mimosa, tendencia a la hipérbole, énfasis declamatorio, por todos estos sutiles filtros ha pasado la poesía española en América, transformándose, modificándose,

acendrándose, hasta venir a alcanzar una cristalización definitiva y eterna en el genio de Rubén Darío, que en las formas, no sólo más legítimamente, sino hasta más ranciamente castizas, como en vasos sagrados del ritual del idioma, él, Sumo Sacerdote de la religión del arte, vertió la quintaesencia de su alma refinada y el santo vino de la inquietud universal.

Señaladas estas características, sería interesante hacer un estudio, aunque somero, de la poesía popular en América; pero ésto, a más de alargar desproporcionadamente este humilde trabajo, no está, vuelvo a repetirlo, dentro del estrechísimo círculo de mis modestas posibilidades, y nada nuevo podría decir ante un público como el del Ateneo, especializado en literatura, como en tantas otras disciplinas, a quien le son familiares estas materias, después de los trabajos de investigación acerca del *folklorismo*, realizados por tantos sabios españoles y americanos, a la cabeza de los cuales están los egregios maestros Menéndez y Pelayo y Menéndez Pidal. Pasando, pues, ésto por alto y sin salir del tema de mi trabajo, voy a reducir el campo visual, enfocando la cuestión sobre la literatura ecuatoriana, que yo, como la esclava de las *Mil y una noches*, que no sabía sino historias de su país, no sé sino cantares de mi patria. Mi propósito, al subir emocionado a las altitudes de esta cátedra generosa, no ha sido otro que el traer ante vosotros un manojo de florecillas silvestres de las montañas y de los valles ecuatorianos, para depositarlo, como una ofrenda sencilla, en el ara sacrosanta

de este altar excelso de la cultura española, de la cultura europea.

Transplantado por el brazo fuerte de los Conquistadores el árbol frondoso del romancero castellano con sus múltiples ramas, que corresponden a la clásica división de los romances en épicos, líricos, primitivos, eruditos, históricos, caballerescos, moriscos, vulgares, varios, al agro virgen que comprendía aquella parte del Imperio de los Incas, abogó la incipiente vegetación poética que allí había podido crecer, porque el don del canto es innato al hombre y se da siempre, aun con la civilización más rudimentaria. Los incas y los aztecas, mejor dicho, los aztecas y los incas, habían sido, de todas las razas que poblaban la América precolombiana, los que habían alcanzado mayor grado de relativo progreso: cultivaban las artes, especialmente las arquitectónicas y las suntuarias; ejercitaban algunas industrias, sobre todo, las textiles; habían construido magníficos caminos y calzadas; su Gobierno, aun cuando era en extremo autócrata, tenía un sentido patriarcal, rigiendo una equitativa y justa distribución de las tierras; su legislación se inspiraba en los principios inmanentes e innatos de la eterna moral humana; su religión se fundaba en la adoración de los astros, especialmente del sol y de la luna, y en el acatamiento al Emperador, que era, a la vez, Sumo Sacerdote; sus lenguas, quienes las han estudiado, afirman que se trata de idiomas ricos, flexibles, expresivos y sumamente concisos. Pero no conocían la escritura fonética, por lo cual

nada podemos saber de su literatura, que es presumible que, en la época precolombina, se hayan reducido a las prístimas formas colectivas: el himno guerrero y el himno religioso, quizá también el cantar erótico. Esta carencia de literatura escrita es la que ha apresurado la muerte definitiva de esas lenguas, porque lo que asegura la supervivencia de un idioma es el acervo precioso de sus piezas literarias, como acontece con el latín, que siendo un idioma por nadie hablado, siempre será estudiado por razón de los inmortales monumentos literarios que en él se contienen. Desaparecida la civilización incásica, desapareció también su idioma, del que aún se conservan vestigios corrompidos y adulterados por la mezcla del español, en la jerga bárbara que hablan, en algunas comarcas, los naturales de pura raza indígena. España, hay que decirlo todo, arrasó con la civilización incásica; pero en lugar de esa civilización incipiente que, sin duda alguna, estaba destinada a perecer, levantó el monumento de la única civilización posible, de la civilización cristiana, de la civilización moderna. Los actuales hijos de esas hoy florecientes Repúblicas, que son los países del porvenir, no nos quejamos, ni tenemos derecho a quejarnos, de la Conquista: nosotros somos solidarios con España; hay solución de continuidad entre nosotros y las razas aborígenes de América, de las cuales todo nos es distante y casi ignorado.

En el momento del choque de las dos razas y cuando se inicia la agonía de la vencida, surgen como ala-

ridos del dolor de todo un pueblo, unos cantos elegíacos que son como su lírico epitafio. Son cantos primitivos, sencillos, ingenuos, los de ese romancero de postrimería, que aun sin comprender el idioma en que están expresados, tienen un no sé qué de desgarramiento y de dolor humano inenarrable. Algunos de esos cantos han llegado hasta nosotros vertidos a nuestro idioma, en su forma poética más natural y adecuada: el romance. De entre ellos, por referirse a un hecho que puede ser considerado como símbolo del vencimiento y de la inmolación de los indios, y por ser una composición indudablemente ecuatoriana, aunque de autor innominado, he escogido para leer aquí la siguiente:

### Elegía a la muerte de Atahualpa.

*En un corpulento guabo  
un viejo cárabo está,  
con el lloro de los muertos  
llorando en la soledad,  
y la tierna tortolilla,  
en otro árbol más allá,  
lamentando tristemente  
le acompaña en su pesar.  
Como nieblas vi a los blancos  
en muchedumbre llegar,  
y oro y más oro queriendo  
se aumentaban más y más.*

*Al venerado Padre Inca  
 con una astucia fatal  
 cogieronle, y ya rendido  
 le dieron muerte fatal.  
 ¡Corazón de león cruel,  
 garras de lobo voraz  
 como a indefenso cordero  
 le acabasteis sin piedad!  
 Reventaba el trueno entonces,  
 granizo caía asaz,  
 y el sol entrando en ocaso,  
 reinaba la obscuridad.  
 ¡Al mirar los sacerdotes  
 tan espantosa maldad,  
 con los hombres que aún vivían  
 se enterraron de pesar!...  
 ¿Y por qué no he de sentir?  
 ¿Y por qué no he de llorar,  
 si solamente extranjeros  
 en mi tierra habitan ya?  
 ¡Ah! venid, hermanos míos,  
 juntemos nuestro pesar,  
 y en este llano de sangre  
 lloremos nuestra orfandad,  
 Y vos, Inca, padre mío,  
 que el alto mundo habitáis,  
 estas lágrimas de duelo  
 no olvidéis allá jamás.  
 ¡Ay! no muero recordando  
 tan funesta adversidad,*

*¡y vivo cuando desgarrar  
mi corazón el pesar!*

Luego, al triunfo de los hombres blancos, que extendieron su dominio absolutista y férreo sobre todas aquellas tierras del sol, en nombre de los Reyes de España, sobrevino la dispersión y el éxodo de una parte de la raza vencida hacia las inmensas y misteriosas selvas orientales lindantes con el Brasil, adonde se retiraron muchísimos indios, los que no tuvieron el valor de enterrarse vivos ni la debilidad de quedar sometidos al vencedor, y en donde viven todavía sus descendientes, en estado completamente primitivo. Este éxodo fué cantado en su extraña lengua, en versos que destilan un hondo dolor humano, y que, naturalmente, pierden al ser traducidos a nuestro romance. De aquellos luctuosos cantos de despedida, hay una reconstrucción en romance castellano, hecha por el ilustre poeta y literato, gran conocedor de la lengua *quéchua*, Don Luis Cordero, que ocupó la Presidencia de la República. Se titula: *El adiós del indio*, y dice así:

*Voy a vivir, patria mía,  
en país extraño y distante;  
tú no tienes para el indio  
ternura propia de madre.  
De esposa, de hijo y parientes  
compelido a separarme,  
parto esta noche en el acto*



*que la luna se levante.  
 Cual huye la tortolilla  
 del gavián que la invade,  
 y allá, tras los montes, busca  
 peñasco que la resguarde:  
 Así, cuidado me alejo  
 de mi opresor implacable,  
 y a ocultarme voy por siempre  
 en lejanas soledades.  
 Rico fui; su tiranía  
 me ha dejado miserable,  
 él me ha quitado de lleno  
 cuanto al gran Dios plugo darme.  
 Suya es mi casa, son suyas  
 mis perdidas heredades:  
 ¡ay patria, patria, yo vivo  
 cual paja que lleva el aire.  
 Aun la hija de mis entrañas  
 ha muerto en su vasallaje:  
 ¡el corazón en vez de ella  
 debió el bárbaro arrancarme!  
 De hinojos, puestas las manos,  
 dando lastimeros ayes,  
 la desdicha de ser indio  
 lloro ante el Supremo Padre.  
 Haga él lo que justo fuere:  
 tal vez mi dolor le place,  
 a su cuidado abandono  
 mis prendas en este trance.  
 Quizá, si él me lo permite,*



*de lejos vendré más tarde,  
 y con mi hijo y con mi esposa  
 saldré corriendo al instante.  
 Quizá podré en alta noche,  
 llegar por los matorrales  
 y, de improviso, bañado  
 de lágrimas, abrazarles.  
 ¡Oh! ¡Si a los tres en el fondo  
 de algún solitario valle,  
 nos cubriese una cabaña,  
 donde no lo sepa nadie!  
 Mas ¡ay! peregrino y solo  
 tal vez mi existencia acabe,  
 patria, sin pisar tu tierra  
 ni el último abrazo darte.  
 Muerto yo, ¿quién a los tristes  
 dirá: «Muerto es ya, lloradle»?  
 ¡Ay de los dos! ¡Cada noche  
 se causarán de esperarme!...  
 ¡He ahí, brillando la luna  
 por entre las nubes sale:  
 he ahí, también me aguardaba  
 la desdicha de expatriarme!  
 Voy a morir, patria mía,  
 en país extraño y distante:  
 ¡no tienes tú para el indio  
 ternura propia de madre!...*

Y adviene la Colonia, que fué para nosotros lo que la Edad Media para la Europa cristiana; pero, que so-

bre ser mucho menos larga, fué menos oscura, menos dolorosa. En ella se consolidó para siempre el espíritu de España en el Nuevo Mundo, y en ella cuajó nuestra verdadera nacionalidad. La elaboración de ésta, como todo proceso de gestación, fué lenta, callada, confusa, difícil y asaz penosa, como que se trataba nada menos que de forjar un Continente. El alma de España quedaba de manera indeleble impresa, y su personalidad gigantesca se extendía en América, por medio de su maravilloso idioma, paciente-mente trabajado y puesto de manifiesto en una gran literatura; de sus admirables Leyes de Indias, monumento grandioso de sapiencia y de justicia, gloria de la legislación universal; de su religión, indiscutiblemente humana y civilizadora, impuesta y propagada por sacerdotes y misioneros, en una obra de tesón y de sacrificio inenarrables. Ciertamente hubo abusos y que se cometieron crueldades y demasías, muy explicables, por otra parte; pero de ello no puede hacerse responsable a España como nación. América debe a España las bases y fundamentos de su cultura. No es cierto que todo fuera atraso e ignorancia en aquellos siglos de preparación. La Madre Patria fundó y sostuvo Escuelas, Colegios y Universidades en sus colonias de Ultramar. El sentido de la enseñanza en esos Establecimientos era esencialmente religioso; sus métodos memoristas, su pedagogía incipiente y rutinaria, es verdad; pero también es verdad que este sentido y estos procedimientos educativos, eran los únicos que se conocían en ese entonces. México,

Lima, Quito, Santafé, eran ciudades cultas, universitarias, en las que, hasta cierto punto, abundaban los teólogos, los humanistas, los literatos, los poetas. En Quito solamente, llegaron a existir, durante la Colonia, tres Universidades: La de Santo Tomás de Aquino, regentada por jesuitas; la de San Gregorio Magno, por dominicos, y la de San Fulgencio, por agustinos. «La Universidad—dice el sabio maestro don Justo Sierra, hablando de la Nueva España—, nació con la sociedad engendrada por la conquista, cuando no tenía más elementos que aquellos que los mismos conquistadores proporcionaban o toleraban.» Así se explica la formación de tantos hombres versados en letras humanas, de verdaderos sabios, de historiadores, de juristas, teólogos, de literatos y poetas que florecieron en todos los dominios de España, en ese entonces, siendo sus nombres como antorchas que iluminan la semiobscuridad de esa etapa y señalan el camino de la cultura actual, de la que son los maestros precursores. El romancero que predomina en América, en aquella época profundamente mística, es el religioso, siendo de toda la Historia Sagrada, las que se relacionan con Jesús Niño, los motivos que cautivan y que cultivan con más cariñosa preferencia esos pueblos niños. Hay una verdadera abundancia de romances, seguidillas, villancicos y cantigas, dedicados al Niño Jesús. Como una muestra de esta clase de composiciones, voy a presentar una que, por su ingenuidad, por su ternura, por su gracia fresca y hasta por su inverosimilitud y anacronismo, parece

una tablita de aquellas en que los primitivos expresaron la transparencia inefable de sus almas puras. El asunto es la profecía que una gitana hace al Niño Jesús, en aquellos tiempos en que no era conocida la raza gitana, ni vagaba, como ahora, por el mundo, menos por Palestina. Esta composición pertenece al Padre Jacinto de Evia, poeta quiteño, que floreció en el siglo XVII. Hela aquí:

### Una gitana al Niño Jesús.

*Dame una limosnita  
niño bendito,  
dame las buenas pascuas  
en que has nacido:  
niño de rosas,  
dale a la gitanilla  
pago de glorias.*

*Si me das la mano,  
infante divino,  
la bucaventura  
verás que te digo.*

*Miro aquí la raya  
que muestra que aún niño  
verterás tu sangre  
baño a mis delitos.  
Serás de tres reyes,  
rey reconocido,  
y a este mismo tiempo*

*de un rey perseguido.  
 En tu propia patria  
 con ser el rey mismo  
 vivirás humilde,  
 vivirás mendigo.*

*Dame una limosnita,  
 niño bendito.*

*Miro esa otra raya  
 que es de tu martirio;  
 morirás en Libra  
 si nacistes en Virgo.  
 Tendrás corta suerte  
 aun de los amigos,  
 pues de un paviaguado  
 te verás vendido.*

*Pasarán tus años  
 ¡oh, con qué prodigios!  
 A los treinta y tres,  
 de amores rendido,  
 dejarás la vida.*

*Si el cruzado leño  
 suere tu cuchillo,  
 cuchillo de palo  
 cortará tus bríos.*

(Los cuatro versos finales son, como se ve, de un gongorismo ingenuo y del peor gusto.)

También hay de los tiempos coloniales, en América, un romancero pastoril no escaso, pero todo él inficionado del amaneramiento, del engolamiento, del

alambicamiento, de la falsedad y del artificio que aquejaban a la poesía española de aquel tiempo. Y era una paradoja, una ironía, un verdadero absurdo, que frente a una naturaleza única se empeñara la musa de aquel tiempo en forjar relamidos paisajes artificiosos para que sirvieran de escenario a idilios ñoños de Filis, Clorindas, Fabios y Batilios, pastoras y pastores, zagales y zagalas de guardarropía, melindrosas y almibaradas ellas, y ellos, sensibleros y declamatorios. De estos romances pastoriles, tomaré uno, al azar, como de los demás; pues en las piezas que voy presentando no he hecho una verdadera selección, que resultaría muy difícil, tratándose, como se trata, de composiciones, que se conservan sólo por un interés arqueológico, ya que son muy raras aquellas que muestran una inspiración sobresaliente. He aquí un romance pastoril, siglo xviii, menos que mediocre, por cierto, escrito por el P. Mariano Andrade, religioso quiteño:

*Por divertir los cuidados  
que en la corte se granjean,  
hizo que Fabio buscara  
los retiros de la aldea.*

*Muchos fueron los pastores,  
muchas las zagalas bellas,  
que admiró por bien habladas,  
que veneró por discretas.*

*Pero Andrea entre todas  
le prendó por más atenta;*

*que fuera muy necio en Fabio,  
escucharla y no quererla.*

*Desde entonces vive triste  
entre cuidados y penas,  
que un amor disimulado  
mientras se calla atormenta.*

*No se atreve a declarar  
la pasión que así le aqueja,  
porque teme que al oirla  
le menosprecie severa.*

*Y aunque a sus ojos se ha visto,  
no se alienta aún a una seña,  
cómo se mira infelice,  
aún a explicarse no acierta.*

*¡Oh qué afligido pastor!  
Y pues, zagalas, de penas  
sabéis también y de amores,  
diciid a Fabio discretas:*

*Que es Andrea tan piadosa,  
que juzgo que al entenderlas,  
pagará noble en amor  
lo que le debe en finezas.*

*Escuchárale benigna,  
pues por deidad le venera,  
y es atributo divino  
el atender a las quejas.*

*¡Oh! qué de albricias promete,  
zagalas, si es que oye nuevas;  
que ya su Andrea amorosa  
a su amor amante alterna.*

Durante la Colonia, retozó también la musa festiva, y a esos lejanos tiempos se remonta lo tradicional del ingenio quiteño, que tiene fama en la América del Sur, por su fino gracejo, por sus dichos agudos, por sus epigramas intencionados. Todavía juguetean en la boca del pueblo algunos de aquellos epigramas con que los agudos quiteños de la remota Colonia se burlaron de Oidores y Alcaldes, de Alguaciles y Legistas, y, en fin, de todos aquellos señores graves de birrete y hopalanda, que el Rey Nuestro Señor enviaba a hacer la felicidad de sus amados colonos de las Indias Occidentales.

Cuando alboreaba la independencia, el pueblo expresó su entusiasmo por la causa patriótica en multitud de composiciones; pero, a decir verdad, ninguna de aquella época memorable, llamada de la *patria boba*, merece salir del justo olvido en que yace; pues todas son por el estilo y tan rematadamente malas, en el sentido literario, como ésta:

*Albricias, albricias  
patriotas amados,  
que van siendo libres  
los americanos.  
¡Albricias, señores!,  
feliz insurgente,  
felicísimo año  
de ochocientos veinte.  
Llegará, por fin,  
el tiempo esperado,*

*en que el insurgente  
ya no será esclavo, etc., etc.*

Y a este tenor, todo...

Con el advenimiento de la independencia, surgen en el horizonte sudamericano, preñado de tormentas fecundadoras, la descomunal figura de Simón Bolívar y sus grandes Capitanes. Son los héroes epónimos que van a realizar una empresa sobrehumana: la libertad de un mundo. Los jefes españoles son, por su parte, esforzados y valientes hasta la temeridad. Las batallas, las grandes acciones de la guerra de la independencia, se producen rápidas y llamíferas, en épica sucesión: Boyacá, Bomboná, Carabobo, Junín, Pichincha, Ayacucho, son nombres que suenan como cañonazos. Ya tiene el romancero americano sus héroes y sus acciones memorables. De todas partes surgen canciones patrióticas; pero, como ya dije antes, de toda esa verdadera balumba de composiciones que en las cinco Repúblicas creadas por el genio de Bolívar florecieron al calor de esa época inflamada, lo único que queda y que quedará en la literatura, con un valor estético perdurable, será el famoso poema de don José Joaquín de Olmedo: *La Victoria de Junín.—Canto a Bolívar.*

Las demás manifestaciones líricas son coplas y letrillas pueriles que hacen sonreír, como estos versos ramplones que llegaron a cantarse en las iglesias de Lima y Quito, durante la misa, entre la Epístola y el Evangelio.

*De Ti viene todo  
lo bueno, Señor;  
nos diste a Bolívar,  
gloria a Ti, gran Dios.  
¿Qué hombre es éste cielos  
que con tal primor  
de tan altos dones  
tu mano adornó?  
Lo futuro anuncia  
con tal precisión,  
que parece el tiempo  
cubierto a su voz...*

Así, puedo afirmar, de una manera franca y sin que, por desgracia, pueda ser contradicho por nadie, que la epopeya boliviana, como otras epopeyas, apenas pudo hallar un solo cantor condigno.

Separado el Ecuador de Colombia, en 1830, para venir a formar una nación autónoma, tal como hoy existe, durante los setenta últimos años del siglo XIX, su musa, siguiendo la orientación dominante en la poesía española, se muestra profundamente romántica, pero sin dejar de ser espontánea, y acusando ya una tendencia nacional.

A la segunda mitad de la pasada centuria, pertenece un romance magistral e imperecedero, que por su asunto, el más español, y por su forma castisísima, es un aporte peregrino al romancero del Quijote, al cual quedará para siempre incorporado. Me refiero al *Testamento de Don Quijote*, escrito en romance

castellano, e incrustado, como una gema, en el oro purísimo de las páginas del último de los inmortales *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, la obra inaudita del hombre extraordinario a quien la patria ecuatoriana venera como a su genio tutelar. Este maravilloso romance de Juan Montalvo, dice, como todos sabéis, así:

*Item: mando no dispongan  
Que me lloren plañideras:  
Al llanto ajeno renuncio,  
Si me llora Dulcinea.  
Rocio serán sus lágrimas  
Que mis lauros humedescan:  
Las compradas poco valen,  
Yo ambiciono las sinceras.  
Del amor el pecho es nido,  
El dolor en él se sienta:  
La que ama, la que padece,  
Desde el corazón las echa.  
Y las que surgen a impulsos  
Desa celestial dolencia  
Alivian a quien las vierte,  
A quien las causa, consuelan.  
Para un amante es muy grato  
Que su adorada padezca,  
Si su amable pesadumbre  
Esperanza, dicha encierran.  
Esas lágrimas que inundan  
A la que en mi se desvela,*



*Para mi son un trofeo,  
 Me subyugan y me alegran.  
 Las hay empero que nunca  
 Las congojas aligeran:  
 El amor llorando crece,  
 Llorando el amor se aumenta.  
 Llorar a tanto por lágrima,  
 Eso es vender la conciencia:  
 Ni se compran ni se venden  
 Nuestras afecciones tiernas.  
 ¿Para las cosas del alma  
 Precio alguno hay en la tierra?  
 Llorar de amor es muy dulce:  
 Llore, llore Dulcinea.*

*Item: mando que mis armas  
 En mi tumba se suspendan;  
 Ni ella tenga otros adornos  
 Que mi coraza y mis grebas.  
 Coronas para la virgen,  
 La lira para el poeta,  
 Para los sabios el libro,  
 Cada cual tiene su emblema,  
 En vida y en muerte al héroe  
 Su espada le representa:  
 La mia cuélguese al árbol  
 Que mi sepulcro sombrea.  
 En las edades venturas  
 Dirán con respeto al verla:  
 Esta fué una muy gloriosa;  
 Nadie a tocarla se atreva.*

*La mano que la empuñaba  
 La meneó con destreza:  
 Al oprimido, al inerme  
 Socorrer era su tema.  
 ¡Qué invencible caballero  
 El señor que la maneja!  
 Pura bondad con el bueno,  
 Con el malo cosa horrenda.  
 Al postrado le levanta,  
 Allí su tuerto endereza.  
 Si un soberbio da en sus manos,  
 Le castiga la soberbia.  
 A su sombra puesta en salvo  
 La viuda se contempla:  
 Huerfanillo, ese es tu padre;  
 Ese es tu hermano, doncella.  
 Mi capacete, mi yelmo,  
 Mis brazales, mi babera,  
 Mis manoplas, mi loriga  
 Póngase dentro la reja.  
 Y si la gloria me prende  
 Una lámpara perpetua,  
 Arde junto a la llama  
 Que de mis armas se eleva.  
 Item: mando que construyan  
 Una pirámide egregia  
 Do repose mi caballo  
 Para su memoria eterna.  
 Esto si no se le crige  
 Una ciudad estupenda,*

*Como ya hizo para el suyo  
 El gran capitán de Grecia.  
 Legado honroso y amable  
 Que obliga a los que me heredan:  
 Si mucho pedir es ésto,  
 Hágase lo que se pueda.  
 Pero en menos no consiento  
 Que en oro su imagen bella  
 Se labre, y en un museo  
 Con grande honor se le tenga.  
 Si se llamó Bucefalia  
 La ciudad de aquella pieza,  
 La ciudad de Rocinante  
 Se llamará Rocinecia.  
 Y como van peregrinos  
 Los turcos hacia la Meca,  
 Seguirán los caballeros  
 De Rocinante la estrella.  
 Mi caballo, ¡mi caballo!  
 Mucho el dejarte me pesa;  
 Pero no puedo llevarte  
 Do la eternidad me lleva.  
 Siempre con bien me has sacado  
 De la batalla sangrienta;  
 Sobre ti nunca he temido  
 Tomar sobre mí una empresa.  
 Humilde para tu dueño,  
 Alto y soberbio en la guerra,  
 En el andar ¡qué constancial,  
 En el comer ¡qué modestial,*

*La triste, menuda grama  
 Te bastaba en la floresta,  
 Y aún menos si sucedía,  
 Que durmiéramos en venta,  
 Como animal, todo esfuerzo;  
 Como amigo, a toda prueba:  
 Lealtad y simpatía,  
 Gratitud y consecuencia.  
 Tomad, hombres, el ejemplo  
 Desta incomparable bestia:  
 Grandes sed, pero sufridos;  
 Sacad fuerzas de flaqueza.*

*Item: mando que los quintos  
 Del completo de mi hacienda  
 A Sancho Panza se entreguen  
 Por premio de su asistencia.  
 Los salarios son aparte,  
 En los quintos eso no entra;  
 El precio de su trabajo  
 A nadie se le descuenta.  
 Escudero decidido  
 Como pocos en la tierra:  
 Si yo con hambre, él con hambre;  
 Si yo peleo, él pelea.  
 En el vaivén de la noble  
 Profesión caballeresca,  
 Siempre a mi lado mostrando  
 Virilidad y firmeza.  
 Necesidades, fatigas,  
 Manta, palos y refriegas,*

*En la impavidez de su alma  
 Cualquier trabajo se quiebra.  
 Comer, si quiere la suerte;  
 Dormir, si tiempo nos queda;  
 En este sinfin de angustias  
 Mi escudero ni una queja.  
 Escudero ¡mi escudero!  
 Para ti no hay recompensa;  
 Según lo que tú mereces  
 No hay cosa que no merezcas.  
 Hecho el desfalco del quinto,  
 Esa manda satisfecha,  
 A mi sobrina le toca  
 Lo restante de mi hacienda.*

*Item más: si con el tiempo  
 A ser andante viniera  
 Alguno de mi prosapia  
 Que de la nada aún no llega,  
 Mando que para escudero  
 A Sancho Panca se atenga,  
 Porque a lo fiel, a lo honrado  
 Añade éste la experiencia.  
 Y en alcanzando el imperio  
 Que al buen andante le espera,  
 Hágale conde o gran maestre;  
 Así Don Quijote premia.*

Las Repúblicas hispanoamericanas poseen una verdadera riqueza en cantares populares, romances y coplas; producciones de don Juan Pueblo, que no se

sabe quién las compuso, y que van de generación en generación, porque expresando estados de ánimo peculiares a un grupo humano, por lo fáciles y espontáneas, por la correspondencia cordial que en ellas siempre se encuentra, cualquiera que las cante o recite, parece que hubiera podido componerlas. Y todos nos emocionamos cuando, acompañada de la guitarra, oímos a veces en el silencio, como una saeta que se clavara en el corazón de la noche, cantada por una voz armoniosa y tremante, una copla de nuestra tierra.

Los cantares del pueblo ecuatoriano han sido recogidos con todo amor por un benemérito de las letras nacionales, el ilustre Don Juan León Mera, poeta, novelista, costumbrista, filólogo, historiógrafo, investigador y crítico literario, a quien tanto debe la cultura del Ecuador, y que ha reunido en un volumen todos esos romances, canciones y coplas de poesía popular, de la cual se expresa así al final de la introducción puesta a su interesante, curioso y bello libro:

«El retrato moral de un pueblo está en sus cantos; retrato a veces hecho de mano maestra, como hizo Rembrandt el suyo propio. Es necesario no menospreciar la musa popular, y se debe recoger y conservar sus frutos, escogiéndolos, por supuesto, porque de seguro son útiles por muchos conceptos, y en todo caso se honra al pueblo. En el sistema democrático, el pensamiento y el corazón del pueblo, sus derechos y deberes, sus costumbres y aspiraciones, son partes muy principales en la urdimbre de la vida civil y política; ¿por qué sus afectos y recuerdos, sus

dolores y sus esperanzas expresados sencillamente en serventesios y seguidillas, no han de entrar en la vida literaria? Las florecillas del campo no dejan de ser flores, porque se llaman así las cultivadas con esmero en los jardines: el débil junquillo que crece junto al arroyo, no deja de pertenecer a las gramíneas, porque en las márgenes del Amazonas crece la gigante *guadua*, reina de esa familia vegetal. ¡Y cuántas veces entre esas florecillas han asomado gallardas rosas! ¡Y cuántas veces algunos junquillos se han transformado en aquellas monstruosas cañas! Infinidad de grandes poetas ha tenido el mundo nacidos en humilde cuna, y que a no haberse educado felizmente para el arte, habrían sido sólo pobres copleiros. En el pueblo hay buenos ingenios que se malogran por falta de cultivo. La Naturaleza les obliga a manifestarse, y de aquí vienen los torrentes de versos populares que ruedan por nuestras calles y pasan como el agua de las tempestades desbordadas, turbias y dando monótono sonido. A veces no son torrentes, sino arroyos; son gotas cristalinas que caen para ser absorbidas por el polvo. Recibamos el agua de esos arroyos para gustar de ella; enseñemos el hueco de la mano para que esas bellas gotas no caigan en el polvo. Depositemos los versos populares en las páginas de nuestros libros.»

Y de esa pura y clara linfa de que nos habla el señor Mera, que brota del inexhausto manantial del corazón del pueblo, se ha nutrito el árbol, hoy en pleno desarrollo, de la poesía ecuatoriana, el mismo que en unión de esos otros árboles robustos por los cuales puede ser representada la poesía en los demás países de la América nuestra, forma el bosque sagrado y portentoso de la poesía hispanoamericana.—HE TERMINADO.

**El Poeta de la Independencia Americana:**

**DON JOSÉ JOAQUÍN  
DE OLMEDO**

**Conferencia leída en el Ateneo de Madrid, en el  
curso oficial de 1918**

**SEÑORAS, SEÑORES:**

La epopeya de la Independencia española y la epopeya de la Emancipación americana—consecuencia ésta de aquella—fueron, en el campo del pensamiento, a la manera de igneas y secundas tempestades que arrasando con lo viejo, artificioso y caduco, hicieron surgir una nueva y lozana floración de vida y de arte.

Clareaba en los horizontes históricos la aurora roja del siglo XIX, y un viento huracanado y renovador, procedente del formidable desequilibrio necesario de

la Gran Revolución, envolvía al mundo, agitando las cabezas empelucadas y secundándolas con los gérmenes de las nuevas ideas; barriendo las relamidas y delicadas figulinas watteau; arrebatando de manos de los poetas las frágiles flautas y sistros bucólicos, que se cambian por la trompa épica y por la negra lira de bronce que, al ritmo de enardecidos corazones, vibrara allá, en tiempos de Tirteo. Los pueblos hispánicos, desorientados, sin guías, pero sintiendo en lo profundo de su ser la divina noción de patria y la sublime intuición del sacrificio, empuñan todas las armas para conquistar su libertad y cantan sus luchas, sus rotas y sus victorias, por boca de sus grandes poetas: Quintana y Gallego, en España, y José Joaquín de Olmedo, en América.

No obstante, estos poetas resultaban revolucionarios en el fondo y clásicos en la forma: no podían sustraerse a los prejuicios dogmáticos, a los cánones clásicos, a las trabas y los preceptos de la forma, que continuaban moldeando la inspiración, sujetando el vuelo, quitando espontaneidad a los cantores de todas las libertades. Es que aún quedaban en el ambiente resabios de esa época de decadencia que a la gesta heroica había precedido, porque a todas las epopeyas preceden períodos de decadencia, en los que la vida que va a estallar parece que se afina, que se sutiliza en la languidez muelle y algo morbosa de todos los refinamientos. Fácil nos sería aquí abundar en citas históricas: la decadencia helena que precedió a la conquista romana, la decadencia romana que

precedió a la invasión bárbara, la decadencia francesa que fué el prólogo de la Revolución, hasta la maravillosa decadencia del París siglo xx, en los catorce años anteriores a la apocalíptica tragedia que, con la sensibilidad hipertrofiada y el alma atónita, todos hemos presenciado. Queremos solamente señalar aquí, como una de esas decadencias, la de las postrimerías del siglo xviii, se reflejó en el arte, comunicándole su amaneramiento, su alambicamiento, su artificio, que se rompieron, en la esfera social y política, con la Revolución, y en la literaria y artística, algo después, con la epifanía gloriosa del Romanticismo que, como un sol, apareció desgarrando las nieblas de Germania para seguir, triunfante, iluminando todo el vasto y límpido cielo de la civilización occidental.

Quintana, Gallego, Olmedo, son poetas de transición entre el engolamiento del siglo xviii, que se retrata en Meléndez Valdés y en Cienfuegos, y la explosión romántica de la primera mitad del siglo xix que culmina en el Duque de Rivas, Espronceda y el gran Zorrilla. De temperamento, educación y gusto clásicos, los primeros, la época inflamada les arrebató, y son ellos, en lengua castellana, aquende y allende los mares, los cantores de la Independencia. El estudio de estos poetas está ya hecho y agotado, y pretensión rayana en la insensatez fuera en mí intentar decir algo nuevo de ellos, a estas alturas y ante un público como el que me dispensa el honor de escucharme. Vengo únicamente, impulsado por un sentimiento de patria y de patria distante, a evocar a

Olmedo—su estudio está también agotado—, a recordarlo, en su triple aspecto de hombre bueno y sabio, de prócer creador de patrias y de vate glorificador de los héroes y de la libertad.

El punto de partida de esta evocación se remonta al año de 1757, en que el Capitán Don Miguel Agustín de Olmedo, hidalgo malagueño, embarcó en Cádiz para ir a desempeñar el cargo de administrador de Rentas Reales en Panamá, trasladándose, pocos años después, a Guayaquil, en donde se estableció definitivamente, llegando a desempeñar los más elevados puestos de la ciudad como Síndico, Alcalde y Jefe del Cabildo. Allí había contraído matrimonio este Don Miguel Agustín, cuya fortuna y posición se habían consolidado, con Doña Ana Francisca Maruri, de las más linajudas familias del lugar, teniendo el matrimonio dos vástagos: un hijo y una hija.

El primogénito, José Joaquín de Olmedo y Maruri, a quien estaban reservados tan altos e inmortales destinos, nació el día 19 de marzo del año 1780, en Guayaquil, que entonces formaba parte de la antigua Presidencia de Quito, y hoy es la segunda ciudad y el puerto más importante de la actual República del Ecuador.

No tendría aún diez años el niño cuando lo llevó su padre al Colegio de San Fernando, de Quito, dirigido por los PP. Dominicanos, en donde cursó los estudios de humanidades y latinidad, terminados los cuales fué enviado a Lima, bajo la guarda de su pariente el Obispo Don José V. Silva y Olave, para in-

gresar al Colegio de San Carlos, en el cual tanto se destacó, por sus talentos y bellas prendas, el adolescente, que a los veinte años era catedrático de Filosofía, tras de haber triunfado en reñidas oposiciones. Luego pasó a la célebre Universidad de San Marcos, obteniendo, en 1808, el título de abogado y entró a formar parte del claustro de la Universidad, como profesor de Digesto, por elección unánime de los catedráticos. Después revalidó su título en la Universidad de Santo Tomás de Aquino y se incorporó al Colegio de Abogados de Quito.

A partir de este momento, la instrucción académica de Olmedo está terminada. Su cultura tiene honda raigambre, sobre sólidas bases se sustenta su acervo espiritual, y es copioso y de la mejor ley su bagaje científico y literario. La formación de hombres así, de verdaderos maestros, como Olmedo, Bello, Espejo, Mexía, Motolinía, Caldas y cien más, nacidos y educados bajo el régimen colonial, son la prueba viva y palmaria del estado de florecimiento en que España mantenía la cultura en el Mundo que descubrió, conquistó y civilizó; tan contrario, en su realidad honrosa, a la leyenda de atraso, de obscuridad y de ignominia, que la mala fe, la pasión y la ignorancia han forjado en torno a esos tiempos que fueron de preparación, de formación y, como tales, tenían que ser silenciosos, lentos y difíciles.

Las poesías considerables de Olmedo que corresponden a esta primera época, son las tituladas «El Árbol», «A un amigo en el nacimiento de su hijo»,

«A la muerte de la Princesa de Asturias», y en ellas están en germen, en brote, en flor, el estro magnífico, los dones de poeta soberano que esplenden en sus cantos futuros.

En 1810 fué elegido Diputado por Guayaquil a las célebres Cortes constituyentes españolas que se reunieron en la isla de León, continuando sus sesiones en Cádiz, adonde llegó Olmedo en 1811, tomando asiento en la gran Asamblea, de la que llegó a ser Secretario y miembro de la Comisión permanente. Olmedo, cuyos talentos y facultades le llevaban por otros caminos que el de la elocuencia parlamentaria, no se destacó por la brillantez de su palabra, como su compañero, el glorioso quiteño, don José Mexía y Lequerica, diputado por Santa Fe, y cuyo verbo encendido de amor a la libertad y a la democracia resonó tantas veces triunfante, rimando dignamente con los de Argüelles y Muñoz Torrero, en el recinto augusto de esa memorable Asamblea. No obstante, Olmedo intervino con éxito en varias discusiones, sustentando siempre, con toda lealtad, sus ideas liberales; a su iniciativa y tesonero empeño se debió, en gran parte, la abolición de la especie de trabajos forzados que, con el nombre de *mitas*, imponía la administración española en sus provincias de Ultramar. Perteneció también a la Comisión que propuso y obtuvo de las Cortes la anulación del tratado celebrado entre Napoleón y Fernando VII, imponiendo al Monarca el deber de jurar y cumplir la Constitución del Estado. Disueltas por esta causa las Cortes, y resta-

blecido el absolutismo con todos sus abusos y demasías, comenzó la persecución de los diputados que en las Cortes habían sustentado ideas liberales, viéndose obligado, por esta causa, Olmedo, a permanecer oculto en Madrid durante algún tiempo, hasta que, al fin, pudo salir de España, llegando a Guayaquil en 1816.

José Joaquín de Olmedo, cuya firma consta al pie de la famosa Constitución del año 12, punto en que se inicia el actual sistema constitucional de España, pertenece al grupo excelso de los inmortales legisladores de Cádiz, y por este concepto sería también gloria española, si ya no lo fuera, por el hecho de nacer español y haber cantado, en lengua castellana, acontecimientos de la raza, con igual espíritu y entonación que los mayores vates del parnaso hispano.

Desde 1809, en que la heroica y legendaria ciudad de Quito lanzó en el Continente el primer grito de independencia, ardía la revolución en toda la América española. Tímido, vacilante, subterráneo, fué al principio el movimiento. Muchas más veces derrotados que victoriosos los guerrilleros americanos, no cejaban en su empeño de llegar a gobernarse por sí mismos. Fracasado el intento de aquel soñador valeroso y excelso que se llamó Miranda, la ardua empresa de la creación de nuevas nacionalidades parecía irrealizable, cuando en el vasto y convulso escenario de la América austral apareció el genio que los pueblos necesitan en los momentos culminantes y decisivos de su historia: Simón Bolívar, que condensó en

su múltiple personalidad gigante todos los anhelos de liberación y todas las ansias de reivindicación de los pueblos que, a toda costa, querían tener patria independiente, y que no satisfecho con libertar el suelo en que naciera, acometió y realizó, en una gesta digna de epopeya, la inaudita empresa de libertar una gran parte del Nuevo Mundo, la misma que hoy forman cinco naciones autónomas y soberanas.

El eco resonante de las victorias de Bolívar, y el amor a la libertad que siempre había sentido, hicieron que la ciudad de Guayaquil proclamara su independencia el 9 de octubre de 1820, eligiendo a Olmedo para ejercer la primera autoridad con el título de Jefe político. Al mes siguiente, pareciéndole muy pesada carga para sus hombros las responsabilidades del Poder, ejercido sobre un pueblo que se iniciaba en la ciudadanía, y en una época asaz agitada y convulsa, propuso a los comicios populares que eligieran una Junta de gobierno, procediéndose así, y resultando elegido el mismo Olmedo, como presidente, y como miembros, don Francisco Roca y don Rafael Jimena, quienes estaban respaldados y sostenidos por todas las fuerzas vivas de la ciudad.

Guayaquil, apenas nacido a la vida independiente, comenzaba, con débiles y vacilantes pasos, a recorrer el camino de la libertad. Todo era indecisión y desorientación en esos primeros momentos. El parecer de los habitantes, sobre la suerte que debía correr la ciudad, estaba dividido: unos eran partidarios de la anexión a Colombia; otros, de la anexión al

Perú; algunos creían que debía constituirse un Estado con sólo la provincia de Guayas, y otros, que se debía formar la República con los tres grandes departamentos del Guayas, Pichincha y Azuay, análoga a la que, con el nombre de Ecuador, se constituyó después, y existe hoy. De este último parecer era Olmedo, cuyo amor a la ciudad natal fué en su corazón, un sintiendo hondo, entrañable y nunca desmentido.

Hallábase el Libertador Simón Bolívar, durante aquella sazón, en Pasto, luchando tesoneramente, no sólo contra los españoles, sino contra los mismos pastusos, que rechazaban el nuevo régimen y se empeñaban tosudamente en seguir siendo colonos. Después de enviar Bolívar, en auxilio de Guayaquil y de Quito, un aguerrido batallón al mando del egregio General Antonio José de Sucre—el héroe sin tacha y sin mancilla, la personalidad más pura de la Independencia americana—, comprendiendo que se le iba a escapar aquel preciado fragmento de Colombia, fué en persona a Guayaquil, con su genio dominador se impuso a todos, y, sin pérdida de momento, proclamó la anexión de la ciudad a Colombia, mandando izar el pabellón tricolor en la plaza principal y a la entrada del puerto.

Para apreciar en su justo y subido valor ese acto de Bolívar, que consolidó la integridad de la patria colombiana, ya totalmente libre, gracias a la gran victoria obtenida por Sucre y sus ejércitos en las faldas del volcán Pichincha, a la vista de la ciudad de

Quito, el 24 de mayo de 1822, hay que tener en cuenta que aquella ciudad de Guayaquil y su provincia, sobre las que tantas miradas codiciosas se han dirigido siempre, constituyen uno de los parajes más ricos y maravillosos de toda la América tropical. El viajero que venga del Sur, costeando el Océano Pacífico, después de sentir la angustia de las playas peruanas, estepas desoladas, arenales yermos y sedientos, queda de pronto deslumbrado al entrar en el Golfo de Guayaquil. El cuadro se ha transformado como por encanto. A la monotonía tediosa de la playa desnuda y aplastada bajo un sol de castigo, ha sustituido un mágico panorama, pleno de luz, de exuberancia, de fecundidad y de color. Allí está la *Virgen América* vestida con todas sus galas fastuosas y milenarias: islas verdes que parecen una ofrenda floral del Continente al mar; playas revestidas de espesos y lujosos bosques; un río ancho y rumuroso que trae centenares de embarcaciones de todas clases, cargadas de los preclados frutos de que es pródiga la generosa naturaleza tropical. La brisa es tibia y está saturada de perfumes silvestres. En el cielo añil y radiante, se contonea el sol del Ecuador. Siguiendo bajo el sortilegio del esplendoroso fasto ecuatorial, aguas arriba, el curso de ese río, a las pocas horas de navegación, se llega frente a la ciudad de Guayaquil, que recorta su silueta alrosa y blanca, rayada por un bosque de mástiles, sobre la varia gama verde de la fronda y el azur bruñido del firmamento. Al Norte, en lontananza, como un fantasma blanco, rompiendo las

nubes con su frente, yergue su soberbia testa cana el Chimborazo. Él preside el cuadro, y es como una divinidad tutelar e inaccesible que vigilara eternamente la integridad de la patria, una, grande y perdurable.

Terminada su gestión gubernativa, Olmedo partió a Lima. Allí fué elegido diputado al Congreso Constituyente que se reunió, en la ciudad de los Reyes, en septiembre de 1822, y que fué el que dió la primera Constitución peruana, en la que Olmedo tomó parte principalísima, ya que fué quien redactó el proyecto de esa Carta Política.

Este mismo Congreso Constituyente resolvió, en 1823, llamar a Bolívar en auxilio del Perú, que, a pesar de los heroicos esfuerzos hechos por el benemérito General San Martín, tenía aún en poder de las esforzadas huestes españolas, mandadas por el General Canterac, buena parte del país. Olmedo fué el designado para ir a Quito, donde en ese entonces se encontraba Bolívar, a solicitar su decisiva intervención en favor de la causa peruana.

La memorable entrevista de los dos grandes hombres fué en extremo cordial. El poeta magistrado y legislador, dirigiéndose al guerrero genial, le dijo, entre otras cosas: «Todos, Señor, son elementos que sólo esperan una voz que los una, una mano que los dirija, un genio que los lleve a la victoria. Y todos los ojos, todos los votos, se convierten, naturalmente, a V. E.» «Señor diputado—contestó Bolívar—, yo ansío por el momento ir al Perú; mi buena suerte me

promete que bien pronto verá cumplido el voto de los hijos de los Incas, y el deber que yo mismo me he impuesto de no reposar hasta que el Nuevo Mundo haya arrojado a los mares a todos sus opresores. Y así fué, efectivamente. El Libertador que había emancipado ya a los pueblos que hoy comprenden las Repúblicas de Venezuela, Colombia y Ecuador, y que había jurado no descansar hasta ver a toda la América libre, no deseaba otra cosa que volar al Sur.

Aceptó, pues, en seguida y del mejor grado, la invitación que se le hacía, tan acorde con sus designios, partiendo en seguida al Perú, en donde tomó el título de Dictador, asumiendo el Mando supremo del ejército patriota, que en las célebres y gloriosas jornadas de Junín y Ayacucho, aquélla dirigida personalmente por Bolívar y ésta por Sucre, selló para siempre la libertad de la América española.

Con estas acciones memorables se cierra el ciclo heroico en el mundo de Colón. La lucha, siempre empeñada y valiente, fué noble de ambas partes. Guerra leal y caballeresca, no dejó tras sí ni vencedores ni vencidos. Desvanecidos los ecos de los últimos fragores, extinguida la postrer llamarada de la conflagración, ningún rescoldo de odio para el adversario de un tiempo quedó en el campo de la América, que siguió siendo tanto o más española que antes. Lo único que se cambió fué un régimen político; pero no se borró ni se torció el curso de una civilización inapreciable, contra cuya continuidad nadie

atentó ni pretendió atentar. Cuanto más se examina esos acontecimientos históricos, a la luz de moderna investigación, más se convence uno de la verdad de lo afirmado por historiógrafos, pensadores y sociólogos de diversos países, al sentar que la guerra de la Emancipación americana contiene en sí todos los elementos que caracterizan a las guerras civiles.

La gesta heroica de la Independencia y el genio político y guerrero que la realizara, hallaron en Olmedo cantor condigno. De todas las composiciones poéticas que surgieron en esa época batalladora, en la que se decidieron los destinos de un mundo, lo único que ha quedado y que quedará, será el famoso poema de José Joaquín de Olmedo, titulado *La Victoria de Junín*.—*Canto a Bolívar*, pieza épica de maravillosa inspiración, de purísima factura clásica y de una gran consistencia y elegancia de técnica. El triunfo de Junín lo inspiró, habiendo sido ampliado, en las nobles proporciones que muestra, al saber el poeta el resultado definitivo y glorioso de la batalla de Ayacucho. Este monumento literario, el más espléndido y duradero de cuantos se haya consagrado en el Nuevo Mundo, a Bolívar y a los héroes de la Independencia, data del año 1825. Es el canto más celebre y popular en Hispanoamérica, habiendo sido estudiado, dentro y fuera de ella, por los más eximios maestros de la crítica literaria del pasado siglo, desde Bello hasta Menéndez y Pelayo. Pero el primero, el mejor juez de esta obra, ha sido el mismo héroe protagonista del poema, el propio Bolívar, cuyo ge-

nio universal y protéico abarcaba las, al parecer, más opuestas y desemejantes disciplinas.

Y ésto es verdad, hasta el punto de que para exponer, de manera cabal, el plan del celeberrimo canto, y apreciar su valor estético, nada mejor que transcribir, siquiera fragmentariamente, la interesantísima correspondencia que, acerca del poema, sostuvieron Olmedo y el libertador Simón Bolívar. Esto es lo que voy a hacer ahora, seguro de que se me perdonará la extensión de la cita, en mérito a lo excelso de su procedencia.

Olmedo, en carta dirigida a Bolívar desde Guayaquil, en 15 de mayo de 1825, le dice, entre cosas:

«Mi querido señor y muy respetado amigo: Ya habrá usted visto el parto de los montes. Yo mismo no estoy contento de mi composición, y así no tengo derecho de esperar de nadie aplauso ni piedad. . . .

. . . . .  
 . . . . . Mi plan fué éste: Abrir la escena con una idea rara y pindárica. La musa arrebatada con la victoria de Junín emprende un vuelo rápido; en su vuelo divisa el campo de batalla, sigue a los combatientes, se mezcla entre ellos, y con ellos triunfa. Esto le da ocasión para describir la acción y la derrota del enemigo. Todos celebran una victoria que creían era el sello de los destinos del Perú y de la América; pero, en medio de la fiesta, una voz terrible anuncia la aparición del Inca en los cielos. Este Inca es Emperador, es Sacerdote, es Profeta. Éste, al ver por primera vez los campos que fueron teatro de los horrores y maldades de la conquista, no puede contenerse de lamentar la suerte de sus hijos y de su pueblo. Después aplaude la victoria de Junín, y anuncia que no

es la última. Entra entonces la predicción de la victoria de Ayacucho.»

«Como el fin del poema era cantar sólo a Junín, y el canto quedaría defectuoso, manco, incompleto, sin anunciar la segunda victoria, que fué la decisiva, se ha introducido el vaticinio del Inca lo más prolijo que ha sido posible para no defraudar la gloria de Ayacucho, y se han mentado los nombres del general que manda y vence, y de los jefes que se distinguieron, para dar ese homenaje a su mérito, y para darles, desde Junín, la esperanza de Ayacucho, que debe servirles de nuevo aliento y ardor en la batalla. Concluye el Inca deseando que no se restablezca el cetro del imperio, que puede llevar al pueblo a la tiranía. Exhorta a la unión, sin la cual no podrá prosperar América; anuncia la felicidad que nos espera; predice que la Libertad fundará su trono entre nosotros y que ésto influirá en la libertad de todos los pueblos de la tierra; en fin, predice el triunfo de Bolívar. Pero la mayor gloria del héroe será unir y atar todos los pueblos de América con un lazo federal, tan estrecho que no hagan sino un solo pueblo, libre por sus instituciones, feliz por sus leyes y riqueza, respetado por su poder.»

«Apenas concluye el Inca, todos los cielos aplauden: de improviso se oye una armonía celestial; es el coro de las vestales del sol, que rodean al Inca como a su Gran Sacerdote. Ellas entonan las alabanzas del sol, piden por la prosperidad del imperio y por la salud y gloria del Libertador. En fin, describen el triunfo que predijo el Inca. Lima abate sus muros para recibir la pompa triunfal: el carro del triunfo va adornado de las Musas y de las Artes; la marcha va precedida de los cautivos pueblos, esto es, todas las provincias de España representadas por sus jefes vencidos, etc.»

«Este plan, mi querido señor, es grande y bello (aunque sea mío). Yo me he tomado la libertad de hacer este análisis porque temo que, a pesar de la perspicacia de usted, usted no conociera toda la belleza de la idea, ofuscada con la muchedumbre de los versos, que es el principal defecto de mi canto. Dispénseme usted, pues, porque yo, descontento de la ejecución, me contento con la bondad del plan, y quisiera fijar las mentes de todos en ésto sólo para evitar la infamia de cualquier modo.»

«¿Quiere usted saber hasta dónde van los ardites del amor propio? Pues sepa usted que, en la desgracia de no haber hecho una cosa buena, me consuelo con la idea de que yo podía hacer algo mejor.»

«Deseo que usted me escriba sobre ésto con alguna extensión, diciéndome con toda franqueza todas las ideas que usted quisiera que yo hubiera suprimido. Lo deseo y lo exijo de usted, porque en mi viaje pienso limar mucho este canto y hacer en Londres una regular edición; y para entonces quisiera saber el parecer y juicio de usted.....

.....  
 .....No diga usted que soy tan fastidioso en prosa como en verso: concluyo, pues, reconociéndome como siempre, su más apasionado y respetuoso servidor.—*Olmedo.*»

A esta carta y a otra que, sobre el mismo asunto, le dirigió, poco más tarde, Olmedo, contestó Bolívar, desde Cuzco, en 25 de junio de 1825 y 12 de julio del mismo año, con las siguientes admirables epístolas:

«Querido amigo: Hace muy pocos días que recibí en el camino dos cartas de usted y un poema: las

cartas son de un político y un poeta, pero el poema es de un Apolo. Todos los calores de la zona tórrida, todos los fuegos de Junín y Ayacucho, todos los rayos del Padre Manco-Capac, no han producido jamás una inflamación tan intensa en la mente de un mortal. Usted dispara... donde no se ha disparado un tiro; usted abrasa la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles que no rodó jamás en Junín; usted se hace dueño de todos los personajes: de mí forma un Júpiter; de Sucre, un Marte; de Lamar, un Agamenón y un Menelao; de Córdova, un Aquiles; de Necochea, un Paroclo y un Ajax; de Miller, un Diomedes, y de Lara, un Ulises. Todos tenemos nuestra sombra divina o heroica que nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. Usted nos hace a su modo poético y fantástico, y para continuar en el país de la poesía la ficción de la fábula, usted nos eleva con su deidad mentirosa, como el águila de Júpiter levantó a los cielos a la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastreros; usted, pues, nos ha sublimado tanto, que nos ha precipitado al abismo de la nada, cubriendo, con una inmensidad de luces, el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes. Así, amigo mío, usted nos ha pulverizado con los rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenón, con la lanza de su Aquiles y con la sabiduría de su Ulises. Si yo no fuera tan bueno y usted no fuese tan poeta, me avanzaría a creer que usted había querido hacer una parodia de la Iliada con los héroes de nuestra pobre farsa. Mas no; no lo creo. Usted es poeta y sabe bien, tanto como Bonaparte, que de lo heroico a lo ridículo no hay más que un paso, y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres. Un americano leerá el poema de usted como un canto de Homero, y un es-

pañol lo leerá como un canto de fascitol de Boileau.»

«Por todo doy a usted las gracias, penetrado de una gratitud sin límites.»

«Yo no dudo que usted llenará dignamente su comisión en Inglaterra; tanto lo he creído que, habiendo echado la faz sobre todo el imperio del Sol, no encontré un diplomático que fuese capaz de representar y negociar por el Perú más ventajosamente que usted. Uní a usted un matemático, porque no fuese que llevado usted de la verdad poética, creyese que dos y dos formaban cuatro mil; pero nuestro Euclides ha ido a abrirle los ojos a nuestro Homero para que no vea con su imaginación, sino con sus miembros, y para que no le permita que lo encanten con armonías y metros, y abra los oídos solamente a la prosa tosca, dura y despellejadora de los políticos y los publicanos.» .....

«Tenga usted la bondad de presentar esta carta al Sr. Paredes, y ofrezco las sinceras expresiones de mi amistad.—*Bolívar.*»

La otra carta del Libertador, a que hacemos referencia, dice como sigue:

«Mi querido amigo: Anteayer recibí una carta de usted, que no puedo menos que llamar extraordinaria, porque usted se toma la libertad de hacerme poeta sin yo saberlo, ni haber pedido mi consentimiento. Como todo poeta es temoso, usted se ha empeñado en suponerme sus gustos y talentos. Ya que usted ha hecho su gasto y tomado su pena, haré como aquel paisano a quien hicieron rey en una comedia, y decía: «ya que soy rey, haré justicia». No se queje usted, pues, de mis fallos, pues como no conozco el oficio, daré palo de ciego, por imitar al rey

de la comedia que no dejaba títere con gorra que no mandase preso. Entremos en materia.»

«He oído decir que un tal Horacio escribió a los Pisones una carta muy severa, en la que castigaba con dureza las composiciones métricas, y su imitador, M. Boileau, me ha enseñado unos cuantos preceptos, para que un hombre sin medida pueda dividir y tronchar a cualquiera que hable muy mesuradamente en tono melodioso y rítmico.»

«Empezaré usando de una falta oratoria, pues no me gusta entrar alabando para salir mordiendo: dejaré mis panegíricos para el fin de la obra, que en mi opinión los merece bien, y prepárese usted para oír inmensas verdades o, por mejor decir, verdades prosaicas, pues usted sabe muy bien que un poeta mide la verdad de un modo diferente de nosotros los hombres de prosa. Seguiré a mis maestros.»

«Usted debió haber borrado muchos versos que yo encuentro prosaicos y vulgares: o yo no tengo oído musical, o son... o son renglones oratorios. Páseme usted el atrevimiento; pero usted me ha dado este poema y yo puedo hacer de él cera y pabilo.»

«Después de ésto, usted debió haber dejado este canto reposar como el vino en fermentación, para encontrarlo frío, gustarlo y apreciarlo. La precipitación es un gran delito en un poeta. Racine gastaba dos años en hacer menos versos que usted, y por eso es el más puro versificador de los tiempos modernos.»

«El plan del poema, aunque en realidad es bueno, tiene un defecto capital en su diseño.»

«Usted ha trazado un cuadro muy pequeño, para colocar dentro un coloso que ocupa todo el ámbito y cubre con su sombra a los demás personajes. El Inca Huaina-Capac parece que es el asunto del poema: él es el genio, él la sabiduría, él es el héroe, en

fin. Por otra parte, no parece propio que alabe indirectamente a la religión que le destruyó, y menos parece propio, aunque no quiera, el restablecimiento de su trono, para dar preferencia a extranjeros que, aunque vengadores de su sangre, siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio: este desprendimiento no se lo pasa a usted nadie. La naturaleza debe presidir a todas las reglas, y ésto no está en la naturaleza. También me permitirá usted que le observe que este genio Inca, que debía ser más leve que el éter, pues que viene del cielo, se muestra un poco hablador y embrollón, lo que no le han perdonado los poetas al buen Enrique en su arenga a la reina Isabel: y ya usted sabe que Voltaire tenía sus títulos a la indulgencia, y, sin embargo, no escapó de la crítica.»

«La introducción del canto es rimbombante: es el rayo de Júpiter que parte a la tierra, a atronar a los Andes, que deben sufrir la sin igual fazaña de Junín: aquí de un precepto de Boileau, que alaba la modestia con que empieza Homero su divina *Iliada*: promete poco y da mucho. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . . La estrofa 360 tiene visos de prosa: yo no sé si me equivoco; y si tengo culpa, ¿para qué me ha hecho usted rey?»

«Citemos, para que no haya disputa, por ejemplo, el verso 720:

*Que al Magdalena y al Rimac bullicioso.*

Y este otro, 750:

*Del triunfo que prepara glorioso.*

Y otros que no cito por no parecer riguroso e ingrato con quien me canta.»

«La torre de San Pablo será el Pindo de usted y el caudaloso Támesis se convertirá en Helicon: allí encontrará usted su canto lleno de esplín, y consultando la sombra de Milton hará una bella aplicación de sus diablos a nosotros. Con las sombras de otros muchos ínclitos poetas, usted se hallará mejor inspirado que por el Inca, que a la verdad, no sabría cantar más que yaravis. Pope, el poeta del culto de usted, le dará algunas leccioncitas para que corrija ciertas caídas de las que no pudo escaparse ni el mismo Homero. Usted me perdonará que me meta tras de Horacio para dar mis oráculos: este criticón se indignaba de que durmiera el autor de *Iliada*, y usted sabe muy bien que Virgilio estaba arrepentido de haber hecho una hija tan divina como la *Encida*, después de nueve a diez años de estarla engendrando: así, amigo mío, lima y más lima para pulir las obras de los hombres. Ya veo tierra: termino mi crítica, o mejor diré, mis palos de ciego.»

«Confieso a usted humildemente que la versificación de su poema me parece sublime: un genio le arrebató a usted a los cielos. Usted conserva en la mayor parte del canto un calor vivificante y continuo: algunas de las inspiraciones son originales; los pensamientos, nobles y hermosos; el rayo que el héroe de usted presta a Sucre, es superior a la cesión de armas que hizo Aquiles a Patroclo. La estrofa 130 es bellísima: oigo rodar los torbellinos y veo arder los ejes; aquello es griego, es homérico. En la presentación de Bolívar en Junín se ve, aunque de perfil, el momento antes de acometerse Turno y Eneas. La parte que usted da a Sucre es guerrera y grande. Y cuando habla de Lamar, me acuerdo de Homero cantando a su amigo Mentor: aunque los caracteres son diferentes, el caso es semejante; y, por otra parte, ¿no será Lamar un Mentor guerrero?»

«Permítame usted, querido amigo, le pregunte: ¿de dónde sacó usted tanto estro para mantener un canto tan bien sostenido desde su principio hasta el fin? El término de la batalla da la victoria, y usted la ha ganado, porque ha finalizado su poema con dulces versos, altas ideas y pensamientos filosóficos. Su vuelta de usted al campo es pindárica, y a mí me ha gustado tanto, que la llamaría divina.»

«Siga usted, mi querido poeta, la hermosa carrera que le han abierto las musas con la traducción de Pope y el canto a Bolívar.»

«Perdón, perdón, amigo; la culpa es de usted, que me metió a poeta.»

«Su amigo de corazón.—*Bolívar.*»

A estas cartas correspondió Olmedo con la siguiente, escrita en Londres, el 19 de abril de 1826:

.....  
 .....«Todas las observaciones de usted sobre el canto de Junín tienen, poco más, poco menos, algún grado de justicia.».....  
 .....

«Todos los capítulos de las cartas de usted merecían una seria contestación, pero no puede ser ahora. Sin embargo, ya que usted me da tanto con Horacio y con su Boileau, que quieren y mandan que los principios de los poemas sean modestos, le responderé que eso de reglas y de pautas es para los que escriben didácticamente, o para la exposición del argumento en un poema épico. Pero ¿quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los raptos de un poeta lírico? Toda la naturaleza es suya; ¿qué hablo yo de naturaleza? Toda la esfera del bello ideal es suya. El bello desorden es el alma de la oda, como

dice su mismo Boileau de usted. Si el poeta se remonta, dejarlo; no se exige de él sino que no caiga. Si se sostiene, llenó su papel, y los críticos más severos se quedan atónitos con tanta boca abierta, y se les cae la pluma de la mano. Por otra parte, confieso que si cae de su altura, es más ignominiosa la caída, así como es vergonzosísima la derrota de un baladrón. El exabrupto de las odas de Píndaro, al empezar, es lo más admirable de su canto. La imitación de esos exabruptos es lo que muchas veces pindarizaba a Horacio.»

«Quería usted que yo buscara un modelo en el cantor de Henrique. ¿Qué tiene Henrique con usted? Aquel triunfo de una facción, y usted ha libertado naciones. Bien conozco que las últimas acciones merecían una epopeya; pero yo no soy mujer de esas, y aunque lo fuera, ya me guardaría de tratar un asunto en que la menor exornación pasaría por una infidelidad o lisonja, la menor ficción por una mentira *mal trovata*, y al menor extravío me avergonzaría con la gaceta. Por esta razón, esas obras, si han de tener algo de admirable, es preciso que su acción, su héroe y su escena estén siquiera a media centuria de distancia. ¡Quién sabe si mi humilde canto de Junín despierte en algún tiempo la fantasía de algún nieto mío!—*Olmedo.*»

En 1825, Bolívar, queriendo aprovechar, en bien de esas nuevas patrias, las altas dotes de Olmedo, le confió, en unión de Don José Gregorio Paredes, una delicada e importantísima misión diplomática ante el Gobierno de la Gran Bretaña. Con el carácter de Agente diplomático del Perú, Olmedo, a quien el Congreso de este país había concedido los derechos

de peruano de nacimiento, partió, como se deduce por las cartas que acabo de leer, a Londres, en donde realizó su difícil misión de la manera admirable que era de esperarse, dejando colmadas las aspiraciones que en él pusieron los pueblos y su Libertador.

La estadía de Olmedo en Londres es interesantísima para las letras hispanoamericanas. Allí da a la imprenta la segunda y definitiva edición del *Canto a Bolívar*, emprende en la traducción de las célebres epístolas de Pope, y, sobre todo, conoce personalmente y contrae una amistad estrechísima con don Andrés Bello, que entonces residía en la ciudad del Támesis. Olmedo y Bello, nacidos en el mismo año, el uno en Guayaquil y el otro en Caracas, son los dos grandes poetas y maestros de la época, en la América del Sur, los precursores, los sembradores, los que prepararon el movimiento cultural del siglo XIX en esa parte del mundo. Profundas analogías de gusto, carácter, educación y tendencias les une, y varias desemejanzas les completan. Los dos son insignes patriotas, los dos tienen un sólido lastre de cultura clásica, los dos son de temperamento apacible, sereno, moderado. Más Bello es el dulce cantor de la paz, y Olmedo el encendido cantor de la guerra; el primero entona un himno a la Agricultura de la Zona tórrida, mientras el segundo lanza el trueno de Junín. Los asuntos de sus poemas capitales no pueden ser más opuestos; pero su forma, eminentemente clásica, es la misma. Ambos están empapados en Virgilio, en

Teócrito, en Ovidio, en Horacio y en los clásicos castellanos del siglo de oro.

De Londres fué Olmedo a París. Inicia entonces con Bello una asidua correspondencia epistolar que dura hasta la muerte del vate de Guayaquil. Esta correspondencia, que ha sido publicada, anotada y comentada por el estudioso don Miguel Luis de Amunátegui en su *Vida de Don Andrés Bello*, no puede ser más hermosa ni interesante, ya que descubre, mostrándonos en la intimidad de sus confidencias, a dos nobles y grandes espíritus representativos, y arroja mucha luz sobre zonas oscuras, por falta de datos, de dos figuras americanas de primera magnitud.

Por la nobleza, por la belleza, por la sinceridad con que están sentidas, y por las noticias que contienen, son interesantísimas esas cartas. La primera que Bello dirigió a Olmedo es una elegante epístola en tercetos, que comienza así:

*«Es fuerza que te diga, caro Olmedo,  
que del dulce solaz destituído  
de tu tierna amistad, vivir no puedo.*

.....»

Envío poético que fué contestado con una afectuosísima y efusiva carta, en la que el otro claro varón, en homenaje a cuya amistad se habían escrito esos tercetos, decía, refiriéndose a ellos: «... Los prefiero, hablando con candor, los prefiero a los mejores tro-

zos del mejor de los Argensolas. Nada hay comparable al elogio del cantor de Junín. Este es el verdadero modo de alabar... ¿Quién puede sufrir una alabanza directa y descarada? ¿Y quién puede resistir a la que viene por un camino tortuoso, tímida, modesta como una virgen que desea y no puede expresar su pasión, pero que quiere que se la adivinen?

*«Y suspirando por las caras  
ondas del Guayas... Guayaquil un día,  
antes que al héroe de Junín cantarás.»*

«Sí, amigo, nada hay comparable a esta delicadeza. Cien veces leo estos versos y cada vez me deleitan más. ¿Y qué decir de aquel amigo?»

*«Que al verme sentirá más alegría  
de la que me descubra en el semblante.»*

Es hermoso contemplar, en la vaguedad atrayente de las perspectivas históricas, cómo, mientras en el campo removido de la América caían regímenes arcaicos y surgían nuevas patrias, a lo lejos, dos maestros del pensamiento, hijos de aquella tierra, como para que no se interrumpiera el proceso literario, la tradición castiza, escriben en el mismo lenguaje inmortal de los clásicos castellanos. Compañerismo altamente favorable a las letras fué éste de los dos insignes escritores y patricios. Tiene razón un ilustre literato hispano, al comparar esta amistad de Olmedo

y Bello con la de Goëthe y Schiller, en la Alemania de antaño, estudiosa y romántica.

Al cabo de tres años, Olmedo regresó a Guayaquil, dejando terminada su gestión diplomática. Poco después empiezan para la patria días difíciles y dolorosos. Primero es el Perú que invade el suelo de Colombia, siendo rechazado firmemente por las huestes del General Sucre, que alcanzan sobre los invasores la victoria de Tarqui. Casi en seguida, la Gran Colombia, la grandiosa creación del genio de Bolívar, se divide para formar tres Estados independientes: Venezuela, Colombia y Ecuador, tal, poco más o menos, como hoy existen. Sucre, el Gran Mariscal de Ayacucho, el heroico, el virtuoso, cae asesinado en una emboscada alevosa, en la oscura y trágica selva de Berruecos, el 4 de junio de 1830, al dirigirse a Quito, después de haber concurrido al Congreso de Cúcuta. Y Bolívar, herido en su alma por la traición que había suprimido al más agregio de sus Generales, y que, en una noche nefanda, había llegado a levantar el puñal asesino contra su mismo pecho de Padre de la patria, salvando milagrosamente de ese atentado monstruoso, gracias a la serenidad de una mujer que le adoraba; y herido en su cuerpo por una grave dolencia que minaba su naturaleza extraordinaria, que tan inmenso esfuerzo había derrochado durante una vida cual muy pocas en la historia, intensas, agitadas y fecundas; después de contemplar con inenarrable amargura y hondo desaliento la inanidad de su obra, y exclamar refiriéndose a ella:

«¡He arado en el mar!», expira, frente al Océano, a los cuarenta y siete años de edad, en la quinta denominada *San Pedro Alejandrino*, de propiedad de un caballero español, en Santa Marta, el 17 de diciembre de 1830. Tranquilo, majestuoso, sereno, penetró en la inmortalidad el Libertador de un mundo. Sus últimas palabras habían sido de perdón, de piedad, de amor para sus compatriotas. «Mis votos—había dicho en su emocionante despedida a los colombianos—son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.»

Idos para siempre los padres de la patria, los héroes epónimos, el Libertador y el más generoso y puro de sus Tenientes, sus pueblos son presa inermes de militares ambiciosos y rudos, que juegan sobre el tambor con la suerte de esas nacionalidades, que se destrozan y ensangrientan en encarnecidas y feroces luchas intestinas. En el seno caliginoso y agitado de esas contiendas, han estado muchas veces a punto de naufragar las más nobles y preciadas conquistas de la civilización, la democracia y el derecho. Se inicia la era de los estallidos trágicos, de los golpes de cuartel, de las endémicas revoluciones; males de los que apenas ahora van liberándose, poco a poco, esas nacionalidades.

Separado el Ecuador de Colombia, sus destinos vinieron a parar a manos del General Juan José Flores, nacido en Venezuela, que se había distinguido en la guerra de la Independencia; militar valiente, en

extremo ambicioso, no desprovisto de talentos naturales; pero sin cultura ni ilustración suficientes para organizar y dirigir los primeros pasos de un pueblo, Flores fué proclamado primer Presidente del Ecuador, y primer Vicepresidente, Olmedo. Éste había asistido a la Asamblea Constituyente que se reunió en la ciudad de Riobamba y dictó la primera Constitución del Ecuador, siendo Olmedo uno de sus redactores, como lo había sido antes de la Constitución doceañista de Cádiz, de la Constitución guayaquileña del 9 de octubre de 1820 y de la Constitución peruana de 1825. En el Poder, Flores, representaba la fuerza, y Olmedo, la inteligencia. Poquísimos tiempo convivieron juntos en el Gobierno estos dos elementos. El Vicepresidente renunció en seguida, aceptando luego la Gobernación de la provincia del Guayas.

Contra el régimen militarista del General Flores estalló, en 1833, una formidable revolución que salió a combatirla el Presidente, en persona, al mando del ejército constitucional. Encontráronse los dos bandos en armas en un punto llamado Miñarica, y tras una lucha desesperada y heroica, digna de mejor causa, fueron los revolucionarios totalmente destrozados, y después de dejar en el campo más de dos mil muertos, se dispersaron, alcanzando el General Flores una victoria completa y definitiva, ya que con ella quedó extinguida la revuelta. Aunque, en el fondo, la razón y la justicia estuvieron del lado de los rebeldes, buena parte de la opinión del país estaba con el Gobierno, que si bien era verdad que re-

presentaba un régimen militarista era, al fin y al cabo, el orden constituido, lo establecido; y el pueblo, que sufre y calla, estaba ya cansado de levantamientos que nada remediaban y que al día siguiente de triunfar y ser Poder caían en iguales o peores errores y abusos que los que se habían lanzado a combatir.

La destrucción rápida, casi fulminante, de esa revuelta, fué grata a los ojos de muchos patriotas. A Olmedo le entusiasmó esa jornada, hasta el punto de inspirarle su obra quizá más rotunda y perfecta, el prodigioso canto «Al General Flores, vencedor en Miñarica», del que llegó hasta a renegar su inspirado autor, cuando, diez años más tarde, aparecía el poeta como uno de los directores de la revolución que, contra el mismo Flores, estalló en Guayaquil, el 6 de marzo de 1846; revolución que triunfó y que dió el Poder a un triunvirato formado por Olmedo, don Vicente Rocafuerte y don Diego Noboa.

Esta veleidad política, y el haber empleado su estro esplendoroso en cantar una triste contienda fratricida, le han sido censurados muchas veces. Mas ¿cómo puede, en justicia, acusarse a un poeta de inconsecuencia, cuando su espíritu tornadizo e impresionable, juguete de todas las corrientes, está sujeto a todos los cambios y abierto a todas las influencias? Los poetas, perseguidores eternos de la emoción, son espíritus veletas, a merced del soplo inspirador. Son no sólo distintos, sino completamente opuestos a esos hombres rectilíneos, inflexibles, de una sola pieza. Y

en cuanto al asunto, ¿qué importa el asunto? El tema en arte es, quizá, lo de menos; el toque está en la manera de desarrollarlo, de ejecutarlo. «Velázquez — dice por ahí ese gran don Miguel de Unamuno — tomó para asunto de uno de sus cuadros al *Bobo de Coria*, e inmortalizó al Bobo y a Coria.» Lo mismo aconteció con Olmedo, tomando como héroe de uno de sus más grandiosos poemas a Flores, un militar valiente ambicioso; pero nada más: lo inmortalizó, y ese caudillo, sirviéndole de fondo el campo obscuro y trágico de Miñarica, vivirá en la memoria de los hombres, mientras exista la lengua castellana; tal es la taumatúrgica virtud que el arte creador puede comunicar.

Ante la Convención reunida en Cuenca del Ecuador declinaron el Poder los miembros del Triunvirato. Esa misma Asamblea tenía que elegir el Presidente Constitucional de la República. Concretada la votación a los candidatos Olmedo y Roca, triunfó éste, por un solo voto; y este triunfo representó el del militarismo sobre el civilismo; el de la fuerza sobre la intelectualidad. En este difícil momento histórico en que todas las violencias se habían desatado sobre la República naciente, se consideró, por la mayoría, sin desconocer los grandes merecimientos y las altas dotes políticas de Olmedo, su exaltación al solio inconveniente, porque el país, convulso, entregado al pleno régimen de la fuerza, necesitaba de un brazo férreo y militar como el de Roca para salir adelante. Y quién sabe hasta qué punto tuvieron razón los legis-

ladores ecuatorianos de ese entonces. Roca gobernó en medio de un verdadero torbellino de pasiones en fusión y de ambiciones desenfrenadas. En esas circunstancias, no es aventurado suponer que hubiera sucumbido la dirección suave y científica de Olmedo; o quizá éste, con la visión profética de su don genial, hubiera sabido librar a la República del militarismo, conduciéndole por más nobles y serenos caminos. De todas maneras, el Ecuador hubiera hoy tenido la honra de poder contar entre sus Presidentes a una de las más célebres figuras americanas.

El nuevo Presidente encomendó a Olmedo la gestión de reclamar al Gobierno peruano los restos del General La Mar, héroe de la Independencia y primer Presidente del Perú, pero nacido en el Ecuador. A Lima fué Olmedo, en cumplimiento de misión tan piadosa, y ésta, que no tuvo eficacia, fué la última que realizó al servicio de su patria. De vuelta a Guayaquil, herido ya de muerte por incurable y cruel dolencia —un cáncer intestinal—, falleció el vate pródigo, el 17 de febrero de 1847, a los sesenta y siete años de edad, en medio de su mujer y de sus hijos. Desde 1817, estuvo casado con la muy noble dama, doña Rosa de Icaza, habiendo tenido con ella tres hijos: la primera, Rosa Perpetua, que murió niña, y Virginia y José Joaquín, que sobrevivieron muchos años a su ilustre padre.

Desligado ese superior espíritu de la frágil materia ya caduca, dolorida y débil, nace para la inmortalidad el esclarecido nombre de José Joaquín de Olme-

do, grande entre los grandes de Hispanoamérica. El Perú y Colombia le consideran como gloria propia; el Nuevo Mundo que habla castellano, le reconoce y proclama como uno de sus mayores maestros; España, por autoridad de la alta crítica literaria que ejercieron Valera, Cañete y Menéndez Pelayo, le coloca en el mismo plano que Quintana, y el Ecuador, la verdadera patria de Olmedo, hace de su recuerdo un culto, y con él se enorgullece como de una de sus más puras y legítimas glorias.

Al llegar, en la narración, al término inevitable y fatal de la muerte, los biógrafos de Olmedo se han mostrado, a veces, divididos, según sus ideas religiosas. En tanto que unos afirman que recibió, con unciosa piedad, los últimos sacramentos, otros lo niegan, asegurando que el poeta que sintió la duda, y tuvo tintes voltarianos en el soneto a la muerte de su hermana y en alguna de sus últimas cartas a don Andrés Bello, penetró tranquilo, fuera de toda confesión religiosa, en el *más allá*, cuyo oscuro enigma tanto nos preocupa y nos conturba. Mas no creemos que a las alturas del sereno ambiente de respeto y de tolerancia a todas las ideas filosóficas y a todos los sentimientos religiosos a que hemos llegado, pueda preocupar ni significar nada un acto que cae bajo el dominio del fuero interno de la persona humana, más allá del umbral que a nadie le es lícito traspasar.

Pasemos, pues, ésto por alto, y, para terminar este esbozo, fijémonos más bien en el aspecto físico del vate prócer, que siempre es grato e interesante con-

templar los retratos, ennoblecidos de pátina, de las grandes figuras de otras épocas. Olmedo, físicamente, era un hombre muy siglo XVIII: fino, esbelto, acicalado, sin ser un petrimetre. Cabello castaño, frente ancha y abombada, ojos penetrantes. Mas ¿para qué vamos a seguir dibujando, con toscos e ingenuos trazos su figura, si él mismo se pintó de mano maestra, en 1803, en el acertado, en el hechicero, en el donoso auto-retrato, dedicado a su hermana ansente, verdadera joya de esmalte, por su gracia, por su firme dibujo, por su brillante colorido, y que consta al principio de todas las colecciones de sus pocas, pero admirables poesías?

Tal fué el hombre, insigne entre los de su siglo y de su raza. Por cualquiera de sus varios aspectos sería célebre, con celebridad perenne y luminosa, en los fastos de esa América nuestra, pródiga y tumultuaria. Su posición en la historia de la poesía castellana del pasado siglo, está en lugar eminente, y es inapreciable el valor de su obra, como reflejo de una época decisiva y memorable y como aporte magnífico a la literatura de todo un Continente.—HE TERMINADO.

---

*N. del A.*—Al dar a la estampa la anterior conferencia, cúmplenos declarar que, en este esbozo biográfico, hemos seguido, principalmente, a don Clemente Ballén, que prologa la edición de las poesías de Olmedo, hecha en París, por la casa Garnier Hermanos; a don Manuel Cañete, que consagra al estudio de este poeta más de la mitad de un tomo de la «Colección de escritores castellanos», y a don Víctor M. Rendón, que tiene escrita y publicada, en francés, una acabada biografía del «Cantor de Bolívar».

## LA OBRA DE JUAN MONTALVO

La obra máxima de Cervantes que es, al mismo tiempo, la obra máxima del genio creador de la raza, es no sólo patrimonio de España, sino de la humanidad: pertenece a uno de esos pocos libros que, triunfadores del tiempo y del espacio merced al poder divino de su contenido ideológico, se difunden en el mundo como manifestación del alma universal.

Tan pronto como Inglaterra, con la varita mágica de su fino y perspicaz sentido crítico, abrió ante la humanidad un mundo ensañado de belleza, revelando los escondidos e inagotables tesoros de purísima delectación que en sus entrañas guarda el más hermoso, el más humano, el más profundo y seductor de los libros, todas las naciones volvieron los ojos a ese libro, que fué traducido a todas las lenguas, llegando a ser popular en cuantos son los pueblos y naciones: los sabios, los eruditos, los filósofos desentrañan su oculto sentido; los literatos glosan sus escenas y loan sus aciertos innumerables; los poetas,

los artistas encuentran altos motivos para su inspiración en sus pasajes; los músicos, sugerencias para sus partituras; el público, los lectores de todo el mundo civilizado se familiarizan con la fábula maravillosa, cuyas dos figuras inmortales viven en todos los cerebros y en todos los corazones, porque llevan en sí la antítesis eterna entre lo ideal y lo real, el paralelismo irreductible entre lo espiritual y lo material, la antinomia perpetua entre el alma y el cuerpo. La peregrina e inmortal historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, al idealizarse para hacerse símbolo, ya no era de Castilla ni de España, sino de la humanidad y no sólo de la humanidad presente, sino de la humanidad pasada que reflejó y de la humanidad futura, a la que se adelantaba, como representación, como arquetipo de lo que debía ser el hombre en su marcha ascendente hacia un remoto ideal de perfección. Don Quijote, desde el momento en que—Minerva egregia—nació en el cerebro del genio, ascendió a las esferas luminosas en que viven los héroes eternos de las grandes creaciones del espíritu humano, y, lo que es más, su espíritu divino tomó carne, tomó huesos, tomó sangre de su raza, para convertirse, por un milagro, en personaje real y verdadero, con influencia en la historia y en la marcha del destino humano, a la manera de los protagonistas de las epopeyas clásicas; caso éste, único que demuestra hasta donde puede llegar la potencia creadora del genio. La por mil títulos ilustre Condesa de Pardo Bazán se ha ocupado en estos días del cente-

nario cervantino, de fijar el lugar que ocupa el *Quijote* entre las obras capitales del espíritu humano; y creemos que sería de un grandísimo interés estudiar la influencia que ha tenido la epopeya novelesca de Cervantes en la formación del espíritu moderno, en la evolución del pensamiento colectivo. Tarea la anterior que sólo puede ser enunciada aquí, ya que su desarrollo exigiría muchos volúmenes y un conocimiento que no puede ser ni vislumbrado por el que traza estos renglones. Basta considerar que la enorme creación cervantina ha adquirido una individualidad tan propia y substancial, que no sólo forma parte del idearium moderno y ha influido en las costumbres, lanzando destellos del más puro y fúlgido idealismo en la lucha lancinante de la vida real, sino que ha servido de venero inagotable para que penetrantes y escogidos ingenios de todas las naciones la estudiaran con amor, la glosaran con arte y la interpretaran con sabiduría. Apenas la crítica inglesa reveló al mundo la maravilla del libro escrito, allá por los albores del siglo xvii, por un hidalgo español, que había pasado su vida *comiendo hambres y bebiendo sedes*, cuando de todos los ámbitos del mundo surgieron nobles espíritus que dedicaron muchos años de su vida al estudio y la interpretación de aquella *Biblia humana de la Edad Moderna*; formándose así la legión gloriosa de los cervantistas, entre los cuales recordamos a los ingleses Gayton, Bowle, Roscoe, Bradford, Wast, Fitzmaurice-Kelly, Butler Clarke, Spencer Ashbee, Schewil, Hallam; los alemanes, Ba-

umstark, Dorer, Heine, Wolf, Schecrbart, Schlegel; los franceses, Chasles, Saint-Beuve, Saint-Victor, Claretie, Merimèe, Starn, Morel-Fatio, Dumaine, Foulché-Delbosc, Rochel, Madeleine; los italianos, Mugnoz, Renier, Croce, Savi-López, Sanvicenti, Borghese, Farineli, para no citar sino a algunos de los extranjeros. Y después de toda la labor de estas falanges insignes, aquel libro cumbre, aquel libro meta aquel libro venero de idealidad inagotable está allí, más pleno, más luminoso y nuevo cada día, ofreciendo a las generaciones del futuro sus inexhaustos y fabulosos tesoros de ética y de estética.

Esta universalidad, esta popularidad del libro único, hizo escribir a uno de los críticos más grandes del pasado siglo, a Saint-Beuve, las siguientes frases:

«El *Quijote* ha tenido la suerte del corto número de aquellos libros privilegiados que, por una forma singular, por una armonía y una disposición única de la realidad individual y de la verdad general, han llegado a ser el patrimonio del género humano. Habiendo comenzado por ser un libro de actualidad, se ha convertido en un libro de humanidad, y tiene para siempre sitio señalado en la imaginación de todos. Desde ese momento, todo el mundo se ha ocupado de él, y ha tomado de él a su antojo, interesando lo mismo a los niños que a los hombres. Sin que lo pensara Cervantes, cada uno de nosotros es, a su manera, un Don Quijote o un Sancho Panza. En cada uno de nosotros se halla, en mayor o menor grado, algo de esta deficiente alianza del fidal exaltado y del buen sentido positivo y rastrero. En muchos es cuestión de edad: uno se duerme siendo Don Quijote y despierta siendo Sancho.»

Y si tñ alto destino ha alcanzado el *Quijote* entre todos los pueblos de la tierra, tan diferentes entre sí, y de la nación que produjo la obra inmortal, por espíritu, por lengua, por sangre, por historia, por idiosincracia y por ambiente, ¿qué papel tan esencial y sagrado le tocaría desempeñar en la América hispana, cuya psicología, cuya raza, cuyas tradiciones, cuyos hechos y cuyas costumbres son los mismos que los de la Madre Patria, a pesar de haberse desatado, por una ley de vida necesaria, el lazo político que a ella le ligaba, y de quien heredó el privilegio excelso de vaciar su espíritu en el más divino molde que inventara Dios, en la más perfecta, sonora, rica y armoniosa lengua que, en homenaje al genio que a tan inconmensurable altura la elevó, se llama en el mundo *la lengua de Cervantes?*

«Con las gallardías y exquisiteces del idioma—dice el maestro Rodríguez Marín—llevó a América el *Quijote*, y ha difundido entre sus naturales, de generación en generación, el delicado pensar y el caballeroso proceder, que son perpetua norma de conducta para el ingenioso y generoso Hidalgo Manchego, templado, en las exageraciones del idealismo, por la cordura meramente práctica de Sancho Panza, que, con su burda experiencia, es en la inmortal novela cervantina la representación de la gran parte que toma en la vida lo material, barro miserable, sí, pero lastre de todo punto necesario para que el globo de la existencia no se pierda ni estalle en los espacios de lo imposible y de lo quimérico.»

La anterior afirmación del ilustre cervantista está

confirmada por la realidad pretérita y presente de Hispanoamérica. Desde la aurora del siglo xvii, en que, apenas publicado, se difundió el *Quijote* en los dominios españoles de Ultramar, la sublime creación influyó y sigue influyendo en los destinos del Nuevo Mundo. ¿No es castizo, de pura cepa cervantina, el perfume que emana de los tres siglos coloniales? ¿Acaso no fué escrita esa obra capital y definitiva cuando América y España formaban un solo todo nacional? ¿No fué una épica quijetada la gesta magna de la independencia, cuyo más grande creador fué aquel genio portentoso, Quijote entre los Quijotes, Simón Bolívar, cuyas profundas analogías con el héroe cervantino ha señalado, de manera pasmosa, el fuerte cerebro de Unamuno?

Y ahora mismo, al erguirse la América joven sobre el estadio del mundo, como cumplidora en el futuro de los magnos ideales de la raza ibérica, ¿qué es sino un milagroso, infinito y multiforme avatar de Don Quijote?...

Y si tanto debe América al genio tutelar de Cervantes, ¿qué es lo que ha hecho América por Cervantes y su Don Quijote? Ha procurado, con amor filial, con unción fervorosa, conservar intacta la lengua en que bebió tantas y tan sublimes bellezas y enseñanzas; como un semidiós estético, ha colocado al divino Manco, con orgullo, en el altar de todas las almas; florece en todas las mentes y todos los días, con perenne lozanía, la simbólica vida aventurera de Don Quijote y Sancho, tan profundamente incrustada en

el alma popular. Hoy, ya que, por causa de la estu-  
penda conflagración en que arde Europa, no ha po-  
dido celebrarse en Madrid el magno banquete es-  
piritual, al que debían sentarse representantes de  
todos los pueblos de la tierra, según soñaba ese gran  
español que se llamó Canalejas, ha conmemorado el  
tercer centenario de Cervantes en íntimas, exaltadoras  
fiestas espirituales, como las que celebró en 1905,  
en recuerdo de la publicación de la primera parte  
del *Quijote*. Y, sobre todo, ha levantado a la lengua  
castellana, a Cervantes y a Don Quijote, un monu-  
mento eterno. Al decir ésto, no aludo los que, de  
mármoles y bronces existen consagrados al Príncipe  
de los escritores españoles en algunas capitales ame-  
ricanas, sino a otro, más simbólico porque es ideal;  
más duradero, porque no es de mármoles ni de bron-  
ces, sino de pensamientos; más expresivo, porque no  
es de materia plástica, sino de palabras; más elocuente  
y múltiple que una estatua, porque es un libro.

Me refiero a la obra en la que el gran escritor  
americano, Don Juan Montalvo, queriendo tributar al  
autor del *Quijote* y a la lengua española el más inau-  
dito de los homenajes, acometió y realizó brillante-  
mente, una descomunal empresa literaria, escribiendo  
una obra admirable, si por lo atrevida, si por lo  
genial y cuyo solo título de *Capítulos que se le olvi-  
daron a Cervantes*, desconcierta a cualquier lector  
que ignore el conocimiento pleno de la lengua, el don  
divino, la comprensión profunda del espíritu cervan-  
tesco y la maestría literaria que, en sumo grado, po-

seía el insigne americano, audaz imitador del libro inimitable. «Nadie en castellano, ha hablado de Cervantes y del Quijote como Montalvo en esas páginas». —dice el maestro Rodó, conciencia de la América ibera—. Y añade: «Sin asomo de hipérbole, puede decirse que ellas son el análisis condigno de la creadora síntesis del genio. La más durable estatua de Cervantes está allí, labrada con la unción que un artífice devoto pondría en cincelar una imagen sagrada.»

De todo el vasto jardín cervantino que se ha cultivado en América y de toda la obra del más considerable de los cervantistas del Nuevo Mundo, vamos a acotar esta parte, la que comprende los *Capítulos que se olvidaron a Cervantes*, obra póstuma de Juan Montalvo, uno de los libros fundamentales de la literatura americana y digna ofrenda que la América española puede presentar en este tercer centenario del tránsito a la inmortalidad de Miguel de Cervantes Saavedra.

Pero antes de hablar del autor y de su obra, es necesario que digamos algo acerca del medio en que aquél floreció y ésta se forjó. Antes de examinar el efecto, debemos ir a la causa: el artífice y la obra no pueden sustraerse a su medio, el cual imprime a la personalidad de sus hijos y a las obras que éstos crean el sello distintivo del genio nacional.

Al llegar a este punto, me siento poseído de sincera y honda emoción. Voy a hablar de mi patria, y para hablar de la patria, como para hablar de la madre, no hay en ningún idioma palabras dotadas de la

virtud suficiente para expresar lo entrañable y hondo de nuestro amor hacia un ser y hacia una tierra, que siendo tan grandes, caben tan bien en el hueco de nuestro corazón... Intentaré, sin embargo, decir unas palabras acerca de ese maravilloso país del Ecuador:

Bajo el purísimo y luminoso cielo equinoccial y besada por las ondas del Pacífico, despliega, como un abanico fabuloso, en una teoría armónica de los más bellos y diversos paisajes, toda la pompa de su majestad, esta tierra prodigiosa, hija de América y del sol.

El arco de ese abanico corresponde a su extensa costa; los extremos del varillaje, a las fronteras con las Repúblicas de Colombia y el Perú, y el vértice se pierde en el colosal y fabuloso Brasil. En la costa está la América tropical en toda su grandeza: vastas selvas intrincadas y milenarias; ríos anchos y solemnes, una flora de alucinación, una fauna variadísima y pintoresca; ciudades y puertos florecientes destacándose en una decoración de magia, y a orillas de su ancho río, recostada como en una alfombra de esmeralda, la ciudad de Guayaquil, emporio de la República y uno de los puertos más importantes del Nuevo Continente. Avanzando hacia el interior, se encuentra la cordillera de los Andes que se abre en dos ramales paralelos, que corren de norte a sur, formando la más considerable e imponente avenida de volcanes que existe en el mundo. Allí se alzan al cielo, entre cien montañas, blanco y mayestático, el Cayambe; escarpado y hosco, el Imbabura; abrumador y grandioso, el Cota-

cache; sombrío y brumoso, el Mójanda; legendario e imponente, el Pichincha; humeante y trágico, el Cotopaxi; bello y armonioso, el Tungurahua; desquiciado y múltiple, el Altar; llameante y amenazador, el Sangay; y, dominándolo todo, tocando ya en las nubes, deslumbradora y soberbia, la cúpula eterna del sublime Chimborazo!

La doble cadena de los Andes, en su paralelismo armónico, levanta con sus enormes moles el territorio en una vasta extensión ocupada por mesetas y valles deliciosos, parajes de égloga e idilio floreciendo en perpetua primavera. Las dos sierras andinas son el sistema dorsal del Ecuador: allí está el centro de gravedad del país; es la región más poblada, teniendo escalonadas ciudades de importancia. Empezando por el setentrión, encontramos Ibarra, ciudad del ensueño, serena y dulce, que se aduerme a la sombra de sus palmeras, que cabecean al soplo de la brisa perfumada, como queriendo besar el blanco caserío; la legendaria ciudad de Quito, corte de Atahualpa, en la época incásica, sede de la Presidencia en la Colonia, una de las tres capitales de la Gran Colombia, y metrópoli hoy de la República del Ecuador; ciudad insigne que, como un nido de águilas, se asienta en plena cordillera andina, en uno de los flancos del volcán Pichincha, cuyas cumbres inhietas sirven de obscuro fondo a la pompa imponente de esta ciudad, toda llena de cúpulas que se elevan, de campanarios que cantan, de agujas que suben al cielo. Luego, apacible y callada, como humillada por el trágico volcán, a

cuyas plantas se asienta y que tantas veces ha vomitado fuego sobre ella, se encuentra la ciudad de Latacunga; sigue, en un valle nemoroso, dominada por un monte blanco, y de tal perfección cónica, que parece moldeada con esmero por la mano del Supremo Artífice, a orillas de un río que pasa cantando, la ciudad de Ambato, pequeña en extensión, pero grande, por haber sido señalada por el Destino para cuna de uno de los más egregios maestros del pensamiento americano, que como tal es considerado, unánimemente, el escritor de que hoy nos ocupamos. Viene después Riobamba, noble ciudad, ancha y serena, tendida en una planicie dilatada cuyo horizonte inmenso, cerrado por nevados ingentes, presenta perspectivas que apenas tendrán rival en el mundo por lo soberbias y grandiosas. La capital de la República y estas ciudades se comunican entre sí y con el mar por un ferrocarril que, partiendo de la orilla izquierda del Río Guayas, frente a Guayaquil, se dirige hacia el interior, escala—titán de fuego—la cordillera de los Andes por cuya sierra escarpada cabalga triunfante, hasta llegar a Quito, después de haber salvado alturas superiores a tres mil metros. Al sur, quedan; Cuenca, envuelta en un ambiente universitario y literario, y Loja, ciudad próspera y floreciente, rodeada de una campiña varia y riquísima. Y al oriente, en toda la enorme extensión comprendida entre los ríos Putumayo y Amazonas, entre la cordillera andina y el Brasil, se dilata una región fabulosa, de centenares de miles de kilómetros cuadrados, cubierta de bos-

ques milenarios, regada por uno de los sistemas fluviales más importantes de América, guardando, inexplorados, los más preciados productos vegetales y minerales del mundo, y apenas habitada por el hombre. Esa misteriosa región de maravilla es el Ecuador del porvenir, la que nutrirá generosamente a una gran parte de la humanidad futura, cuando la corriente emigratoria europea se encauce hacia esa tierra pródiga que está reclamando el esfuerzo del hombre para hacerle entrega de sus tesoros inagotables. Es el Oriente ecuatoriano, el Dorado famoso, la alucinante comarca del oro que los españoles persiguieron como una visión...

En este escenario de maravilla, la sublime e ininterrumpida acción que supone la marcha evolutiva del pensamiento humano, ha tenido grandes actores. Desde la época del dominio español, en que empezó a cuajar la verdadera nacionalidad, el Ecuador ha producido hombres insignes por los dones del espíritu. Si nos pusiéramos a citar a todos, larga sería la lista; mencionaremos sólo a los representativos, a aquellos cuya personalidad señala una corriente, representa un grupo, encarna una época. Entre éstos encontramos a los sabios don Pedro Vicente Maldonado y Don Eugenio de Santa Cruz y Espejo, que condensaron en sus mentalidades todo el saber de la Colonia; a Don José Mexía y Lequerica, verbo de la Democracia en las inmortales Cortes de Cádiz; a Olmedo, el pindárico cantor de la Independencia; a García Moreno, estadista de renombre mundial; a

Montalvo, artífice incomparable del idioma y maestro excelso del pensamiento hispanoamericano.

De este último escritor y eso sólo en uno de sus aspectos, patente en una obra singular, voy a ocuparme en estas líneas: el panorama literario que presenta Juan Montalvo no puede ser abarcado de una sola vez, ni menos enfocado en un solo trabajo; es tan considerable, multiforme y vario, que al mismo Don Juan Valera hizo escribir:

«Para juzgar a Juan Montalvo, para dar una idea aproximada de lo que vale y significa, sería menester escribir un grueso volumen. Juan Montalvo no es un escritor así como quiera. Es el más complicado, el más raro, el más originalmente enrevesado e inaudito de todos los prosistas del siglo XIX. No basta para comprenderle y juzgarle bien, leer tres o cuatro veces la multitud de obras que ha escrito. Menester es estudiarlas con aguda y honda atención para desentrañar su sentido, para tasar, en su justo valor, lo que el autor piensa y dice, para colocarle en el lugar y a la altura que merece para calcular y prever la importancia y el influjo que debe tener en la literatura hispanoamericana y en la del mundo entero.»

Para cuna de este hombre singular, el destino había elegido la apacible ciudad ecuatoriana de Ambato, en la que nació Juan Montalvo, de familia hidalga, en 1833. Educado con esmero, asimiló en su juventud un considerable acervo de conocimientos en todos los ramos del saber, y desde sus comienzos de escritor se nos presenta como dueño de una completa y excepcional cultura, de la que hace derroche en toda su obra, que fué, como su vida, un perpetuo

afán de Verdad, de Bien y de Belleza, presentando uno de los casos más típicos de compenetración íntima entre la vida y la obra de un escritor. Sembrador generoso de ideas, esparció la simiente de las nuevas doctrinas en el campo removido de las democracias de Hispanoamérica; Quijote poseído de un divino ensueño, rompió muchas lanzas por la libertad, luchando contra los tiranos y tiranuelos que oprimían a su patria, de la que vivió, casi siempre, fugitivo. A Europa vino varias veces; largos años pasó expatriado en diversos puntos de América; y murió en París, en 1889. Su muerte, bella y estoica, dice lo que fué su vida. Solo y pobre vivía en París. Al llegar aquel invierno, una antigua dolencia al corazón se le agravó a tal extremo, que se hizo necesaria la intervención quirúrgica. Con gesto sobrehumano, rechazó el anestésico que iban a aplicarle los cirujanos, y, en su cabal sentido, sereno e ímpasible, sufrió una operación dolorosísima. Al día siguiente, comprendiendo que le había llegado la hora del supremo trance, abandonó el lecho; como para recibir a una alta dama, se vistió de etiqueta y, en un sillón de la estancia, esperó a la Pálida. Había mandado que le trajeran flores, porque «un cadáver sin flores le había entristecido siempre», y acariciando unos pétalos fragantes, en una inefable serenidad, expiró...

Pero su obra le sobrevive y le sobrevivirá—tantos elementos eternos contiene—como el aporte más glorioso de todo un pueblo al acervo de la literatura universal. El egregio monumento escrito que levantó

el superior espíritu de Montalvo está formado, principalmente, por *El Cosmopolita*, páginas escritas para combatir la dictadura del formidable García Moreno, pero Infundidas de un aliento universal y perenne; los *Siete Tratados*, libro magistral y definitivo, en el que su autor nos enseña toda su filosofía; las *Catilinarias*, en las que su verbo encendido, lanzando rayos fulminantes, pulveriza una tiranía; la *Mercurial Eclesiástica*, en la que hace una admirable defensa de la obra de su vida, frente a los anatemas que, con espíritu estrecho, arrojara sobre ella el Arzobispo de Quito; *El Espectador*, modelo de revista, escrita por él sólo, a la manera de Adison; *El Regenerador*, otra publicación que, por la solidez de sus doctrinas y por lo maravilloso de su forma, acaso no ha tenido igual en la América hispana; *Geometría Moral*, llena de un raro y bello simbolismo, que hace de ella un original y exquisito libro; y la Imitación del libro inimitable, la obra más ardua e inaudita que, desde el principio de la era cervantina, autor alguno pudo intentar: los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* y que llegan a sesenta, formando un grueso volumen, que constituye una de las piedras angulares de la gloria de su autor y el libro clásico por excelencia de la literatura ecuatoriana.

La obra total de Montalvo es de aquellas que se imponen necesariamente a la admiración. Muchas y muy bellas cosas han dicho acerca de ella los más grandes escritores y críticos europeos y americanos de la segunda mitad del siglo XIX. En el Ecuador, y

con el título de *Montalvo ante sus admiradores extranjeros*, corre impreso un libro, en el que se ha recogido una parte de los juicios que la labor del gran polígrafo ecuatoriano mereció de sus más excelsos contemporáneos. Allí constan encomios suscritos nada menos que por Víctor Hugo, Lamartine, César Cantú, de Amicis, Castelar, Hartzembusch, Juan Valera, Menéndez y Pelayo, Clarín, Núñez de Arce, Emilia Pardo Bazán, Cuervo, Caro, para no citar, de diversas naciones, sino a algunas de las más altas cumbres. Pero si la patria ecuatoriana guardaba como un tesoro esa excepcional y preciada corona de elogios, ofrendada al mayor de sus hijos, estaba, desde hace tiempo, esperando la orgánica y definitiva obra de examen que estudie a fondo la total obra de Montalvo, contemplando a su autor en el puesto que, por derecho propio, ocupa ya entre los escritores universales. Este anhelo ha sido ya cumplido, merced a la labor del insigne pensador uruguayo, Don José Enrique Rodó, que en su obra *Cinco Ensayos*, hace un estudio magistral y definitivo de la personalidad y de la obra de Montalvo:

•Tenemos ya—dice bellamente el fino espíritu de Gonzalo Zaldumbide—esculpida en el más puro mármol la estatua de Montalvo. El cincel de esta crítica escultórica, nos la da, sublime en la expresión, estupenda en el arranque gallardísimo de la actitud. Tenemos ya la gran estatua, tal como es bien que la vean de todos los confines de la América, ornato y gloria de nuestro panteón espiritual, orgullo que atrae, retiene y lanza siempre hacia arriba... El elogio que Rodó hace del hombre y la obra es una de

las más bellas prosas existentes en lengua de Castilla. Esta gran prosa de poema y de lápida a la vez, ha consagrado la soberanía de Montalvo en los dominios de la noble escritura. No cabe homenaje más alto ni mejor rendido...»

Lo que faltaba y está ahora a punto de cumplirse por la casa Garnier, de París, bajo la dirección indiscutible de Gonzalo Zaldumbide, es la edición definitiva de las obras de Juan Montalvo, que las popularice y difunda en todo el vasto mundo de lengua castellana.

Tarea larga y prolija, que alargaría de manera impropia este somero trabajo, sería la de transcribir algunos juicios que la inmensa personalidad de Montalvo ha sugerido a los más altos espíritus modernos. Mas como en algún magnate del pensamiento tiene que ampararse nuestra inopia, en alguna firme autoridad tiene que apoyarse nuestra insignificancia, como guías egregios, al través de la magnífica y esplendorosa selva en la que nos ha hecho penetrar nuestro deslumbramiento de neófitos, hemos escogido a dos maestros representativos, español, el uno e hispanoamericano, el otro: Don Juan Valera, que con *Clarín* y Menéndez Pelayo compartió el imperio de la crítica española en el último tercio del pasado siglo; y Don José Enrique Rodó, concreción excelsa del pensamiento americano, mentor de las modernas generaciones y el que recogió, gallardamente, el cetro literario de América, que un día estuvo en las manos consagradas y apostólicas de Don Juan Montalvo.

Al referirse a la substancia, a la entraña del conte-

nido ideológico de la obra de nuestro escritor, dice Don Juan de Valera en el prólogo de *Geometría Moral*:

«En los *Siete Tratados*, así como en este libro que hoy presentamos al público y que puede considerarse como el tratado octavo y último, lo primero que se admira es el saber vastísimo del escritor, la fuerza de su memoria con que retrae a la mente cuanto sabe, y la alada virtud de su fantasía con que une unas cosas y otras, y vuela natural y graciosamente de un asunto a otro asunto, sin que haya confusión ni obscuridad en lo que dice, sino mostrándose siempre claro y discreto. Tal es la amplitud de la mente de Juan Montalvo, que ha penetrado en ella, sin confusión y con holgura y orden todo el saber de Europa, desde los primeros tiempos de la clásica civilización greco-latina hasta el día de hoy; y tal es la pasmosa capacidad de su rico, pintoresco y brillante lenguaje, que por su medio expresa y trasmite cuanto sabe: filosofía, religión, literatura y bellas artes, poniendo en todo, antes de expresarlo, el sello original y característico de su propia persona.....

No se puede negar que Juan Montalvo aprendió cuanto había que aprender, y que el espléndido tesoro de ciencia y de experiencia acumulado en su alma brota de ella resplandeciente, con los vivos y variados colores de su imaginación y corre y se precipita más como impetuoso torrente que como manso y caudaloso río... ..

¿Qué punto de moral, de doctrina teológica, de dogmas y principios filosóficos antiguos y modernos no toca Juan Montalvo en sus *Siete Tratados*, y también en el presente libro póstumo, que, según ya dicho, como su tratado octavo debe considerarse? No hay cuestión social, política ni económica que nuestro autor no pretenda dilucidar en el tratado de la *Nobleza*; en el de la *Belleza* expone y nos en-

seña su estética; en *El banquete de los Filósofos* nos deja ver el luminoso entusiasmo con que comprende y ama la poética y noble sabiduría de Sócrates, de Platón y de cuantos egregios varones florecieron en Atenas en el gran siglo de Pericles; en el tratado del *Gento* penetra en las profundidades del espíritu humano, ilumina con la luz de su entendimiento los centros más recónditos y oscuros que allí hay y traza una sutil e ingeniosa psicología; y, por último, en el tratado contra un *seudocatólico* manifiesta su manera, un tanto racionalista y quizá más liberal que ortodoxa, de concebir, de aceptar y de venerar la religión cristiana, contraponiéndose no poco, a mi ver, el fervor con que acepta y sin duda la admira como la definitiva religión del humano linaje, con sus tremendas sátiras y audaces diatribas contra el clero secular y regular y contra la disciplina y jerarquía de la iglesia. ....

Su labor literaria es cual riquísima y extensa mina que debe ser denunciada y acotada sin que le falte la menor dependencia, a fin de que las personas que puedan y sepan la laboreen o la exploten, como se dice ahora.\*

Después, Rodó ha venido a decirnos:

\* «¿Qué hay, entonces en Montalvo, además del incomparable prosista? Hay el esgrimidor de ideas; hay aquella suerte de pensador fragmentario y militante a que aplicamos el nombre de *luchador*. Y encarado bajo esta faz, el valor ideológico de su obra iguala o se aproxima, al que ella tiene en la relación de puro arte .....

La literatura de Montalvo tiene asentada su perenidad, no solamente en la divina virtud del estilo, sino también en el valor de nobleza y hermosura de la expresión personal que lleva en sí. Pocos escritores tan apropiados como él para hacer sentir la condición reparadora y tonificante de las buenas letras. Su amenidad, su deleitoso halago es-

tán impregnados en una virtud más honda, que viene del innato poder de simpatía y del ritmo enérgico y airoso de la vida moral. En horas de abatimiento y displicencia, su lectura levanta y corrobora el ánimo; y para quienes le conocen de cerca y han llegado a ser íntimos de él, cualquiera página suya trae, aun independientemente del sentido, una expresión de sonrisa y de consuelo, como el son de esas dulces voces familiares que llevan su propiedad balsámica en el timbre más que en la palabra. Hay autores que a sus prestigios y excelencias de orden literario reúnen un no aprendido don magistral con que instituir la disciplina de la sensibilidad y de la mente y formar el concepto de la vida. Montalvo es de éstos. La abundancia de ideas morales, pintorescas y cálidas; el generoso entusiasmo, la fortaleza y alegría del alma, el temple varonil, le hacen particularmente apto como mentor y amigo en los días de la juventud, cuando el hervor de esas primeras lecturas, que, si son nobles y viriles, infunden en el alma, para el resto de la vida, el dejo inextinguible de un bautismo de fuego o de una iniciación religiosa. Es de aquellos a quienes puede decirse: *Armame caballero...*

Montalvo está, pues, consagrado como un positivo y alto valor mental, de honda y verdadera eficacia; como una fuente ideológica que se derrama fecundizando el campo del pensamiento americano y corre propulsando el movimiento evolutivo de la cultura del Nuevo Mundo.

Ahora, pasemos a contemplarlo en otro de sus aspectos, principalísimo y de gran interés artístico, en el de sacerdote del idioma, a cuyo tabernáculo sube, portando al dios de la idea, encerrado en la maravillosa custodia literaria que él cincelara con el amor y el esmero de un monje orfebre del Renacimiento.

Montalvo estilista y adorador de la forma, es tanto o más interesante y admirable que Montalvo creador y sembrador de idealismos. Los espíritus que temen que el idioma de Cervantes llegue a falsearse y desvirtuarse, por obra de diversas y contrarias influencias, en el Nuevo Mundo, se consolarían plenamente leyendo a este escritor que muestra en sus obras un apogeo del castellano, brillando, en todo su esplendor y pureza.

Creemos, con toda sinceridad, que no existe ni ha existido nunca peligro para nuestro insuperable idioma en América, viniendo a quedar reducido ese peligro a falsas alarmas de puristas estrechos y nimios, cancerberos del léxico, que se escandalizaban y se escandalizan ante los legítimos, racionales y saludables empeños de renovación que escritores españoles e hispanoamericanos han ejercitado en la lengua madre, que, como cosa viva que es, tiene que crecer, modificarse y evolucionar, de conformidad con el espíritu del siglo y con las exigencias de la vida moderna. Nunca ha existido peligro para el castellano en la América hispana; al contrario, allí se le ha rendido, quizá, más culto que en la misma Madre Patria.

A Montalvo, precisamente, le tocó vivir en una época de plena idolatría de la forma; no sólo ya literariamente, sino hasta gramaticalmente considerada: los clásicos, entes casi divinos; Bello, Baralt, Cuervo, Caro, los pontífices máximos; la Academia de la Lengua, un *Santo Santuorum*. Eran aquellos tiempos en que tanto era el prestigio del afán purista que, según

una frase gráfica, en una nación de Suramérica, «se llegaba a la Presidencia de la República con la Gramática castellana bajo el brazo». A tal punto se llevó el amor a las formas arcaicas, que llegó a constituir una obsesión entre los literatos, escribir de la misma manera que los clásicos castellanos del siglo de oro. Montalvo, como hijo de su tiempo, participó también de ese empeño reconstructor del idioma; sólo que en él, a más del estilista, había el genio creador. Por ésto, sobre la obra correcta, pero fría; acabada, pero inerte de los hablistas de su tiempo, surge triunfadora su obra vernal, vibrante, joven y eternamente viva.

Todo cuanto pudiéramos decir en elogio de lo artístico de la forma literaria de Montalvo, lo han dicho ya, de manera inigualada, los dos grandes maestros citados anteriormente. Nos limitaremos, en consecuencia, a transcribir, a este respecto, una pequeña parte de lo que éstos han escrito en loa de la magia verbal de nuestro autor, esperando ser perdonados de la frecuencia de las citas, en gracia a la belleza de éstas y a venir de quienes vienen. Del lenguaje de Montalvo, habla así el autor de *Pepita Jiménez*:

«... No sólo habla y escribe el castellano puro, sino que lo ha estudiado con amor; posee el rico tesoro de sus vocablos, giros y frases, y los emplea y ordena con inagotable facundia y con artística destreza para expresar sus pensamientos. No se les ocurrió jamás, por estupendos y peregrinos que sus dichos pensamientos fueren, que no bastara para transmitirlos al prójimo el habla de Cervantes,

de ambos Luises y de Santa Teresa .....

En todos los *Tratados* de Juan Montalvo, así como en el tratado presente de *Geometría Moral*, el lenguaje castellano no pudo ser más castizo, ni puede ser tampoco más propio ni más exclusivo de su autor. No es arcaico, no es neologista o modernista; no contiene frase, ni giro ni cláusula, ni vocablo que no prescriba nuestra gramática y que no contenga nuestro léxico. En el estilo de Juan Montalvo no se advierte el menor vestigio de imitación de nuestros antiguos autores. Se diría que los ha leído todos, que los conoce todos, y que, apoderándose luego de la riqueza de expresión que cada uno poseía y empleaba, ha compuesto y ha logrado valerse de una muy singular manera de escribir, donde, sin contraposición violenta, pasa de lo más encumbrado y sublime a lo más familiar, pareciéndonos siempre extraño y nuevo, sin perder la espontaneidad y sin que podamos tildarle de rebuscado.»

Ultimamente, el autor de *Ariel* dijo cosas maravillosas del estilo de Montalvo. Recordemos algunas afirmaciones del maestro. Dicen así:

«... La singularidad y excelencia de la forma es principalísima parte en la literatura de Montalvo. Tuvo en esto por ideal la vuelta a los típicos moldes de la lengua, en sus tiempos de más color y carácter y de más triunfal y gloriosa plenitud. Quiso escribir como lo haría un contemporáneo de Cervantes y Quevedo, que profetizase sobre las ideas y los usos de nuestra civilización, y lo cumplió de modo que pasma y embelesa. El fabuloso caudal de vocablos, giros y modos de decir, que rescató de la condena del tiempo, infunde en cada página suya un peculiar interés de sorpresa y deleite. Nunca se trajo a la luz, de las arcas del idioma, tanta deliciosa antigualla, tanta hoja de hierro, tomada del orin, tanto paramento de seda, tanta

alhaja pomposa y maciza, tanta moneda desgastada de esas donde agoniza en oro un busto de rey y se esfuma en trancos caracteres una leyenda ilustre. Aquella prosa semeja un museo, y tiene del museo hasta la profusión que desorienta a la curiosidad y que, dejándola suspensa a cada instante de lo menudo y primoroso, la impide el paso desenvuelto con que guiarse adonde está lo principal. La ciencia vasta y prolija, el sentimiento profundo del idioma, que semejante evocación supone, son verdaderamente incomparables. La obra de rehabilitación de las buenas y sabrosas tradiciones de la sintaxis y el léxico, realizada en lengua española por Montalvo, no representa mérito inferior a la que, en lengua francesa, llevó a cabo, algo anteriormente, Pablo Luis Courier, abriendo paso en las lánguidas formas prosaicas de su tiempo, al habla rancia y generosa desenterrada de los frescos sótanos de Montaigne y de Amyot. Como el traductor de *Dafnis y Cloe*, a quien, por otra parte le vincula la común potestad del dardo satírico, Montalvo fué artífice original con piedras de las ruinas, innovador con aliento de antigüedad.....

.....

La lengua de Castilla se mira en el estilo de Montalvo como la madre amorosa en el hijo de sus entrañas. Nunca hubo gusto literario de más neto solar español, por lo que tiene y por lo que le falta, que el suyo. Llevó a su realización más definida y concreta las virtualidades y disposiciones características del instrumento verbal de la raza, que componen lo que llamamos el *genio* del idioma; sacando todo el partido posible de sus mayores ventajas y excelencias, sin evitar ninguno de los escollos a que por espontánea propensión se tuerce su curso, ni tender a suplir ninguna de las deficiencias que, en determinados casos, limitan sus medios de expresión: de modo que aquella prosa acrisolada y magnífica es, para el genio del idioma, como una lente de aumento, al través de la cual se viese abultado su relieve, engrosado su tejido, puestas en

claro sus desproporciones, o como una artificiosa alquitara de donde se surtiera, en espeso jugo costosísimo, su más concentrada quintaesencia.....

Esta obra de selección y concierto de las varias riquezas del tiempo antiguo, bajo el imperio arquitectónico de un estilo personal y creador; ese certamen de las suntuosidades de la lengua se compararía con el alarde de magnificencia colectiva que presidió a la fábrica de El Escorial, para cuya edificación dicen que se reunieron, en piedras, maderas y metales, todos los primores de las tierras de España: el mármol de Filabres, el jaspé de Tortosa, el pino de Cuenca y Valsafn, el hierro de Vizcaya, la caoba y el ébano de Indias. Nadie hubiera podido manejar con mayor tino aquellos tesoros.....

La lengua de Montalvo es victoriosa demostración de lo mucho que, a pesar de juicios vulgares, cabe contener en el romance heredado del Conquistador cuando se le conoce en lo hondo y se le solicita con enamoradas instancias; o es, si se prefiere, demostración de la indefinida amplitud que el genio personal de un gran escritor logra arrancar a los endurecidos moldes de una lengua añeja, sin deformarlos ni descaracterizarlos.....

En Montalvo, sobre el oficioso afán de la corrección, se encumbra el divino sueño de lo bello.....

Tenía por amor a lo bello, el sentimiento tiránico, implacable, de la forma; la comprensión de lo artístico de la palabra, con aquel extremo de amor capaz de detenerse en mitad del más arrebatado apóstrofo o de la más absorta reflexión, para extasiarse en la cadencia de una frase, en el relampagueo de un epíteto o en la nobleza de un vocablo añejo. A la conclusión de tal rasgo, al final de tal cláusula, se adivina el grito de orgulloso júbilo del artista

que ha llegado a hacer lo que quería y está contento del dios que alienta en él.....'

Y así, a este tenor, pudiéramos seguir transcribiendo páginas y más páginas. Pero ¿para qué? Esto ya no sería, y menos en esta ocasión, ni pertinente ni necesario. Los juicios apuntados, a los que pudiéramos añadir otros cien de las más altas figuras del pasado siglo, bastarían, si ya no lo estuviéramos, para consagrar a este hombre extraordinario como un representativo del genio hispano trasplantado a América: Montalvo, sin dejar de ser un escritor universal, muestra en su obra, puesto de manifiesto en lo que constituye el latido hispánico y la entraña del idioma, el más genuino abolengo castizo y la influencia renovadora del estupendo medio americano, que fortifica y remoja y pone alas y presta vibraciones nuevas al indomable y eterno nervio de la raza.

Este consorcio armónico de personalidades, esta conciencia de su progenie ilustre, esta compenetración con el espíritu español, este amor a la tradición clásica, este culto a la lengua matriz, le llevaron a imitar lo inimitable, en una inaudita empresa de continuación, nada menos que de la obra cumbre de la literatura castellana y de la literatura universal, sin otro propósito, él lo declara paladinamente, que el de hacer un ensayo del idioma y tributar un homenaje al autor del Quijote, escribiendo los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*.

¡Una imitación del Quijote! ¿Quién pudo atreverse? ¿No sabía el audaz que el mismo Cervantes dejó

muerto y sepultado a su héroe, para que nadie volviera a tocar al sublime loco? Esta intención está expresamente manifiesta, cuando, dolido por la infamia de Avellaneda, dice el Manco inmortal, en el prólogo de la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo*:

«Y no le digas más, ni yo quiero decirte más a ti, sino advertirte, que consideres que esta segunda parte de *Don Quijote*, que te ofrezco, es cortada del mismo artifice y del mismo paño que la primera y que en ella te doy a *Don Quijote* dilatado y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva a levantarme nuevos testimonios, pues bastan los pasados, y basta también que un hombre honrado haya dado noticias de estas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas; que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen, y la carestía, aun de las malas, se estima en algo.»

...Y al final de la sin par novela, cuando...

«El prudentísimo Cite Hamete dijo a su pluma: Aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada o mal tajada, péñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que a ti lleguen les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres:

*Tate, tate, folloncicos,  
De ninguno sea tocada,  
Porque esta empresa, buen rey,  
Para mí estaba guardada.*

Para mí sólo nació Don Quijote y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que

se atrevió o se ha de atrever a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros ni asunto de su resfriado ingenio...»

Después de ésto: ¿Quién podría poseer la fuerza creadora suficiente para volver a agitar ese cosmos estético que constituye la magna epopeya novelesca? ¿Quién podría tener el soplo genial para volver a animar la más sublime de las figuras artísticas que han visto y verán los siglos? ¿No se comprendía que cualquier ingenio, por superior que fuere, resultaría empequeñecido al intentar medirse con el sumo modelo? ¿Se ignoraba que en semejante empresa habían fracasado grandes escritores de diversas nacionalidades? ¿Qué nueva vida de Don Quijote podría darnos un autor americano, a las alturas del último tercio del siglo xix; ésto es, al cabo de cerca de tres centurias de popularidad, de glorificación, estudio e interpretación del libro incomparable?...

Nada de ésto ignoraba Montalvo, y para demostrarlo, poniendo de manifiesto su comprensión plena, su compenetración profunda con el espíritu de Cervantes, y justificar el noble propósito y la sana intención de su obra, escribe su famoso prólogo de tanto o más valor que la obra misma, de la que es clave; de tal manera, que analizado aquel, queda ésta analizada. Así lo vamos a hacer, de manera sumarisima, por imperiosas exigencias de espacio.

La obra, como tantas veces lo hemos repetido, se titula: *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, y

para los que no la conozcan, diremos que lleva como subtítulo el de: *Ensayo de imitación de un libro inimitable*, a lo que se añade: *obra póstuma de Juan Montalvo*; pues salió a luz en París, cuando ya había muerto su autor. Después, la casa Montaner y Simón, de Barcelona, ha hecho de ella dos o tres ediciones. Es un volumen de más de seiscientas páginas, en cuarto mayor.

Pasemos bajo el egregio frontis de este libro, en el que Montalvo ha grabado áureamente este alto y hermoso pensamiento suyo: *El que no tiene algo de Don Quijote, no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes*, y nos encontraremos con el célebre prólogo, que rompe así, de manera tan gallarda como castiza:

«Dame del atrevido; dame, lector, del sandio; del mal intencionado no, porque ni lo he menester, ni lo merezco. Dame también del loco, y cuando me hayas puesto como nuevo, recíbeme a perdón y escucha. ¿Quién eres, infusorio—exclamas—, que con ese mundo encima vienes a echármelo a la puerta? Cepos quedos: no soy contrabandista ni pirata: más es la carga: si es sobradamente grande para uno tan pequeño, no te vayas de todas por este único motivo; antes repara en la hormiga que con paso firme echa a andar hacia su alcázar, perdida bajo el enorme bulto que lleva sobre su endeble cuerpecillo. Si no hubiera quien las acometa, no hubiera empresas grandes, el toque está en el éxito...»

En seguida pasa a analizar, de manera pasmosa, la inmortal creación, *El Quijote*, que pone por encima de las obras maestras de todas las literaturas, como

pone a Cervantes por encima de los más grandes genios de la humanidad. Luego explica la intención que tuvo al escribir esos capítulos, con estas palabras llenas de noble sinceridad:

«Si fué el ánimo de ese hombre, dirán buenos y malos, componer un curso de moral, según él mismo lo insinúa, ¿cómo vino a suceder que prefiriese la manera más difícil? ¿Puede él tomar a Don Quijote en las manos sin que se desperfeccione la figura más rara, delicada, original y graciosa que nunca ha imaginado ingenio humano? ¿Y qué será Sancho Panza salido de esa pluma, la cual, si no es de avestruz, no es sin duda la maravilla que Cervantes arrancó al ave Fénix, y tajada y aguzada por un divino artista, le acomodó aste entre sus dedos maestros? ¡Pluguiese al cielo que tan lejos nos hallásemos de Avellaneda, como debemos de hallarnos de Cervantes! Por lo menos es verdad que si no ha sido nuestro el levantarnos a la altura del segundo, no hemos descendido a la bajeza del primero.....

.....

Tómese nuestra obrita por lo que es—un ensayo—, bien así en la sustancia como en la forma, bien así el estilo como el lenguaje. ¡El lenguaje! Nadie ha podido imitar el de Cervantes ni en España, y no es bueno que un americano se ponga a contrahacerlo; bonito es el hijo de los Andes para quedar airoso en lo mismo que salieron por el albañal ingenios como Calderón y Meléndez! La naturaleza prodiga al semibárbaro ciertos bienes que al hombre en extremo civilizado no da sino con mano escasa. La sensibilidad es suma en nuestros pueblos jóvenes, los cuales, por lo que es imaginación, superan a los envejecidos en la ciencia y la cultura.»

Después, nos refiere la génesis de su obra, nacida

del consorcio del amor a Cervantes, del estudio de la lengua y de la observación de la realidad:

•Este introito psicológico—nos dice—va encaminado a un hecho, y es dar a saber a nuestros lectores, si nos lo depara el cielo, que las escenas de nuestra obrita titulada *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, no son casos ficticios ni ocurrencias no avenidas, mas antes acontecimientos reales y positivos en su totalidad, o convertidos en cuadros completos, gracias a un miembro, un toque, un brochazo que, hiriendo nuestros ojos, se han ido adentro a despertar en el alma el mundo de sensaciones que suele estar pendiente de una reminiscencia entorpecida. Muchas escenas puestas en tono caballeresco son las comunes y diarias, sin otra dificultad para componer de ellas un paso fabuloso, que echarle a la historia cortapisas y arrequives con sabor de antigüedad y caballería.....

El caso fué que un tiranuelo de esos que no pueden vivir en donde hay un hombre y llaman enemigos del orden a los campeones de la libertad, nos tomó un día y nos echó a un desierto. No tantos años como Juan Crisóstomo en el Pitio; pero allí vivimos algunos sin trato social, sin distracciones, sin libros; ¡sin libros, señores, sin libros! Si tenéis entrañas, derretíos en lágrimas. Por rehuir el fastidio, o quizá los malos pensamientos, tomamos la pluma y pusimos por escrito en tono cervantino una escena que acababa de ofrecernos el cura del lugar, ignorantón, medio loco y aquijotado.....

La cosa no era para echada al olvido: y como hubiésemos anteriormente dado a la estampa, un escritillo titulado *Capítulo que se le olvidó a Cervantes*, el cual fué acogido con aplauso en la América del Sur, quizá porque era un venablo contra el susodicho tiranuelo que harto tenía de Quijote, buscándonos el diablo, describimos la escena; y por aprovecharnos de ciertos estudios que teníamos



hechos de la lengua castellana y del ingenioso hidalgo, pasamos adelante, hasta cuando a la vuelta de seis meses, los capítulos hechos y derechos eran sesenta; ¡sí, señores, sesenta! De éstos, los cincuenta serán escoria: como se nos cuajen los diez, y rueden en el crisol en forma de granos y de pepitas relucientes, felices nos estimaremos y ricos además con tan humildes preseas.....

.....

Pero Cervantes, argüís, le dejó muerto y enterrado a Don Quijote, a fin de que nadie osase tocarle después de él; ¿cómo sucede que nos le presentáis vivo y efectivo, en carne y hueso, después de tantos años como ha que es polvo y nada en las entrañas de la sepultura? ¿Sois acaso Geneo o Mambreo, mágicos que imitan los milagros de los profetas?... ¿O Abaris, ese brujo sublime que sobre una flecha encantada pasa montes, cruza mares? ¿O Apolonio, que resucita muertos? —No, señores; ni siquiera don Enrique de Villena o Pedro Balayarde: a Don Quijote no le hemos resucitado; no hemos hecho sino seguirle la pista a su conductor; olvido que le sucede, asunto nuestro es. Por esta razón la obra lleva por título *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, y limpios nos hallamos de ese grande negro hecho que se llama exhumación.....▶

.....

El prólogo está lleno de sutiles análisis psicológicos, de brillantes y plásticas evocaciones históricas, de densa doctrina filosófica, de peregrinas bellezas literarias, de interesantes disquisiciones filológicas. Al través de aquellas páginas magistrales vibra un espíritu de exaltación y de amor al Manco divino, al sublime Caballero de la Triste Figura y al inmortal idioma de Castilla. No nos resistimos a la tentación de copiar el trozo final de este himno en prosa, la

maravillosa invocación y evocación a los grandes maestros de la lengua castellana:

«... Espiritu de la Santa Doctora, descende sobre mí, alúmbrame. Alma del padre sabio, ¡oh, tú, Granada invisible!, si en tus peregrinaciones al mundo, si cuando salea a recoger tus pasos, aciertas a distinguir a este devoto de tu nombre, ¡bendícele!»

«Y tú, Cervantes, a quien he tomado por guía, como Dante a Virgilio, para mi viaje por las oscuras regiones de la gran lengua de Castilla, echa sobre mí los ojos desde la eternidad y animame; llégate a mí y apóyame, dirígeme la palabra, y enséñame. Cuando yo te pregunte: Maestro, ¿quién es esa sombra augusta que a paso lento está siguiendo la orilla de ese río? Tú has de responder: Inclínate, hijo, ese es D. Diego Hurtado de Mendoza.»

«Maestro, ¿quién es el espectro que allá va alto y sereno, los ojos vueltos arriba? —Ese es Fernando de Rojas, autor de *La Celestina*; saludale. —Maestro, ¿quién es ese espíritu que se agacha a beber en esa fuente, debajo de esos acopados mirtos? —Es Moratín, llamado Inarcó Celonio. A éste no le hables: huirá como una cervatilla; es tímido y esquivo como virgen vergonzosa. —Maestro, ¿quién es esa alma rodeada de un resplander divino, que está echándole la mano al cuello a ese arco iris? —Ese se llama D. Gaspar de Jovellanos, hijo. Es el pontífice de los escritores: llégate a él, y dobla la rodilla. —Y agora, mi buena señora, me acorred, pues que me es tanto menester.»

Y la lengua castellana fué generosa y pródiga con él: de sus más preciadas y secretas virtualidades le hizo don. ¡Cuán grande, cuán señalado privilegio! Una lengua no se rinde al primer desconocido. Para alcanzar su dominio, menester es amarla con fervorosa y cuasi mística unción, estudiarla con desvelo

constante y, sobre todo, poseer el *quid* divino capaz de condicionar, armonizando sus sonos de palabras, para orquestrar la polifona y magna sinfonía de la vida universal. Todo ésto lo poseía, en alto grado, Juan Montalvo. Así llegó a componer su obra, en la que no se sabe qué admirar más, si la substancia espiritual de su fondo o la acabada perfección de su factura. Allí la palabra, aun desligada de la melodía interior, anímica, de su sentido, es música que acaricia el oído con sus variadas y ricas armonías, ora solemnes como son de órgano clamoroso, ora marciales como gritos de clarín guerrero, ora tristes como sollozo bethoniano, ora ligeras con dejos de pasacalle, ora profundas como frase vagneriana, ora místicas como himno litúrgico, ora ardientes y pasionales como andaluza copla...; es firme dibujo que traza a maravilla paisajes, perfiles, siluetas y retratos; es colorido que, impresionando directamente la retina, da la sensación no de cosa contada, sino de cosa vista, en un triunfo radiante de la palabra pictórica; es plástica que moldea a lo vivo figuras que el arte se encarga de hacer carne; es línea arquitectónica que, en una pura euritmia, levanta al idioma un monumento eterno, que atestiguará perennemente la virtualidad insigne de la raza. Y, sobre todo, la palabra es signo de un gran espíritu que, fatigado de crear belleza, escaló el Olimpo de todas las literaturas para ir a encender su antorcha en el fuego sagrado que mantenía el genio en lo más alto de la cumbre.

Los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* son

ancho campo donde un gran ingenio despliega todas sus galas, describiendo aventuras, encuentros, contiendas, torneos, justas y batallas; componiendo tipos, creando caracteres de fuerte reciedumbre humana; relatando, ora una original aventura, ora un gracioso y divertido suceso; presentando, aquí un noble y alto señor, allí un pícaro, malandrín y bellaco; acá una austera y devota dama; allá un ramillete de lindas damiselas; acullá una zafia labradora rústica; acá unos valerosos y gallardos paladines; allá unos frailes socarrones y mal intencionados. Tan pronto se muestra psicólogo como moralista; pensador como poeta; historiógrafo como novelador; narrador realista como fantaseador caballeresco; siempre gran artista de la palabra, espíritu audaz que, elevándose en un vuelo aquilino, salva atrevido, sin sentir vértigo, infranqueables espacios, llegando a bordear el abismo en que se agita aquel cosmos que surgió al conjuro del genio de Cervantes... Y ésto, todo ésto, con un lenguaje impecable, escultural, cincelado, henchido de sangre, tenso de nervios, vibrante de vida, y de manera tan perfecta unido y acoplado con el fondo, que forma con él un solo todo, como el alma y el cuerpo, como el fuego y el calor; con peregrino y fértil ingenio, con fácil y natural inventiva, tan natural que es la realidad misma; formando así una obra viva y orgánica, original y de imitación, al mismo tiempo, y que, a la vez que enseña, deleita y admira. En este libro, su autor se muestra ya caballeresco, ya verista, ya hondo, ya dramático, ya humorístico, como en la

fábula inmortal de Cide Hamete Benengeli, que con savia y con sangre de vida se escribió.

Grandes maestros de la moderna crítica, al ocuparse de esta imitación del libro inimitable, se muestran acordes al manifestar que la obra de Montalvo contiene, entre sus más singulares excelencias, la de reproducir y conservar, con gran talento, con perspicacia suma, con amor acendrado, la figura única del sublime loco de la Mancha y las de los principales personajes y personillas de la novela prodigiosa; la de conocer profunda y plenamente cuanto toca y atañe a la caballería; la fácil inventiva para forjar aventuras; la maestría para manejar los sutiles hilos de luz con los que se mueven los muñecos de la farsa estupenda; la inspiración, el aliento cuando crea; la discreción, el buen gusto, el tino, el acierto, cuando imita; y, señaladamente, la *conciencia del estilo*, la magia insuperable de la forma, con que se reviste esta nueva interpretación, peregrina y personal, de la epopeya novelésca de la Edad Moderna.

Tal es la obra cervantista de Juan Montalvo; creación viva y palpitante, de fervor y de homenaje; ex voto precioso, de incalculable valor, prendido por un apóstol en el altar en que se manifiesta el símbolo que preside los destinos de la raza. El genial ecuatoriano no es, ni por asomo, uno de tantísimos apergamnados cervantómanos que, desde hace tres siglos, siguen amontonando, con pacienzudo esfuerzo y lentamente, bloques de pesada erudición, en torno al sepulcro de Cervantes; o que, con constancia ratonil, en archi-

vos y bibliotecas, van huroneando en montañas de amarillentos e informes legajos, con el fin de sacar a la luz de la calle los más nimios y menudos detalles del existir atormentado del glorioso Manco, o, lo que es peor, tristezas de su vida íntima... A Montalvo le fué revelada la suprema plenitud de Cervantes: sintiendo ese afán divino de perfección que sólo les es dable sentir a los espíritus superiores, copió el sumo modelo, reproduciéndolo al través de su briosa personalidad, y una vez realizada la obra, con ademán de rendido homenaje, colocó reverente su copia al pie del eterno monumento que levantara el genio de la *Hispania Mater*.

Así, por difíciles que seamos a la admiración, no podemos dejar de arrojar ramos de laurel ante la procerosa y sugestiva figura de Montalvo, que ya está en el bronce, fuerte, perenne y glorificador.

En este Centenario, en el que la emoción de Cervantes lo llena todo, marcando estelas luminosas en todas las almas, ¿cómo podía dejar de ser invocada en esta muy noble y muy heroica Villa y Corte, la obra del más grande de los cervantistas americanos, aun cuando sea por la más desautorizada de las voces? He aquí el motivo que nos ha impulsado a arrojar a la pira gloriosa que el amor de todos a Cervantes ha encendido, nuestro granito de mirra. Fundados temores, sincera y honda emoción nos han embargado a pesar de que, ya de antemano, nos sabíamos amparados por la benevolencia del lector y por lo patriótico del intento, al tratar de esbozar esta vacilante,



pero fervorosa afirmación de nacionalidad: el espíritu de Montalvo es parte del espíritu de la patria, ya que él condensa en su persona un período interesantísimo de la historia ecuatoriana, y que, quizá, lo más alto, lo más puro, lo más brillante, lo más hermoso del alma nacional floreció en su alma; pudiendo por él repetirse lo que, refiriéndose a otro ecuatoriano, también de celebridad mundial, al extraordinario García Moreno, escribió el maestro Menéndez y Pelayo:

*«La República que produjo a tal hombre puede ser pobre, obscura y olvidada, pero con él tiene bastante para vivir honradamente en la historia.»*

Madrid, abril de 1916.

## RODÓ Y MONTALVO

En la plenitud de su gloria y de su genio, y cuando su vida serena y armoniosa, como una obra de arte, aún parecía lejana del tramonto ineluctable, ha muerto, con la majestad de un semidiós y teniendo por fondo de su agonía el sacro mar de la cultura latina, el magno creador de idealismos, cuya palabra inspirada fué el verbo de todo un Continente.

Generoso sembrador de enseñanzas, alma inmensa que sintió y vivió, como nadie, los arduos problemas de su raza y de su siglo; sabio alquimista que del vasto jardín de la filosofía moderna supo extraer la más pura y alquitarada esencia de doctrina para darla a sus contemporáneos, en forma asimilable, saturada del fuerte perfume de su intensa personalidad; apóstol, orientador y vidente, el Santo Evangelista de «Ariel» ha sido, en la América libre, el último de los grandes maestros, cuya estirpe egregia empieza en Andrés Bello y culmina en Juan Montalvo, a quien el autor de «El Mirador de Próspero» profesó gran amor y rindió siempre admiración serviente, le-

vantando, en uno de sus libros, el monumento luminoso y perdurable que estaban reclamando los fueros insignes del «Cervantes americano».

¡Montalvo y Rodó! ¡Rodó y Montalvo! ¡Qué misteriosas, qué profundas, qué emotivas evocaciones tienen estos dos nombres, unidos ya para la eternidad por los diamantinos e indestructibles lazos del pensamiento, de la palabra, del bien, de la belleza, de la consagración y de la muerte! Vidas gigantes y fecundas, tienen hondas analogías y se armonizan hasta en lo que, aparentemente, tienen de dispares: inquieta, rebelde, tempestuosa, oceánica, fué la de Montalvo; reposada, serena, apacible, fué la de Rodó; y, como cielo y mar, se influncian, se unen y se reflejan causando benéficos efectos en el Continente, estas dos almas infinitas, de océano verde y de firmamento azul.

Su desaparición del escenario humano ha sido también parecido: el uno murió en París; solo, pobre, nostálgico y doliente, esperó con rosas, a la Pálida, en una ya lejana mañana de enero; el otro acaba de morir, en una tarde de primavera, frente al *Mare nostrum*, en Palermo evocador, capital de la isla florrecida, que es como el corazón de la *Italia Mater*, latiendo al compás de la epopeya. ¡Almas cumbres, aquilinas, siempre distantes, siempre lejanas, para desprenderse, como de un manto, de la materia y entrar en la inmortalidad, buscaron un pórtico condigno en antiquísimas urbes legendarias!

Extinguida la voz profética del *Cosmopolita*, y tras  
114

un paréntesis de silencio, comenzó a oírse en el Mundo de Colón, la voz unciosa e iluminada del joven profesor de Montevideo, que predicaba el evangelio de «Ariel», y cuyas palabras profundas eran como un bautismo de fuego sobre las cabezas de las juventudes de América. De entonces a acá, ¡cuántas cosas hondas, sutiles, sugerentes, emotivas, alentadoras, como un filtro, nos ha dicho el prodigioso creador de «Motivos de Proteo»!

El ideólogo de los «Cinco Ensayos», como el filósofo de los «Siete Tratados», tuvo fe ciega en los altos destinos de nuestra raza; sintió la integridad de esta patria continental y grandiosa que, por tradición, por historia, por idiosincracia, por lengua, por hábitos, por destinos y por continuidad territorial, es una, aunque integrada por diversos Estados soberanos. Esos dos genios eran los tutelares de la América: ellos la salvaban, ellos la protegían.

A la muerte de Rodó, como a la muerte de Montalvo, esta América nuestra se halla huérfana, y ha enmudecido. Desorientada y convulsa, en el momento más crítico y decisivo de su vida, la *india histórica*, que dijo Rubén, se siente poseída de una presagiosa inquietud, y, con ojos desorbitados, escruta en la cerrazón hostil de sus horizontes, buscando con avidez angustiosa, el cerebro estrella, precursor del orto luminoso del futuro...

México, mayo de 1917.

# GALDÓS:

## GALDÓS ANTE SU ESTATUA

Bajo las frondas amables del Buen Retiro, entre la fortaleza de un eucaliptus y la gracia primaveral de un almendro, blanco, sereno y armonioso, como un poema de mármol, semicubierto por una gran bandera española, se alza el monumento que va a ser inaugurado.

Poco a poco, en compactos grupos, van llegando los miembros de la comitiva oficial; muchos literatos, artistas, rostros que nos son conocidos, ya que son de personas que lograron penetrar hasta el fondo de nuestra alma con la inefable emoción de la belleza; y, sobre todo, el pueblo, el verdadero pueblo de Madrid. Todo está dispuesto ya; el acto va a comenzar; pero a alguien se espera...

De pronto, se oye un rumor como de fronda, que viene del lado del paseo de coches. En éste, frente al sendero que conduce al monumento, se ha parado el carruaje de gala del Municipio, y de él ha bajado

un anciano, que es recibido casi en brazos por los señores de la Comisión ejecutiva y por muchísimos concurrentes, que se agitan y apretujan, ansiando estrecharle, besarle la mano o siquiera contemplarle de cerca. El anciano es alto—todos cuantos pensamos y hablamos en español, aun sin haberle visto, lo conocemos—; anguloso; la noble frente, cargada de altos pensamientos, se inclina un tanto; unas gafas defienden los ojos tristes, los pobres ojos que semi-cegaron, «fatigados de tanto ver»; bajo un bigote gris, casi blanco, en la comisura de unos labios marchitos, se sostiene un puro apagado; una blanca bufanda de seda se envuelve a su cuello, y un largo y grueso gabán le cuelga de los hombros, en pliegues como de túnica. La marcha del anciano por entre la multitud es lenta y difícil, tardando aquél algún tiempo en salvar la corta distancia que media entre el paseo de coches y el lugar en que está el monumento. Por fin, llega a éste, y al ocupar Don Benito Pérez Galdós el sitio que se le había preparado frente a su propia estatua, un ¡Viva Galdós! sale de todos los pechos y llena el espacio con el clamor de una ovación.

A los compases solemnes de la *Marcha Real*, el Alcalde de Madrid descorre el velo que cubre el monumento. Ya están el hombre de piedra y el hombre de espíritu y materia frente a frente. Comienzan los discursos, y el acto continúa con el ceremonial de esta clase de solemnidades. Pero lo grandioso, lo verdaderamente único del momento, es el diálogo

mudo y sublime que se entablaría entre esos dos hombres.

El de piedra—acierto rotundo de un escultor joven y genial—está sentado en un gran sillón que, sostenido por dos leones, se alza sobre un sencillo basamento de dos cuerpos, en uno de los cuales se leen estas palabras: *Galdós. Episodios Nacionales. Novelas Españolas Contemporáneas. Teatro*. La cabeza, en la que el parecido, con ser lo de menos, es sorprendente, es noble y plena de vida: esa frente piensa y es la misma que aquella de la cual, en raudal generoso, brotó la epopeya novelesca de toda una raza; aquellos ojos, que escrutan en lo arcano, son los mismos que semicegaron después de haber visto más allá de las cosas, más allá de las almas; aquellos labios plegados en rictus doloroso, son los mismos que bebieron amarguras y destilaron piedades; las manos, que se trenzan sobre las rodillas, son manos creadoras en las que palpita un espíritu inmortal. Sobre las piernas, para evitar detalles prosaicos y angulosidades, que hubieran acaso comprometido el conjunto destruyendo la pura eutimia de sus líneas, el escultor ha echado una manta, resolviendo así, estéticamente e inteligentísimamente, muchos problemas de técnica. La estatua tiene vida y parece animada por un secreto espíritu, que corre y se difunde al través de la piedra inerte. Y ese espíritu es un espíritu creador, potente y lozano, que no puede ser otro que el espíritu del padre de la novela española contemporánea.

El maestro está, como decimos, sentado ante su

propia estatua. Está abstraído, como en un éxtasis, los pobres ojos enfermos velados de lágrimas de emoción. Sigue el coloquio entre los dos hombres; coloquio profundo y formidable, que ningún psicólogo fuera capaz de analizar, desentrañando toda la sutil grandeza de su significado.

Al Galdós viviente y al Galdós de piedra rodea una multitud heterogénea, en la que nuestra imaginación cree ver a los héroes de la epopeya galdosina. Allí, en los antiguos y señoriales jardines del Rey Felipe IV, en el acto de glorificar a su creador y rodeando su estatua, están, en espíritu, los sublimes marinos de Trafalgar y los héroes populares de Madrid y Zaragoza, de Gerona y de Cádiz; las falanges triunfadoras de Bailén y los Arapiles; los degenerados cortesanos de Carlos IV y los hijos de San Luis; Santa Juana de Castilla, Gabriel Aracil y Juan Martín, el Empecinado; Gloria y Doña Perfecta; la triste Marianela, mostrando su carita llorosa entre las ramas de un laurel; la familia de León Roch y Fortunata y Jacinta, el Doctor Centeno y el amigo Manso, Torquemada, la de Bringas, Angel Guerra y Leré, el tío Pito e Ido del Sagrario, Orozco, José María Cruz y Victoria, *la loca de la casa*; Nazarín, Halma, el León de Albrít y sus nietas, Pedro Minio, Casandra, la Marquesa de San Quintín, Electra y Mariucha, Bárbara, Paulina, Celia, Sor Simona... Es una multitud abigarrada; los personajes de todo un siglo, arquetipos de toda una raza, los que se agrupan en torno a su creador, agitando ramos de laureles. En tanto, el maestro se ha trans-

figurado, en la apoteosis de un nuevo Tabor: de su frente irradian resplandores, como los de la frente augusta del divino Dante; su vulgar gabán es manto patricio, en el que se arrebujaba en actitud estatuaría para recibir el homenaje definitivo de los hijos de su genio. El cuadro es mágico; la escena única, sobrehumana; y todo ello se desenvuelve en un luminoso ambiente de idealidad.

Esto es lo que vio nuestro espíritu soñador y propicio a toda exaltación. Pero la realidad es otra; y, como realidad, también es bella. He la aquí:

Una vez descubierta por el Alcalde la estatua, Serafín Alvarez Quintero, el comediógrafo insigne, ha subido a uno de los escalones del monumento, y con ademán amplio, gesto emocionado y gentil prestancia, pronuncia un bellissimo discurso que, como quinteriano, es brillante, sentido, efusivo, exento del terrible lugar común.

Luego, el Alcalde dice que Madrid recibe y conservará el monumento a Galdós como una reliquia sagrada. Hace, con acierto, un fervido elogio de la obra madrileñísima, española, universal, humana del maestro; y, en nombre del pueblo, besa la mano creadora de Don Benito Pérez Galdós.

El momento es de una honda e imperecedera emoción.

Las aclamaciones a Galdós se suceden sin interrupción, y se prolongan, acompañadas por el gorjeo de los pájaros, que tornan líricas las frondas acogedoras del Buen Retiro.

Ahora se procede a firmar el acta de la inauguración, siendo la del propio Galdós la primera firma que en ella se estampa.

Entonces irrumpe entre la concurrencia, y se presenta ante el maestro un emocionante grupo de niñas ciegas, que pone en manos de Don Benito un ramo de flores, que éste besa, tembloroso.

El acto, tan sencillo como conmovedor, con vistas a otros tiempos, a los tiempos clásicos en que se sabía glorificar en vida a los genios, ha terminado. El pueblo de Madrid, después de haber escrito esta página bella y honrosísima en su historial de pueblo culto, comienza a dispersarse. El maestro ha conseguido, no sin trabajo, volver a tomar su coche, y en él se dirige a su domicilio—el morisco hotelito del barrio Argüelles—, seguido por el pueblo, que continúa aclamándole.

Antes de que Don Benito Pérez Galdós llegara a su carruaje, el cronista, que consiguió ir muy cerca del maestro, pudo tomar respetuosamente una de sus manos y poner en ella un mudo beso conmovido.

Entre el público que se dispersaba, echamos de ver a un joven delgado y pálido, de ojos de fiebre, que terciada de sus hombros una capa y cubierta su melnada cabeza con un chambergo de amplísimas alas, maquinalmente, tan emocionado estaba, estrechaba las manos que se le ofrecían, correspondía a los abrazos que le prodigaban, pronunciando entrecortadas frases de agradecimiento. Era el gran escultor Víctor Macho, inspirado autor de esta obra admirable



que, sin profanar las puras líneas del bloque granítico, expresa, de manera pasmosa, perpetuándolos, el espíritu y la labor ingentes del genio español de nuestros días, y generoso donante de su creación al pueblo de Madrid: desde un principio declaró que no percibiría ni un céntimo por su obra, y que la cantidad colectada, en brevísimo tiempo, por la Comisión ejecutiva, compuesta de ilustres literatos, sólo se aplicaría a cubrir los gastos de material, para que así fuera de todos el homenaje..

...Al fin, la multitud de concurrentes acaba por abandonar el parque; y entre la fronda nemorosa y sonante, naufragando en la penumbra de un crepúsculo invernal, preciosamente breve, queda sólo el hombre de piedra, como un blanco símbolo de la perennidad del arte. Desde lo alto de su sitial, verá pasar a las generaciones: la pareja de enamorados, la eterna pareja que va y viene del fondo de los siglos, pasará hacia el porvenir, sonámbula de su divino ensueño; los niños vendrán enguirnaldados de la mano y jugarán al corro, ante la efigie del viejo abuelo; y esos niños se tornarán hombres y viejos, a su vez. Y todos pasarán, en el devenir inacabable de la vida... Pero ese hombre y su obra no pasarán..

Madrid, enero de 1919.

## GALDÓS EN AMÉRICA

La España de la que se separó América con un desgarramiento doloroso, tras fiera y tenaz lucha, en la que, de una y otra parte, se hizo derroche de valor, temeridad, audacia, sacrificio, fué la España absolutista, fanática, agotada y decadente de los peores días de Fernando VII; fué la España de los cortesanos degenerados y de los políticos corrompidos; fué la España de la *leyenda uegra*, con todo su cortejo de pavores; fué, en fin, la España de Goya, maltrecha y ensangrentada, trágica y caricaturesca.

América, a pesar de estar amordazada, había bebido en las fuentes de la Enciclopedia; conocía los *Derechos del hombre*, siendo, precisamente, las doctrinas de la Gran Revolución las que hicieron germinar la idea emancipadora. Bolívar, el Padre Hidalgo, Miranda, San Martín, habían leído a los Filósofos franceses de fines del siglo XVIII, siendo las enseñanzas de éstos las que armaron los brazos de aquéllos con las espadas de la libertad.

Al triunfo de los patriotas americanos, surgió en sus pueblitos un estado caótico y desenfrenado, muy próximo a la anarquía, hasta el punto de hacer dudar a los mismos libertadores si habían hecho bien o mal con su obra. Divididos esos países en mil banderías, envenenados de malas pasiones, corroídos por el mi-

litarismo y el caudillaje, hubo de pasar todavía mucho tiempo hasta que, sedimentándose el lógamo de los bajos fondos que por efecto de la conmoción había subido a la superficie, se encauzaran esas corrientes sociales por sus propios cauces, haciendo posible el advenimiento de una verdadera democracia, y la normal y digna convivencia de esos pueblos, dentro de la comunidad de las naciones.

El período subsiguiente en América fué de reconstrucción, de convalecencia; luego de restañada su sangre y cicatrizadas sus heridas, el cuerpo social, lenta y paulatinamente, volvía a la vida física, primero, y a la vida internacional, después. Su restablecimiento fué difícil, premioso: el tránsito del vasallaje a la plena libertad fué demasiado brusco para que no se resintiera ese organismo colectivo, que presenta los caracteres sintomáticos del crecimiento forzado, artificioso, como un niño a quien se le hiciera crecer por procedimientos mecánicos y antes de que su organismo hubiera llegado a su completo desarrollo, se le ejercitara en las plenas funciones del hombre. Pero las energías latentes que en el fondo de su naturaleza guarda la magnífica raza nuestra y su pasmosa virtud de asimilación, la salvaron de esa crisis en el Nuevo Mundo, y personificada en pueblos jóvenes y vigorosos, continúa rindiendo a la civilización todo el magno contingente que de ella exige la humanidad.

Mas, siendo indiscutible la unidad de la raza, que aunque dividida en varias agrupaciones completamente independientes y soberanas, en lo político, no

forma, en la Península Ibérica y en gran parte de las tres Américas, sino un sólo todo nacional, con idénticos origen, espíritu, destinos, era indispensable, para la plena realización de sus altísimos fines y de sus ideales supremos, la perfecta inteligencia, el mutuo acuerdo entre la nación progenitora y sus hijas de América. A este fin, contaban con un medio inapreciable: el idioma. Pero el idioma, con ser un instrumento divino y un lazo insustituible, no bastaba: había divorcio de ideario entre la América recién independizada y la España de la primera mitad del siglo XIX; y siendo el idioma nada más que la expresión de ese ideario, es evidente que poniendo de manifiesto la diferencia anímica, no tenía la eficacia necesaria para establecer por sí sólo la anhelada unificación.

Así, en aquella época, a pesar de haber reconocido España la personalidad independiente de las naciones formadas por sus antiguas colonias, un aislamiento mortal y un recelo que hielas mantienen separadas a España y a la América española. Es que aún latían los últimos vestigios de la lucha, y sabiéndose opuestas en ideas y sentimientos, se miraban como antagónicas las hermanas. Pero, poco a poco, el hielo fué deritiéndose al calor de un elevado sentimiento, y fundidos en el crisol de la historia los nuevos conceptos de solidaridad, fueron cayendo hechos cenizas los prejuicios con todo lo que encerraban de negativo y estrecho, y la idea de una patria magna cristalizaba fuerte y esplendorosa, en un avatar magnífico

de la gran Hispania que, fundada en los esenciales elementos que integran la nacionalidad, se yergue triunfante sobre todas las divisiones políticas de esa suprenación, a la que aguardan incalculables y supremos destinos.

Para llegar a este resultado, que ya es un dogma en la conciencia de cuantos piensan alto y sienten hondo y expresan sus pensamientos y sus sentimientos en lengua española, ha habido necesariamente que empezar por el conocimiento mutuo. Sin conocerse, no era posible amarse, menos unirse. Medio por excelencia de todo conocimiento es el arte, que no es otra cosa que la expresión idealizada de la realidad. Siempre ha tenido el arte una gran misión histórica, como verbo y definitiva concreción de una raza. En el caso que examinamos de una Hispania máxima, patria ideal de cien millones de espíritus, la influencia del arte ha sido decisiva. Desligados los pueblos del Nuevo Mundo del poder político de España, siguieron siendo sus tributarios en el pensamiento porque una cultura no se improvisa, sino que es la resultante de una evolución de siglos. Y si América ha hecho aportaciones preciosas, no sólo a la literatura española, sino a la literatura universal, no tiene, en cambio, un acervo literario completo como el de España. El desarrollo estético se realiza por etapas: América está en la edad lítica, que es la primitiva, al paso que España ha terminado el ciclo de su evolución en todos los géneros, especialmente en el dramático, que es el más complejo, y aún ha creado otros nuevos. Las

figuras geniales que, fuera de la África, han surgido en América, son las excepciones que confirman esta ley evolutiva. Por otra parte, siendo el idioma lo que caracteriza y personifica a una literatura, para el Continente hispanoamericano y para España, no hay sino una literatura: la literatura castellana, una de las más vastas y grandiosas del mundo, en todos los tiempos.

Pasada la lucha por la emancipación, y aún dentro de esa misma lucha, los literatos americanos siguieron siendo profundamente españoles. Recordemos solamente dos casos, por ser de los más característicos: Bello y Olmedo, patriotas de la independencia americana, son, por sus obras literarias, dos perfectos clásicos españoles. El público americano siguió y sigue hasta ahora nutriendo su espíritu, preferentemente, con la literatura española. Así, en aquel período subsiguiente a la lucha por la libertad, para aplacar los recelos no extintos, apagar el rescoldo pasional, para borrar los recelos y los enconos, nada contribuyó tanto como la literatura del Romanticismo, aquella literatura de penacho y oriflama, que pletórica de fuego, de luz y de pasión surge, como una hoguera sagrada y fascinante, alumbrando con sus resplandores la visión maravillosa de la España legendaria y caballeresca. La dramaturgia encendida del Duque de Rivas, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Tamayo y Baus, Zorrilla, entusiasmo hasta el delirio a los públicos de América, que admiran el valor heroico, el desprecio a la vida, el sentimiento del honor, el culto

a la mujer, la prontitud para el sacrificio y todas las otras virtudes de la raza inmortal, que era carne de su carne, sangre de su sangre, alma de su alma, tan admirablemente retratada en las leyendas de Zorrilla y en las arrogantes, gallardas y sonoras estrofas de Espronceda. El Romanticismo enseñó a admirar a España, y la admiración es un gran camino hacia el amor.

Difunto ya en su hornacina de alabastro el Romanticismo, triunfa sobre el pavés del pensamiento el Realismo, que surge como reacción natural, al desbordamiento de la fantasía que significaba el movimiento anterior. El Realismo encarna, principalmente, en el género literario más amplio y universal: la novela. Tímidos son, en su comienzo, los ensayos realistas; sus primeros representantes, como Fernán Caballero, apenas si se atreven a reflejar la vida con todas sus tremendas realidades; vienen luego, Don Juan Valera, Clarín, Alarcón, la Pardo Bazán, artistas admirables; Pereda, novelista fuerte, de raza, pero circunscrito, regional. La época moderna y la raza española reclamaban, para expresar la totalidad de su ser, la aparición de un genio que fijase para siempre las características nacionales, reflejando en su obra la psicología y la civilización españolas en todo lo que tienen de substantivas y eternas.

Este genio de España, de la raza, fué Don Benito Pérez Galdós, que había nacido en la capital de las Islas Afortunadas, en 1843, y cuya muerte llora hoy el mundo.

Tuvo la virtud creadora que hace a los hombres como dioses, porque dan vida a seres inmortales; y para vaciar sus concepciones se valió, principalmente, de un género literario, el más complejo y vasto: la novela, que, muerta la epopeya, es, como dice Rodó: «la épica inexhausta y proteiforme de nuestro tiempo, orbe maravilloso donde caben todo lo infinito de la imaginación y todo lo infinito de la realidad». En el portentoso monumento literario levantado por la pluma creadora de Galdós, se contiene íntegramente la España moderna, con todas sus grandezas, con todas sus pequeñeces, con todas sus virtudes, con todos sus defectos. El público hispanoamericano devoró los libros de Galdós, encontrando en ellos las esencias de su alma; y como en todas las obras del maestro hay siempre un anhelo de regeneración, late siempre un afán de mejoramiento y de progreso, el público del Nuevo Mundo, en su mayoría tan liberal, tan avanzado, tan modernamente orientado, no pudo sustraerse a su mágico influjo, y acabó de reconciliarse con España. En este sentido, Galdós, que nunca fué a América, que no trató casi en sus innumerables libros de asuntos americanos, reviste una importancia enorme. Con su obra humana, profundamente humana y españolísima, ha hecho por la unión ibérica más que un siglo de política y diplomacia. Esta trascendencia, efecto del genio que alcanza a realizar con su obra más de lo que se propuso, no ha sido hasta ahora, o a lo menos no lo sabemos, estudiada por nadie. Sin fuerzas para examinar esta magna sig-

nificación, sin tiempo ni espacio, apremiados por la dolorosa actualidad como escribimos este mal pergeñado artículo, lo único que haremos ahora, es señalarla discretamente, apuntarla, que, como la personalidad y la obra galdosianas, son permanentes, y engendrarán, como las de Cervantes, una copiosa bibliografía, no faltará quien estudie, en el porvenir, este aspecto interesantísimo y cual ninguno transcendental, del maestro: cómo ha influido la obra de don Benito Pérez Galdós, síntesis de su raza y de su patria, en el concepto mundial de España y, sobre todo, en las relaciones hispanoamericanas, haciendo conocer y amar a la Madre Patria, más allá de las fronteras nacionales.

En nuestro humilde concepto, creemos que nadie, así, en absoluto, nadie, después de Cervantes, sin falsear un punto la realidad de la que es el más devoto y fiel de los amadores, ha logrado dar una sensación más acabada, recia, fuerte, honda, duradera y saludable de España, no sólo por el fondo de su obra, trasunto perfecto de la vida española, sino también por la forma, que siendo de una alta calidad estética, es la más espontánea y natural, la más fresca y jugosa: en su obra está el castellano de nuestros días en todo su esplendor, y se manifiesta caudaloso, rico, sonoro, sazonado, perfecto, después de una evolución de siglos.

La personalidad del maestro glorioso es tan inmensa, varia y compleja, y su obra tan pasmosa, fecunda y vasta, que maravillan. Él sólo es una época, y su

obra, la literatura de toda una raza, hasta el punto de afirmarse, y con razón, que si por efecto de una catástrofe cósmica desapareciera, en el porvenir, la Península Ibérica, seguiría España existiendo moralmente en los innumerables libros de Galdós, esparcidos por el mundo entero. Imposible resulta, pues, ni aun en atrevida síntesis, presentar en conjunto la personalidad y la obra del genio de la España contemporánea, con el fin de señalar la misión educadora y la benéfica influencia que han ejercido en el extranjero, particularmente, en lo que atañe a las relaciones hispanoamericanas. Se impone, por tanto, la más común y grande de las divisiones, señalando primero la influencia de Galdós novelista, y luego, la de Galdós dramaturgo.

La primera fase es la más representativa, la más genuina; la segunda, nos atreveríamos a afirmar que es la más genial. Ambas se completan, y en medio de una multiplicidad que pasma, manifestada en centenares de volúmenes, presenta una unidad perfecta: la del supremo espíritu que ha creado la obra total y la informa, infundiéndola un aliento eterno.

La primera fase, como todos sabemos, comprende las *Novelas de la primera época*, los *Episodios Nacionales* y las *Novelas españolas contemporáneas*.

En las novelas de la primera época: *La Fontana de Oro*, *La Sombra*, *El Aulaz*, *Doña Perfecta*, *Gloria*, *La Familia de León Roch*, está representada la lucha tremenda que sostienen, de una parte, la sociedad española, fanática, terca, retrógrada e intransi-

gente, y de otra, las ideas liberales que, emanadas de la Revolución Francesa, se difundieron en el ambiente europeo por la fuerza expansiva del pensamiento, pugnando por infiltrarse en el medio español que, oponiéndoles una resistencia tenaz, hace surgir muchas veces la tragedia. Esta misma lucía, aunque no con tan negros tintes, con tan fieros caracteres, existía en América, entre los restos del Coloniaje, que se batía ya en retirada, y los principios libertarios que, embriagados con la gloria del triunfo, habían hecho surgir en algunos países gérmenes de libertinaje. El público americano se entusiasmó con estos libros, en los que veía expuestos sus mismos conflictos de conciencia, sus mismos problemas, sus mismos casos psicológicos, simpatizando, desde luego, con aquellos personajes de esas novelas, en los que su creador y padre había querido simbolizar el espíritu de una España modernizada y libre.

*Marianela*, que a esta época pertenece, es una cosa aparte, un idilio de ternura y de amor desesperado, que con sus delicadezas y la honda e irremediable melancolía, que a raudales como de lágrimas, brota de sus páginas, maravilló y encantó al público americano, de suyo tan sentimental. Así, la desventura de la pobre *Nela* ha hecho llorar a las mujeres americanas, tanto como el casto idilio interrumpido por la muerte, de la *Maria* del colombiano Isaacs, esa otra obra maestra del sentimiento humano. La obra galosiana, que no estaba olvidada, ni mucho menos, tuvo un brillante avatar sobre el tinglado de la anti-

gua farsa, cuando la maestría escénica de los Quintero la adaptó a la dramaturgia, llevándola en triunfo por todos los teatros de lengua castellana. Nosotros hemos tenido oportunidad de ver la adaptación de *Mariuela* interpretada en diversos lugares de España y América, y no acertaríamos a decir en dónde conmovía y emocionaba más; lo cual supone otro dato entre los abrumadores que existen para proclamar la unidad psicológica de Hispanoamérica.

Los *Episodios Nacionales* constituyen la obra céntrica, el arco total del formidable y grandioso monumento galdosiano. Allí está, pero no estereotipada y momificada como en las páginas de la historia, sino viviendo, vibrando, la España del siglo XIX; y está en toda su integridad, con todo su ambiente, con todos sus detalles. Millones de seres de todas las categorías sociales, de toda clase y catadura, obran y proceden como en la vida, de la cual dan una sensación perfecta. Nunca la reconstrucción histórica ha culminado tan alto como en este caso, en alas del genio que tiene la virtud taumatúrgica de la divinidad. España inmortal está allí; y si no aparece soberbia y prepotente como en los tiempos en que no se ponía el sol en sus dominios, es porque por fatalidades históricas y cumpliéndose inflexibles leyes a que están irremisiblemente sujetos todos los organismos, así individuales como sociales, se acentuó aún más, en el pasado siglo, la curva iniciada ya a la muerte de los Reyes Católicos, llegando al trágico fin de su descenso con el desastre del 98.

Así, pues, si estos libros, que son a manera de grandes frescos murales pintados por un moderno Miguel Angel, no deslumbran dando la sensación de lo épico, el escalofrío de lo sublime, es porque no los da la realidad de la época, de la cual el magno artista que la reprodujo es un devoto fiel y apasionado. Extinguidos los fulgores radiantes de la Independencia, adviene una realidad gris, anodina, cansada y misera, en la que el país lucha y se esfuerza por desatarse las ligaduras que le impuso la reacción y marchar a compás de los tiempos, en armonía con el espíritu del siglo. Esta realidad es la que le tocó vivir y reproducir al maestro. Brumoso, sombrío, de irremediable decadencia es el espectáculo que se presenta ante sus ojos escrutadores; viciado, difícil de respirar es el ambiente que le envuelve; discordante, áspera, clamorosa, la voz que escucha es la voz del agotamiento. Pero, a pesar de todo, en medio del desbarajuste, tras tantas crisis, después de tantas caídas y fracasos tantos, hay algo allí regenerador que fermenta y vive y evitará una rota definitiva: es el genio de la raza que alimenta fuentes insospechadas e inexhaustas de energía vivificadora y salvatriz. Este principio secundo o inapreciable, que demoraba en el fondo de la conciencia española, fué tomado con unción sacerdotal por el maestro y exaltado por él a la categoría de un predicado divino en el que residía el secreto de una gloriosa epifanía. Así, al narrarnos las pavoras del *Terror de 1824*, los fragores de las *Tormentas del 48*, las miserias de los *Duendes*

de la *Camarilla*, las desdichas de *La de los tristes destinos*, las angustias de la *España trágica*, el fracaso de la *Primera República*, siempre hay algo que se salva, que permite fundamentar un anhelo, fincar una esperanza. Y la fe en una España mejor se hace convencimiento por la virtud persuasiva del genio, en el alma de los propios españoles, que sólo por el hecho de creer en su mejoramiento, ya laboran por él; pues, como dijo el poeta: «quien no espera vencer, ya está vencido»; y en el alma de los hispanoamericanos, que empiezan a amar a la Madre Patria, la que, a pesar de sus desgracias, no estaba, ni mucho menos, irremisiblemente perdida.

En las *Novelas Españolas Contemporáneas* se refleja con toda su fuerza, luz, relieve, colorido y movimiento, la vida del estado llano español, de la burguesía, de la clase media, nervio y substractum de la nacionalidad. El escenario por el que pasan unas hacia el bien, otras hacia el mal, y en el que se agitan, se afanan, sufren, gozan, viven y mueren esas vidas anodinas, pero inmortales por el aliento que supo infundirlas su creador, es la Villa y Corte de Madrid, corazón de España; pero el vaso en que se aposentán esas almas, está formado del mismo barro étnico, que contiene otros millones de almas idénticas, desparamadas al través de los vastos dominios de uno y otro hemisferio, por los que el genio conquistador de España supo, en días gloriosos, irradiar la fuerza expansiva de su espíritu. De esta manera, esas narraciones que parecen locales, resultan casi universales:

veinte países se ven retratados en ellas. Aparte diferencias de localización, el pensamiento de esas novelas y los problemas que en ellas se suscitan, son perfectamente comprensibles en los lugares más distantes, recónditos y apartados de la América, porque la esencia anímica nos es común, como nos es común el idioma, ya que el idioma no es una ánfora en la que se puede verter cualquier contenido, sino que es consubstancial con el espíritu del pueblo que lo forjó y dió vida. España y América, históricamente solidarias, identificadas en psicología y lenguaje, sintieron y se emocionaron al unísono con la acción de *La Desheredada* y de *El Amigo Manso*, de *El Doctor Centeno* y de *Tormento*, de *La de Brujas* y de *Lo Prohibido*, de *Fortunata y Jacinta* y de *Miau*, de la *Incógnita* y de *Realidad*, de los *Torquemada* y de *Angel Guerra*, de *Tristana* y de *Halma*, de *Misericordia* y de *El Caballero Encantado*. Y la comprensión fué tan plena, la compenetración fué tan perfecta que, pueblos geográficamente tan distantes como los ultramarinos, pero moralmente tan unidos, vieron, como en una pantalla cinematográfica, pero de una cinematografía del futuro, policroma y parlante, proyectadas sus existencias cotidianas, llegando a vivir esas obras, y hasta a reconocer como antiguos amigos y conocidos a los personajes y tipos que en ellas se mueven y actúan. Diríase que, por obra de un mágico prodigioso, la calle de Alcalá se alargaba, se alargaba en lo imposible, hasta llegar a Buenos Aires, lo mismo que la calle de Toledo, hasta llegar

a México... Corrientes caudalosas y ricas de realidad y fantasía, que emanaban del corazón de España y eran sangre de las maternas entrañas que se infiltraba en el organismo de las hijas, savia del viejo tronco que iba a alimentar a las nuevas plantas, en el Nuevo Mundo florecientes, quedando así completada y consolidada una creación histórica, cuatro veces secular, que ha dado por resultante una excelsa patria máxima.

En el Teatro, el genio de Galdós se remonta en vuelo aquilino hasta alcanzar las inaccesibles regiones a las que sólo les había sido dable llegar a Sófocles, Esquilo, Eurípides, Shakespeare, Calderón, Lope, Racine, Schiller. En la culminación de la sublime curva que va de *Realidad* a *Santa Juana de Castilla*, hay una obra cumbre, que es como el sol de un maravilloso sistema planetario: *El Ahuelo*, tragedia intensa y peregrina, de sentimiento y de realidad, en la que se manifiesta en toda su avasalladora grandeza el alma noble y generosa de la raza; obra única en la historia de la dramática que no contiene intriga amorosa: casi todas, se puede afirmar, de una manera general, están construídas sobre la base erótica: (representan el conflicto de una mujer entre dos hombres o de un hombre entre dos mujeres); y, sin embargo, interesa y emociona como ninguna otra, ya que, sin tocar el eterno tema de la atracción de los sexos, ni haber efusión de sangre, contiene todos los elementos de una tragedia permanente, humana y universal, representando el triunfo de la ley del amor sobre todas las leyes, todos los prejuicios, to-

das las fórmulas, todas las preocupaciones que la humanidad se ha creado para complicar y hacer aún más dolorosa esta mísera existencia. Dignas hermanas de esta obra singular y portentosa que vivirá en la dramaturgia universal al lado de las mayores creaciones de Shakespeare, son: *Realidad*, maravilla de verismo, de humanidad, de análisis psicológico; *La loca de la casa*, que exalta el sacrificio del ensueño, que es, precisamente, el más duro y doloroso, y prueba que el mal es necesario en la vida, porque «sin él, los buenos no sabrían qué hacer ni podrían vivir»; *La de San Quintín*, en la que el maestro vidente y apostólico, presintió, veinticinco años ha, el tremendo problema social que hoy conmueve al mundo en sus cimientos, y lo resuelve de la única manera posible: por medio del amor, bálsamo de todos los dolores, gran nivelador de todas las desigualdades; *Los Condenados*, aquella obra desconcertante y genial que, rechazada por modo absurdo en la noche de su estreno, en 1894, fué aclamada con delirio por el público al ser revisada en el Teatro Español, al cabo de veintiún años, en 1915; *Doña Perfecta*, adaptación escénica de la célebre novela; *Electra*, la que triunfó ruidosamente y tanto y tanto apasionó a los públicos de España y América, llegando a ser un símbolo y una bandera política; la obra exaltada hasta el ditrambo y denigrada hasta el desprecio; la discutida, la calumniada, la comentada con apasionamiento por hombres empeñados en adjudicarle los más extraños sentidos esotéricos sacados de sus es-

trechos magines, como si en ellos hubiera podido haber la concepción del genio, que forjó su creación saturada de amplios ideales redentores, con primordiales miras estéticas, pero sin perder de vista la misión sociológica del arte. *Alma y Vida*, fantasía plena de idealidad y de ensueño; *Mariucha y Pedro Muño*, de generosas tendencias sociales; *Amor y Ciencia*, la admirable comedia dramática, injustamente olvidada, en la que se esboza una moral nueva, contraria a los prejuicios y a las preocupaciones del antiguo concepto calderoniano del honor caballeresco; *Gerona*, adaptación del grandioso episodio, canto a la heroica e inmortal ciudad; *Bárbara y Casandra*, tragedias intensas y emocionantes; *Celia en los infiernos*, henchida de idealismos, una de esas obras amplias, apostólicas y sociales, como las del abuelo Tolstoy; prédica inspirada en el bien de los desvalidos, escapatoria al país de la quimera; bello sueño de igualdad, en el que los de arriba y los de abajo se unen por el amor fundiéndose al sol de la justicia; *Alceste*, arreglo del inmortal drama de Eurípides, que al surgir en la escena moderna aparecía como remozado, por obra de la magia artística del gran autor español, que introduciendo discretas y ligeras variantes en el texto griego, lo amolda a maravilla a la arquitectura teatral moderna, haciéndole representable; empeño que Galdós sí pudo realizar, ya que la obra del genio sólo por el genio puede ser tocada; *Sor Simona*, aquel prodigio de sentimiento y de verismo; alguna o algunas otras piezas que no recordamos por

el momento; y, por fin, *Santa Juana de Castilla*, remate y compendio del grandioso temple dramático, la postrer obra del maestro, en la que se manifiestan en todo su esplendor la singular manera y las características del teatro galdosiano; teatro humano, eterno, vasto, inconmensurable y aun algo caótico, hasta dar la sensación de estar escrito con garra leonina.

Todas estas obras han recorrido y recorrerán triunfalmente los escenarios todos donde se eleve la sonora majestad de la lengua castellana, dando testimonio de una España fuerte, honda y perdurable, con grandes virtudes y un cuantioso caudal de reservas espirituales; y serán a manera de fuentes inexhaustas de purísimas aguas vivas, en las que se abrevarán las almas sitibundas de idealismos; de piedras miliarias que marcarán una gloriosa y fecunda época literaria; de antorchas eternas que alumbrarán el sendero innumerable por el que los pueblos hispánicos marchan hacia la meta de su progreso indefinido.

Galdós novelista, Galdós dramaturgo, Galdós apóstol y maestro, Galdós genio, ha sido el épico soberano de la raza hispánica en la Edad Moderna. Acaba de verificarse su tránsito a la inmortalidad; está, por tanto, muy cerca de nosotros esta sin par figura para que podamos verla en toda su grandeza. Mas, a medida que pasen los años, los lustros, las décadas, los siglos, ira creciendo, agigantándose, hasta romper con su frente las nubes y aparecer como una cumbre espiritual, divina, como hoy aparecen atalayando todos los horizontes de la historia: Homero, Virgi-

lio, el Dante, Cervantes, Shakespeare, Goethe, Balzac, aquellos que en su obra lograron encarnar la civilización de la época en que vivieron. Así como en los cantos de la *Iliada* y de la *Éncida* están contenidas las edades heroicas, las culturas griega y romana; en la *Divina Comedia*, los siglos febriles, teológicos y torturados de la Edad Media; en el *Quijote*, la vida española en los albores de la Edad Moderna; en la dramaturgia shesperiana, la ideología inglesa; en el *Fausto*, toda la filosofía germánica, y en la *Comedia Humana*, la vida prosaica de la Francia burguesa, después de apagados los fulgores de su última epopeya; en la totalidad de la obra galdosiana, verdaderamente épica, se encuentra la vida de una raza durante un siglo de su existir; de tal manera, que quien quiera documentarse, en lo futuro, sobre la fisonomía, aspecto y modalidades de la España contemporánea, y conocer la estructura y matices del castellano actual, tendrá, por fuerza, que acudir a las fuentes galdosianas, que estarán fluyendo eternamente. Y como la raza que habita y anima ese cosmos literario está esparcida en la extensión de dos mundos, formando veinte pueblos, y estos pueblos crecerán, crecerá también en valor y trascendencia esta peregrina y singular epopeya, no heroica, porque los tiempos no lo han sido; pero sí novelesca y plena de una vasta vida desbordante.

Quedará así sellada áurea y perdurablemente la unidad anímica de todos los pueblos de habla castellana; unidad que se ha patentizado a la muerte del

anciano sublime que fué su síntesis, su verbo, su conciencia. Cuando el cuerpo inanimado que fué alcázar de aquel excelso espíritu, en hombros de su pueblo más amado, del pueblo de Madrid, envuelto en el sudario emocionante—sangre y oro—de la bandera española y cubierto amorosamente de flores por manos femeninas, cruzaba la Puerta del Sol y la calle de Alcalá, aumentado su cortejo de centenares de miles de personas por los millones de seres que creó su fantasía, camino de la tumba cristiana que le esperaba abriendo maternalmente los brazos de la cruz; un estremecimiento doloroso pasaba en este momento por las *vértebras enormes de los Andes*, cruzaba el Océano innumerable, y prestando un eco continental al *¡Viva Galdós!* que surgió espontáneo de las turbas al paso del cadáver, vino, transformado en un gran beso de amor, a besar las manos y la frente creadoras del genio tutelar de la raza, que ya puede reposar tranquilo en la inmortalidad: ¡al pie de su monumento, veinte pueblos montan la guardia de honor!..

Madrid, enero de 1920.

## CONCEPCIÓN ARENAL

A la vuelta de un recodo, se ve de pronto y de lleno el cementerio de Vigo. Los arreboles del crepúsculo le envuelven y lo blanco de las tumbas adquiere un extraño prestigio fantasmal. Llora, con voz plañidera, el esquilón de una ermita. Las ráfagas otoñales llevan en sus alas a las hojas que van danzando una angustiosa zarabanda. Sobre el frondal dorado por otoño, los cipreces del camposanto se yerguen altivos, místicos, agudos, sin un temblor, sin un estremecimiento, todo melancolía, todo espiritualidad; y dominando las cúpulas y las cruces suplicantes de la necrópolis, una esfera durada, remate de una tumba, parece flotar sobre todo y, reilejando las luces del véspero, fulge, fulge, como un sol.

Al cementerio, la otra ciudad que tienen todas las ciudades, el otro pueblo que tienen todos los pueblos, la otra aldea que tienen todas las aldeas, y que quizá son los verdaderos ciudad, pueblo y aldea de todos los países, conduce una carretera que se alarga como un deseo de aventura, y que ahora está llena

de viandantes y de coches que van y vienen de esa feria de vanidades que en este segundo día del brumoso noviembre se celebra en todas partes.

La carretera se ensancha bruscamente en una plazoleta, que se abre como un remanso de paz y de quietud, y cuyo fondo cierra la verja florecida del cementerio, dejando entrever lo blanco de las tumbas y lo verdinegro de los cipreses. Hay que atravesar la plazoleta poblada de árboles que van desnudándose de hojas que cubren el suelo con una alfombra que dijérase sensible y dolorosa, para llegar a ese campo de la muerte que tiene algo de lecho y algo de jardín.

En un ensoñado rincón de esta mimosa costa de Galicia, que parece abrazarse eternamente con el mar, está este cementerio, guardador de un sepulcro glorioso, el primero que se presenta al trasponer la puerta de entrada y se destaca y surge, elevándose entre todos los demás, como un templo.

De granítica piedra es todo él; su estilo es severo y sencillo: una ancha base y una grandiosa cruz; gruesas guirnaldas de laureles por únicos motivos ornamentales. En el centro, un medallón de bronce con el alto relieve de un busto de mujer ya de edad y de semblante varonil, de líneas firmes y enérgicas, de ancha y noble frente. El monumento funerario está rematado por una esfera dorada, la misma que, a la distancia, veíamos fulgir, como un sol. ¿De quién es esta tumba? Sus símbolos y el medallón con el noble retrato de mujer, cuyo semblante es familiar a todos

los que han saludado las ciencias jurídicas y la literatura, nos lo han dicho ya, al primer vistazo, antes de leer la inscripción que se muestra en lo alto y que contiene esta leyenda: *A una vida consagrada a la ciencia y a la virtud*, y la reproducción autográfica que, grabada en un tarjetón de bronce, hay en la base y que muestra este nombre, cual pocos esclarecido: CONCEPCIÓN ARENAL.

Estamos ante el sepulcro de la egregia escritora y penalista, gloria de su sexo y de su siglo.

El cementerio yace sumido en una suave penumbra. Alguna lamparilla agoniza, trémula, ante una lápida. Y el rumor de los rezos y de las plegarias, de los responsos y de las preces, resuena con una cadencia apagada y confusa, que parece venir de muy lejos.

Es una cadencia mística y doliente. Nuestra alma abierta a la emoción de la hora, se funde con el alma de la tarde otoñal. Y al influjo evocador de ese instante, la vida entera de la ilustre escritora se yergue en nuestra mente, como un armonioso y firme monumento espiritual de ciencia y de amor.

¡Cuán honda y sentida emoción la que emana de ese sepulcro glorioso! Él parece llenar los ámbitos del camposanto, y ser el ara, el templo tutelar de la comarca. Ridículos nos parecen las coronas y cruces de flores de trapo, las tarjetas, los cintajos dorados con purpurina, que una piedad, muchas veces singlada, pone sobre las tumbas en un determinado día del año; las salmodias, las liturgias, las oraciones, los res-

ponso mercenarios; todo lo que es falso, todo lo que es artificioso. Aquí domina sólo lo eterno y perdurable, el alma de la Naturaleza y el alma que forjó la obra cordial e ideológica de la mujer excelsa, cuya envoltura terrena yace en el sarcófago, ante el cual, viajeros de un ideal remoto, nos hemos detenido reverentes, mientras los recuerdos de una existencia fecunda cantan en nuestro espíritu un poema humano y estético a la vez.

\* \* \*

En una época angustiosa, de luchas, de inquietudes, de desorientaciones, nació Concepción Arenal, en el Ferrol, el día 30 de enero de 1820. Su figura surgió triunfante, como un símbolo de regeneración, en aquel desquiciamiento, en aquella crisis de la sociedad española que sobrevino a la invasión napoleónica. Hija de un héroe de la Independencia, del mayorazgo montañés, Teniente Coronel, Don Angel Arenal, en su sangre bullía el fermento guerrero; mas lo que en su progenitor fué lucha armada por la patria, en ella fué esfuerzo dulce y pacífico por la humanidad que sufre. Dueña de uno de los más firmes y poderosos entendimientos, desde niña se armó con el estudio para la lucha que iba a emprender. Hay una leyenda muy bella y verosímil que la hace pasar, en su primera juventud, disfrazada de hombre por las aulas de la Universidad Central de Madrid. Considerando, como todo espíritu superior, su obra deficiente, comparada con los tesoros que guardaba su

146

alma, quemó sus primeros trabajos. A pesar de sus arraigados hábitos de estudio, de la vigorosa y varonil disciplina de su talento, ella, tan humana, y mujer ante todo, no tardó en rendirse al amor, y así, en 1847, contrajo matrimonio con Don Fernando García Carrasco, abogado, y también escritor. Entonces publicó sus primeras obras: una novela titulada *Historia de un corazón*, y un libro de fábulas en verso. Algunos años más tarde murió su esposo, retirándose ella, velada la noble faz con sus tocas de viuda, a la villa de Potes, en la provincia de Santander, habitando la casa solariega del inolvidable maestro Jesús de Monasterio, con el que le unió siempre una entrañable y hermosa amistad; y ya no vive sino para la ciencia y para el amor de sus hijos y de los desgraciados. Así llega a forjar su obra literaria y, sobre todo, su grandiosa obra criminalista y penitenciaria, que, traducida a los principales idiomas de Europa, es universalmente considerada como un aporte inapreciable para la formación del moderno Derecho penal, sin descuidar, por ésto, el ejercicio de la más sublime de las virtudes, la caridad, que practica con un uncioso fervor, con una sublime abnegación de santa antigua, visitando los hospitales y las prisiones, fundando diversas obras benéficas que aureolan, con luz de amor y de sacrificio, su recuerdo imperecedero. Cuando estalló la guerra carlista organizó una ambulancia de la Cruz Roja, y por sus hospitales pasó, piadosa y blanca, como una visión. Durante muchos años desempeñó, con abnegado sa-

crificio, el puesto de Visitadora general de prisiones de mujeres, cargo en el que ha dejado huellas perennes. A los Congresos penitenciarios de Stokolmo, Roma y San Petersburgo envió trabajos luminosos, que merecieron de los sabios, en ellos reunidos, calurosos mensajes de felicitación y la expresión unánime de su sentimiento por no verla ocupando un escaño entre ellos. Esta mujer, excepcional, única, murió en Vigo, el 4 de febrero de 1893, legando a su patria y a la humanidad, junto con el ejemplo de sus sublimes virtudes, un ingente caudal de obras, de las cuales, una sola bastaría para consagrar un nombre, y todas para representar, como en efecto representan, y brillantemente, a una nación, en el generoso movimiento progresivo que en los últimos tiempos se ha iniciado en las ciencias sociales: en la audaz y vasta trayectoria del Derecho penal hacia los más modernos, científicos y humanitarios ideales, España puede, con orgullo, presentar, en primer término, la figura esclarecida de una mujer admirable: Concepción Arenal.

A la muerte de la excelsa pensadora, la intelectualidad peninsular y la del mundo entero sintió un estremecimiento doloroso y tejió una corona de alabanzas; varias ciudades de España se disputaron por guardar los restos de Concepción Arenal; pero Vigo no consintió que le fuera arrebatado el tesoro de esas cenizas, y para depositarlas construyó ese monumento funerario. Después, las ciudades de El Ferrol y de Orense han erigido estatuas a Concepción Arenal, y

en estos mismos días, La Coruña, la hermosa capital gallega, acaba de tributarle, en mármoles y bronce, idéntico homenaje; mas el verdadero monumento de tan extraordinaria mujer está en sus obras imperecederas.

Dejando aparte su obra literaria, tratemos de fijar el lugar que ocupa, dentro del marco de la moderna Ciencia del Derecho penal, la autora insigne de los *Estudios penitenciarios* y de *El visitador del preso*; de *Cartas a los delinquentes* y de *El derecho de gracia ante la justicia*; de *Estudios sobre el pauperismo* y *El visitador del pobre*; de *El delito colectivo* y el *Ensayo sobre el Derecho de gentes*.

\* \* \*

La reacción natural de la sociedad ofendida por el delito, reacción que se encuentra, en forma instintiva, aun en el fondo de la conciencia de las sociedades más rudimentarias, y que es la que engendra el Derecho punitivo, que no es, en último término, sino la regulación de esa reacción, de conformidad con positivas normas legales, ha tenido, como todas las ciencias jurídicas, un proceso evolutivo, por demás lento y doloroso, que arrancando del fiero instinto de la venganza privada, que descargaba su furor de una manera ciega y brutal, ha llegado hasta las salvadoras doctrinas que se contienen en la moderna Ciencia penal, consagrada de la individualización de la pena y de la rehabilitación del delincuente, proclamando que, únicamente, debe pensarse lo que con-

sienta y necesite pena; que penar no es vengarse ni producir males sin medida ni tasa, bajo la impresión del miedo y de la ira; que la dignidad de la naturaleza humana no puede ser desconocida y ultrajada en la reacción que la función punitiva implica; que ésta, por tanto, ha de sujetarse a límites, de conformidad con la índole del sujeto pasivo de la pena y la condición jurídica propia de la pena misma.

Hasta llegar a este resultado, ¡qué viaje tan angustioso y en tinieblas el de la Humanidad! Durante siglos, ha sido una viacrucis de dolor interminable, en la cual, marcando trágicamente sus etapas, se alzan, lúgubres e implacables, las cadenas, el patíbulo, las hogueras, el potro del tormento. Sólo a partir del siglo xviii, en que se levantó el primer grito humanitario dado por el marqués de Beccaria, la senda se aclaró y la marcha se aceleró, enderezándose hacia los serenos dominios de la ciencia rectificadora y de la piedad humanitaria.

En el ciclo de su desenvolvimiento, el Derecho penal ha encarnado diversas fases, las cuales no se han sucedido lógicamente, progresiva y armoniosamente, sino que aparecen atropelladas, entremezclándose, lo mismo en el campo de las teorías que en el del derecho positivo; de tal manera, que aun hoy, en la legislación científica del siglo xx, aparecen, como manchas de sangre, disposiciones crueles y arcaicas, resabios monstruosos de legislaciones bárbaras.

En los primeros tiempos, cuando la sociedad civil empieza a esbozarse, adoptando las primitivas formas

de familia, clan, tribu, la reacción contra el delito provenía directamente de la parte ofendida y se descargaba, de modo ciego, como rechazo instintivo y fatal, de parte de la víctima o de sus parientes; y como la casi segura correlación de estos dos actos violentos provocaba otro y otros, de aquí la forma de lucha perpetua en que se manifiesta la vida de las sociedades más antiguas y que fué la causa de la desaparición de gran número de agrupaciones humanas. La primigenia fórmula legal es la bárbara ley del Tali6n.

Fuerte ya el Poder público, toma para sí el derecho de castigar los delitos; pero como en aquellos oscuros y medrosos tiempos la idea religiosa era la que predominaba, siendo el nervio de todas las instituciones, el Estado no ejerce la justicia en su nombre, sino en el de la Divinidad, de la que se creía representante. El delito, en aquella época, es, ante todo, un pecado, una transgresión religiosa que exige un holocausto para aplacar a dioses armipotentes y vengativos. Este bárbaro e inhumano concepto de la penalidad está cristalizado, como en un enorme rubí de sangre, en la Ley Mosaica, cuyos libros pentateucos se guardan, como en un arca hermética y misteriosa, en el fondo del Antiguo Testamento.

Más adelante, la pena, sin perder su tinte vengativo, se impone por el Poder público, invocando la tranquilidad social, la que se quiere mantener por medio del terror de penas y torturas horripilantes, fruto de las alucinaciones sádicas de aquellos siglos febriles. Es la época del apogeo del tormento, de la



mutilación, de la herca, de la hoguera, del martirio. La justicia está poseída de un afán vengador, tocada de un morbo sanguinario. Todo, hasta las faltas más leves, se castigan con penas cruelísimas y desproporcionadas. La justicia, la igualdad, la ejemplaridad, la proporcionalidad, cuanto después llegó a constituir las características de la pena en el Derecho moderno, se involucra y se desconoce en la legislación penal de ese entonces, obsesionada por castigar a toda costa, arrancando, por medio del tormento, la confesión a los presuntos reos, que, aun siendo inocentes, sometidos a tan salvaje y bárbaro procedimiento, por librarse, aunque sea momentáneamente, de la tortura, se declaraban culpables de cuanto se les acusaba. Todo el que pasaba por esa criba horrorosa salía condenado irremediabilmente.

Ni aun la falta de ley, por la cual es hoy imposible toda condenación, detenía a aquellos jueces implacables, que, a pesar de ello, imponían tremendos castigos, que no se detenían en el condenado, sino que eran trascendentales a sus descendientes; formándose así castas de parias, de miserables, de oprimidos que caminan por los siglos como rebaños de dolor.

*Humanizada la humanidad*, se opera una reacción contra la venganza particular y colectiva, que estaba disfrazada de ley penal. Comienza una saludable renovación del sentimiento, que se orienta hacia el humanitarismo: la sangre ya no se derrocha como antes, los martirios se atenúan, aunque en pequeña

157

parte, porque más no lo consienten la dureza de los tiempos, la crueldad de las leyes y la rigidez de las costumbres. Las penas de reclusión, que hoy predominan y que antes apenas tenían aplicación, comienzan a ejercitarse, con conocimiento de su eficacia, racionalidad y buenos resultados, como base para el mejoramiento moral del que las sufre. Esta tendencia humanitaria fué obra del tiempo, de la ley del progreso, que se cumple a pesar de todo. Comenzó a latir en la conciencia universal y tardó aún en renovar el aire enrarecido de la ley con sus ráfagas vivificadoras. Como toda gran reforma, pasó primero por ese período de gestación, en el que iba elaborándose, de manera paulatina, callada, en la mente de los grandes filósofos de aquel tiempo, que ya empiezan a señalar, entre los fines de la pena, la enmienda del delincuente. Después, los Enciclopedistas, al formular los nuevos principios que fijó con sangre la Revolución Francesa, protestan contra la barbarie de las leyes penales e insinúan los perfiles de la reforma. Y, cuando el ambiente está preparado para recibir ésta, aparece el Marqués de Beccaria con su obra *Dei delitti e della pena*, libro que es como la aurora de la Ciencia penal, ya que en él están contenidos, en germen, los principios que informan el espíritu y la letra del moderno Derecho represivo. En ese libro se declara que el derecho de castigar no corresponde a los individuos, sino al Estado; se condena la pena de muerte, los castigos corporales e infamantes y se consigna los derechos inalienables de la persona in-

dividual, aquellos que fijan el límite humano que nadie puede traspasar. El grito generoso de Beccaria repercutió en todos los ámbitos del mundo con la enorme resonancia que a todas las grandes ideas prestó la Revolución. Impulsó luego grandemente este movimiento regenerador, Howar, el principal apóstol de la reforma penitenciaria, y quien, después de haber recorrido muchas prisiones de diversos países europeos, publicó su sensacional libro *State of prisons*, en el que describe el horror dantesco de los penales de los países más adelantados de la tierra, y clama por la radical reforma de los regímenes penitenciarios, atendiendo al mejoramiento del preso, que debe salir de la condena rehabilitado para ser un miembro útil de la sociedad. Después, Concepción Arenal aportó al movimiento en pro de la reforma penitenciaria elementos preciosísimos, emanados de su maternal corazón y de su luminoso cerebro de pensadora.

Los admirables descubrimientos realizados ya, en nuestros días, por las ciencias antropológicas, han producido una honda transformación en la esfera del Derecho que nos ocupa, variando completamente sus conceptos fundamentales. El Derecho clásico antiguo prestaba atención primordial al delito y casi ninguna al delincuente, que era considerado de un modo abstracto; de tal manera, que a un mismo delito correspondía siempre la misma pena, sin tener en cuenta las características del culpable ni las circunstancias especiales de cada caso. Antes, el delito era todo, y

nada el delincuente; ahora, por el contrario, todo lo es el delincuente, y nada el delito. Basado en estas consideraciones, el Derecho moderno, en vez de tratar a los delincuentes de una manera general, no sólo los divide en grupos, en los que distingue delincuentes ocasionales, delincuentes profesionales y delincuentes patológicos, sino que va más allá, hasta el individuo sujeto a la pena, estudiando en él, de una manera objetiva y científica, sus particularidades para llegar, en esta especialización, a determinar, en cada caso, el tratamiento que exactamente le corresponda, atentos la corrección del culpable y los legítimos fueros de la sociedad ofendida. Así la *Unión Internacional* del Derecho moderno ha venido a declarar: «que la criminalidad y los medios de luchar contra ella deben considerarse, tanto desde el punto de vista antropológico y sociológico, como desde el punto de vista jurídico.» En el Derecho positivo de muchos países se han concretado ya estos principios en forma de preceptos vigentes; y este avance progresivo sigue y seguirá cumpliéndose, a pesar de la tremenda crisis que actualmente padecen todas las conquistas del Derecho humano.

En la formación de la nueva Ciencia penal, desde Beccaria hasta nuestros días, si Europa presenta nombres tan ilustres como los de Grolán, Berner, Fuerbach, Berig, Fingen, Meyer, von Liszt, Romagnosi, Rossi, Ortolán, Pessina, Carrara, Manzini, Garofalo, Lombroso, Ferri, España puede pronunciar, muy alto, el de Concepción Arenal; nombre tan in-

signe, por lo menos, como el admirable inglés Ho-  
war. Antes, apenas si Pacheco y algún otro se habían  
ocupado de estos estudios en la Península. Después  
han venido Valdés Rubio, Pedro Dorado Montero,  
Aramburu y Zuloaga, Fructuoso Carpena, Quintilia-  
no Saldaña, Jiménez de Asúa y otros.



La mortecina claridad del crepúsculo se ha apaga-  
do en un suspiro de luz. Las últimas lamparillas, ago-  
nizando ante las tumbas, hacen más medrosas las tí-  
nieblas, que todo lo envuelven con sus sutiles gasas  
negras, de las cuales, emergiendo triunfante, blanco,  
armonioso, sereno, se yergue, como una afirmación  
de inmortalidad, el sepulcro más glorioso que guar-  
dan esas galaicas costas.

Por fin, salimos, volviendo a tomar la carretera  
que se alarga, prendiendo en la nocturna sombra sus  
dos filas de puntos ígneos, como quimeras que, en  
vano, anhelan confundirse. Nos place caminar, a la  
luz de las estrellas, por una senda de peregrinación.  
Pero ¿mejor no se estaría allá, en el campo sacro,  
acostados para siempre en el regazo de la *Madre*  
*Eterna*, bajo el Imperio de la *Reina Silencio*?...

*Vigo, noviembre de 1915.*

## MÆTERLINK EN ESPAÑA

No voy a descubrir el Mediterráneo, que tal sería, con evidente ofensa a la ilustración del lector, descubrir a Maurice Mæterlink a estas alturas, cuando la gloria, después de haberle ungido con su supremo beso, ha llevado en triunfo su nombre a los más apartados rincones del planeta, proclamándole el más hondo e intenso de los poetas de la edad contemporánea. Voy sólo a contar que he conocido al Maestro (¡oh palabra tan gastada y prodigada!), que le he visto erguirse ante el público, como un símbolo; que le he visto pasar, como una visión...

En este invierno cruel y trágico, Maurice Mæterlink ha venido a España, trayendo a la vieja patria de la hidalguía y del honor caballerescos la voz angustiada y dolorida de la Bélgica mártir. Y ha hablado unciosamente, poseído de una inefable serenidad; sin odio, que según él, es el fardo más pesado que el hombre puede llevar en la tierra, y a él le doblegaría; nos ha dicho de la tragedia de su pueblo, que supera en horror a las más pavorosas tragedias de la historia y de la fantasía. Al conjuro de su voz maga,

toda la realidad desgarradora de la pequeña grande nación, tomaba vida, y la figura sugestiva del inmenso poeta se desmaterializaba, hasta parecer una sombra tutelar, una representación augusta de su pueblo, nuevo Cristo crucificado entre las naciones.

¡Oh emoción pungente la de esta noche inolvidable! Ha sido un rito de civilización, de humanidad y de estética, en una consagrada capilla cultural. Para vivir una hora así, bien merece la pena de vivirse mil horas anodinas, prosaicas, absurdas. Esta noche, el gran salón de actos del Ateneo de Madrid está como nunca. Jamás, en años de concurrir asiduamente, lo hemos visto tan desbordante y esplendoroso.

Toda la intelectualidad española está aquí. Para dominarlo todo hemos elegido, en compañía de Amado Nervo y Luis G. Urbina, asientos al extremo de la galería alta que semirrodea al hemiciclo. Admirable es el punto de vista, soberbio y observatorio. Si las bellas damas aquí presentes son la elegancia, la exquisitez, la flor de una civilización refinada, los hombres representan lo culminante, lo arquetipo de una cultura veinte veces secular.

Persistente y agudo, suena un timbre. Se hace un vasto silencio expectante, que se rompe en una ovación ensordecedora y cálida, al abrirse la puertecilla del fondo y aparecer él. Alto, firme, proporcionada y noble su arquitectura corporal. Un mechón de cabellos grises semioculta, cual cortina de misterio, el arco excelso de la frente abombada y magnífica, al-

cázar de los más puros y altos pensares, y ensombrece ligera y vagamente los dulces ojos azules como dos lagos de ensoñación y de piedad... Detrás de él han entrado y ocupan sus sitios en la plataforma de la cátedra, Gregorio Martínez Sierra, endeble y nervioso, con su perfil agudo, su calva iniciada, su mirada enigmática; y el viejo patriarca Labra, que acentúa la severidad del cuadro con la pincelada blanca de sus barbas apostólicas.

Mientras dura la larga ovación, ante la más gloriosa figura de la literatura contemporánea, que se destaca sugestiva y emocionante, bajo el rojo dosel, no puede menos el cronista que evocar en su espíritu lo que significa y representa para el pensamiento universal, en su triple aspecto de filósofo, de poeta y de dramaturgo, este hombre de los ojos azules y de los cabellos grises y caídos sobre la egregia frente cargada de grandes pensamientos.



Cuando la tromba devastadora y renovadora que hoy envuelve el corazón del mundo haya pasado, ¿qué quedará de la literatura actual? Sometido a este vasto crisol de la guerra todo el acervo espiritual, ¿qué obras se depositarán, como granos de oro puro, en el fondo de las cenizas producidas por la gran combustión? ¿Qué nombres se salvarán? Muy pocos, sin duda; pero es evidente que entre éstos, por haber sabido infundir a su obra un aliento de eternidad,

quedarán los de Ibsen, D'Annunzio, Suderman, France, Galdós, Benavente, Mæterlink.

El autor inefable de *El tesoro de los humildes* es y ha sido, ante todo, un poeta en la más amplia y divina acepción de la palabra. Ya lleve a su teatro simplicista y penetrante las más hondas inquietudes humanas, ya llame con mano trémula a las puertas del Misterio, ya se remonte a las más nebulosas cumbres de la especulación filosófica, ya desentrañe la inteligencia de las flores o estudie la vida de las abejas, es siempre el poeta, el poeta único, el que cosas más sugeridoras y sutiles ha dicho al oído de nuestra alma. Su primer libro de poesías, *Les serres chaudes*, nos da la clave de su obra futura: en él están, en germen, muchos de los pensamientos capitales, desarrollados en su labor ulterior, que es perfecta, serena y armoniosa, como un templo griego, y está informada por un pensamiento y por un sentimiento que, en último término, pueden concretarse así: la inquietud del hombre ante el enigma de la Vida y de la Muerte, y representarse como una alma interrogando a la *Ésfige*.

Dramaturgo, el creador de *Mona Vanna* ha realizado el prodigio de renovar totalmente el teatro universal contemporáneo, produciendo una emoción enorme por los procedimientos más sencillos, completamente exentos de aparato, de bambolla, de recursos de baja ley. Hondura, simbolismo, realidad idealizada, elementalidad de técnica, transparencia de factura, pueden señalarse como los principales ele-

mentos de ese teatro de Mæterlink, tan genial, tan suyo y, en concepto del formidable Octavio Mirbeau, «superior en belleza a todo lo que hay de más bello en Shakespeare», y que, iniciado con *La Princesa Malena*, ha dado a la literatura universal obras tan definitivas como *La Intrusa*, *Los ciegos*, *Peleas y Melisanda*, *Mona Vanna*, *El Pájaro azul* y tantas otras.

Difícil es de clasificar como filósofo el penetrante autor de *La Muerte*, que tanta inquietud siembra en el espíritu. Sin embargo, podemos afirmar que su obra de pensador-poeta está dominada por un supermisticismo y en ella palpita, persistente como un *leit motiv*, una ardua interrogación ante el misterio ineluctable del ser y del no ser.

¿Cómo será su obra del porvenir? ¿Cómo será su libro de la guerra? La Humanidad espera que este sumo alquimista del pensamiento le dé cristalizada, reducida a su último proceso morfológico, esclarecida de toda sombra de baja pasión, la ideología contenida en esta lucha titánica. Será la definitiva síntesis, la razón de esta sinrazón, la nueva teoría que se incorporará a la filosofía de la historia humana. Para esta realización mental hay que esperar, que ahora este gran espíritu sólo vibra al dolor y al amor de su patria desgarrada. Y con la cruz del martirio de su pueblo auestas, recorre esta parte de Europa, peregrino, en imploración de justicia y de piedad. En un alto de su vía dolorosa, le contemplamos reverentes.

Vamos a oírle, con el alma abierta, ávida de idealismos...

\* \* \*

Pero antes, Martínez Sierra ha empezado a hablar. Dice cosas bonitas, nada más que bonitas, el autor de *Canción de cuna*. Está también muy emocionado.

Termina con un ¡*Viva Bélgica!* que es contestado por centenares de voces cálidas, que salen enronquecidas de los pechos anhelantes. El silencio vuelve a hacerse. La emoción culmina. Recordamos lo que, en ocasión semejante y desde esta misma cátedra, al presentar a Bergson, dijo el profesor Ortega y Gasset, «vamos a ver cómo de una mente egregia brota y fluye el pensamiento...» Con voz grave y dulce, al mismo tiempo, que dijérase tiene una oculta y misteriosa resonancia, empieza él a hablar... Imposible no transcribir siquiera algunos fragmentos del admirable discurso de Mæterlink:

«No vengo a hablaros de los horrores y de la locura de esta guerra. Vengo a hablaros del desastre de mi desgraciada patria, castigada como jamás lo fué pueblo alguno, por haber cumplido su deber como jamás pueblo alguno lo hizo..... ..  
 ..... .. Estoy en la tierra legendaria del honor, en la tierra clásica del heroísmo y de la caballerías, que son sus flores delicadas y hermosas..... ..  
 ..... .. «Como dominadores, nos hicisteis bastante mal; pero había entre el mal que nos hicisteis y el que se nos hace al presente una diferencia tan grande como la que

separa el cielo del infierno, porque el mal que nos hacíais era a nombre de una hermosa y alta idea. Con razón o sin ella, que no tengo por qué examinarlo aquí, vosotros queríais salvarnos; a través y por encima de los sufrimientos de un día, vosotros vislumbrabais una felicidad que considerabais eterna, y esa idea pura que os arrastraba, justificó a nuestros ojos de buena fe las más grandes crueldades. Pero en el daño que hoy se nos hace no hay nada que pueda, sin enrojecer, tomar el nombre de idea. No se encuentran más que los más bajos instintos que el hombre puede alimentar en los más bajos fondos de su ser: la codicia, la envidia, la venganza, el abuso sin piedad de la fuerza, el despecho y el odio.»

.....

.....

«Habéis sido nuestros enemigos, porque estabais convencidos de que éramos rebeldes; habéis sido nuestros enemigos, porque sinceramente creíais que corríamos a nuestra eterna perdición. Pero habéis sido enemigos nobles, y lo mismo en aquellos tiempos que ante el ejemplo espantoso que tenemos a nuestros ojos, lo mismo en los malos días que los peores excesos de una soldadesca que en aquella guerra como en todas las guerras, escapaban a veces a los jefes, la lucha, en su conjunto, en su fondo y en su dirección, que es lo que le da su verdadera significación, fué siempre cortés, humana, leal, caballeresca y generosa. Así no dejó entre nosotros la más pequeña huella de odio o de resentimiento.....

..... Hay la persuasión, casi general, que nosotros, los flamencos, que constituímos una mitad de Bélgica, pertenecemos a la misma camada germánica que los alemanes propiamente dichos. Imagínase que hablando, poco más o menos, la misma lengua, somos en alguna manera, alemanes encubiertos, que es la injuria más grave que hoy pueda hacerse a un hombre, y no se explica la energía de

nuestro levantamiento, de nuestra defensa, de nuestra indignación y de nuestro odio.»

«Cierto que el flamenco es una lengua germánica, como el inglés y el escandinavo; como, en una palabra, las lenguas de todos los países del norte occidental de Europa. Pero aquí, y es frecuente el caso, el índice lingüístico no es de ningún modo sico.»

«Tenemos en las venas tanta sangre celta como la que circula en un inglés o en un francés, como la que circula por las vuestras, que ante todo pertenecéis a la gran familia ideal; y la historia nos cuenta cada día, especialmente, la historia que se hace a nuestra vista, que es la sangre más noble de la Humanidad, porque en ella se ha nutrido siempre y se nutre todavía, el ensueño más elevado y el amor más grande por la justicia y el honor.»

«Somos, pues, celtas más o menos germanizados por las invasiones sucesivas, como lo son los ingleses y los franceses. Nada más misterioso que los destinos y las mezclas de estas dos grandes razas: la céltica y la germánica. Forman, por decirlo así, el aire respirable de la parte más activa de Europa; una representa el oxígeno, otra el ázoe. Aislado, el oxígeno céltico hierve, se consume en el vacío y se evapora en el sueño como largo tiempo lo hizo en Bretaña, como sucede ahora en Irlanda, en tanto que el ázoe germánico en el estado puro, si así puede decirse, se deposita en los bajos fondos, incuba los instintos menos humanos del hombre, y cuando se difunde por fuera, no propaga más que la ruina y la muerte.....»

.....  
 ..... «En suma, a pesar de esta afinidad de lenguas, no tuvimos nada de común con Alemania; y cualquiera que sea la evocación de los siglos, nuestra cultura fué siempre francesa, y todas nuestras simpatías se vuelven invariablemente hacia nuestros vecinos del Sur. Y notad bien que no hablo del pueblo belga en

general, que comprende tres millones de valones, los cuales son más franceses que los franceses de la «Isla de Francia», donde el «patois» es una de las fuentes de las más auténticas y de las más abundantes de la lengua francesa.....»

«Cuando vino el día de la gran injusticia y de la gran prueba, cuando hizo falta hacer la gran elección que debía precipitarnos en la vergüenza o en la miseria y la muerte, pero también en la gloria, no hubo más flamencos ni valones; no hubo más, alrededor de nuestro rey, providencial símbolo de todas nuestras voluntades, que un solo pueblo indignado, estremecido, unánime, que el mismo día, a la misma hora, del fondo de Flandes, en los confines del país de Lieja y del Hainaut, y sólo en éste instante, como un niño sin armas en presencia del terrible coloso, en una especie de visión profética, en el cual cada siglo que se desarrollará en la historia revelará más su alcance, sintió milagrosamente que toda la dignidad, todo el porvenir del género humano, se encontraba comprometido y que esta vez la suerte de Europa y del mundo habitado iba a decidirse.....»

La ovación última es indescriptible, inmensa, superior a las que se han tributado a los oradores de más avasalladora elocuencia, a los artistas de más genial inspiración. El público, de pie, frenético, aclama durante largo rato a Bélgica y a Mæterlink... Por fin los concurrentes abandonan el salón y van a los pasillos a formar en dos alas en espera de la salida del gran hombre. A los pocos instantes, vuelven a resonar, nutridos, los aplausos. Es que, precedido de La-

C E S A R E , A R R O Y O

bra, y acompañado de la gentilísima Georgette Leblanc, de Gómez Carrillo y de Manuel Machado, viene él; y alto, erguido, descubierto, sonriendo melancólicamente, no es un hombre: es un símbolo, es Bélgica misma la que pasa...

Madrid, diciembre de 1916.



## EL CRISTO DE VELÁZQUEZ

En un fondo tenebroso, tocado de misterio, trágica y emocionante se destaca la cruz, de la cual, sin contorsiones ni crispamientos, pende el cuerpo inanimado del Mártir. Ha exhalado ya el postrer suspiro, ese suspiro en el que dijo: «Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu.» Sin embargo, un fulgor de vida parece iluminar su cuerpo apolíneo, y un resplandor ultraterreno nimba su cabeza soñadora, coronada de espinas, que se inclina levemente sobre el pecho, dejando caer desde el arco sublime de la frente, en cascada ondulante, la melena, como el follaje de un lloroso sauce: el magno artista quiso dejar así, velado, semioculto, el postrer gesto de la divina faz del Hijo del Hombre. Sus brazos amorosos se extienden en ademán que preludia una caricia; sus manos liliales, unguadas de perdón, por los clavos están sujetas y traspasadas; su torso, en el que, como una flor de martirio, florece la herida del costado, tiene la armonía de un torso griego, apenas esmaltado por unas gotas de sangre, de esa sangre que fué el sello del Nuevo Testamento; sus piernas tienen la serena esbeltez de dos columnas de un templo helénico; sus

pies, que supieron de todos los caminos, que se desligaron de la tierra en el Thabor, y que llegaron a pisar todos los horizontes de la historia, como palomas heridas, se desangran clavados... Hay tal sublimidad, hay tal majestad en esa figura; emana tal divina emoción de ese cuadro, que asombra y pasma, conturba y conmueve todas las fibras. Tuvo razón el poeta de decir al contemplarlo:

*«Le amaba, lo amaba,  
no fué sólo un milagro del genio*

.....\*

Ese cuerpo que, como una enseña de piedad, pende del madero suplicatorio, es el único que pudo encerrar un alma de divina, capaz de mostrarse más fuerte que el dolor, más fuerte que el martirio, más fuerte que la muerte; e izado en alto, muriendo de pie en las excelsitudes de su cruz, logró eclipsar el sol de Grecia en una apoteosis del espíritu.

Con fulgores de astro rey, con atributos de dios, se destacaba en el firmamento de la antigüedad clásica el triunfal Apolo pagano, supremo arquetipo de sacra, masculina belleza. Como un lirio del valle, surge bajo el azul del cielo de Judea, el Profeta blanco, el Rabbí dulce, que vino a enseñar en parábolas, en el templo, en los caminos, sobre el lago y en la cumbre de la montaña, la doctrina nueva y consoladora que libertaría a las almas. Jesús el manso, el infinitamente piadoso, el que para todos los niños tuvo una caricia y para todos los pecados una palabra de

perdón, fué al sacrificio, como una oveja dulce, y en una trágica tarde del mes de Nizán, cuando el sol ya occiduo se desangraba en un lecho de nubes negras, expiró perdonando, clavado en más obsesionador y pavoroso de los tormentos. En el martirio se hizo tan hermosa, tan sobrehumana y gigantesca la figura del Profeta mártir, que su divinidad triunfó, derrotando al mismo Apolo pagano, que fué oscurecido por Jesús expirante; porque frente a la belleza de forma, carnal, del dios griego, se levantaba la belleza ideal, la belleza de alma, la belleza eterna de Jesús.

Y desde aquellos oscuros, milenarios tiempos, todos los artistas pusieron todo su espíritu en reproducir, en un impulso de amor y en un afán de perpetuación, la póstuma actitud dolorosa del Mártir. El fervor infantil de los primeros cristianos grabó la imagen del Crucificado en la reconditez tenebrosa de las galerías de las catacumbas romanas; el elementalismo de los primitivos la esbozó obstinadamente con ingenuos trazos; el preciosismo suntuario de los bizantinos la pegó recortada sobre un exótico y chocarrero fondo dorado; la religiosa exaltación de los medioevales la extendió atormentada por todas partes; el egregio Renacimiento puso toda su inspiración en reproducirla: ahí están las obras de los Donatellus, de los Ticianos, de los Tintoretos, de los Veroneses, de los Van-Dyck, de los Rubens, de los Grecos, de los Canos, de los Murillos, de los Zurbaranes, de los Riberas y cien más. Casi no ha habido artista que no realizara igual empeño, multiplicándose hasta

lo infinito, por pintores, escultores, grabadores, mosaístas, tapiceros, orfebres, ceramistas, esmaltadores, fundidores; sobre el lienzo, en el mármol, madera, marfil, oro, plata, bronce, hierro, cristal, terracota, hueso, etc., la escena culminante y patética del Calvario. Obras magistrales, obras imperecederas han sido informadas por ese asunto. Pero nadie supo darnos la emoción de la tragedia, que sólo el genio del pintor mago vino a revelarnos. ¿Cómo pudo ser?... «El Crucificado le intuyó, cuando el artista estaba dormido», dijeron los poetas; «le fué revelada en una visión», afirmaron algunos; «los ángeles bajaron del cielo el cuadro inmortal», añadió algún místico. ¡Quién sabe! Acaso el alma inmensa de aquel gran Don Diego de Silva Velázquez, en una existencia distante y distinta, vivió junto a Jesús, amándolo, sintiéndolo. ¡Quién sabe las miríadas de almas, las miríadas de vidas que hay en el alma del genio! ¡Sólo él puede decirnos lo que ha sentido, lo que ha vivido en las épocas remotas!

El alma peregrina del pintor mago vió, no hay duda, de que vió a Jesús, cuando su presencia perfumaba de amor y de unción la callada, humilde, eglógica tierra de Judca. Lo vió antes del martirio, cuando rompiendo los cristales de un remanso, penetró en el Jordán sagrado, para que Juan, el eremita, vertiera sobre su cabeza, con una concha, la virtud purificadora del agua clara; cuando seguido de un pequeño grupo formado por los humildes, por los pobres, por los débiles, por los parias, recorría la sendas polvo-

rosas predicando la nueva ley. A orillas del lago de Galilea hablaba casi siempre y hablaba en parábolas, añiando, simplificando su espíritu, para que su enseñanza fuera por todos comprendida. Entonces su figura blonda y dulce, vestida de túnica inconsútil y envuelta en un manto flotante, destacándose en esa natural y poética decoración, parecía agigantarse, emergiendo de las ondas quietas... Junto al brocal del Pozo de Jacob, con sus labios finos rezumando agua, dijo cosas profundas a la Samaritana, de cuyo cántaro había bebido. En casa de Simón el leproso, María de Magdala, rompiendo un noble vaso de alabastro, ungió con esencia de nardo la cabeza y los pies del Nazareno, sobre los cuales dejó caer, como un tesoro, la madeja sedaña de sus áureos cabellos, que enjugando parecían besar. ¡Quién sabe si alguna vez las cabezas nazarenas del Profeta pálido y de la rubia cortesana de Magdala se unieron en un mismo luminoso tremor!... En la cumbre gloriosa del Thabor, transfigurado y radiante, se vistió de sol; en la cima aún más alta de la montaña del sermón inolvidable, infundiendo entre los desdichados el sedante consuelo de las bienaventuranzas, fué aún más bello, porque fué más humano. En medio de un palpar de palmas y de cánticos, entró en Jerusalem. En la noche de la cena, cuando el presentimiento de su cercano fin, como el ala de un pájaro agorero, rozaba la hostia inmaculada de su frente, alargó, con un amplio gesto patriarcal, el pan y el vino al que le iba a vender, después de haberle dicho, como a los de-

más: «Tomad y comed, este es mi cuerpo. Tomad y bebed, esta es mi sangre.» Todos callaban; un silencio doloroso, preñado de temores, flotaba en torno; el discípulo amado reclinaba su cabeza en el pecho del Maestro.. En el obscuro huerto, bajo los olivos centenarios, transido de mortal congoja, apenas tuvo aliento para decir: «Si es posible, pase de mí este cáliz sin que yo le beba»; y, desfalleciente, dudó, dudó de sí mismo... En el atrio del pretorio, *Ecce Homo* dijo el escéptico y frío Gobernador romano, y avanzando hasta el intercolumnio, presentó a la pública befa al Rabbí martirizado, y la fiera—el populacho—rugía, rugía... A lo largo de la senda dolorosa, un fulgor de lanzas brillaba alejándose, y la silueta endeble del Hijo del Hombre iba curvada bajo el peso del madero abrumador. Llegaron, por fin, al Gólgota, en cuya cumbre fué plantada la cruz con el cuerpo palpitante del Mártir. Era la hora tercia, En un cárdeno cielo de tragedia, se bamboleaba un espectro de sol que no tardó en apagarse completamente. Rasgando el terciopelo obscuro del firmamento, el rayo, como un latigazo, restalló sobre la tierra. En lo alto, la furia de los cielos; en la tierra baja, la furia de los hombres; y entre el cielo y la tierra, entró la naturaleza desencadenada y los hombres enloquecidos, el Mártir, como un símbolo de suprema piedad... A la hora sexta, cuando más densa y pavorosa era la tiniebla, la cabeza del Crucificado rodó sobre los hombros; la última palabra de perdón se fundió en un suspiro, sus ojos se cerraron; los cabellos cubric-

172

con la faz... Un halo radiante había dejado el alma, como un rastro de sí, en torno a la cabeza.

Esta visión última fué la que más profundamente impresionó al pintor mago, y la que fijó en su lienzo para dar a las generaciones la verdadera emoción de la tragedia milenaria.

En ese asombroso cuadro, Jesús está como debía haber estado, como seguramente lo vió el genio en aquella trágica tarde del mes de Nizán. ¡Oh, el divino Cristo de Velázquez, tan dulce, tan pleno de íntima piedad! ¡Cuán distinto de aquellos lívidos, llagados, atormentados, descoyuntados, amoratados, sangrientos fantasmas de alucinación que pueblan de visiones de espanto la lobreguez de las catedrales españolas; de aquellos Cristos de la Inquisición, tétricos engendros de fanatismo sádico; de aquellos negros Cristos españoles o «africanos», como alguien los ha llamado con gran propiedad! ¡Oh, el apolíneo Cristo de Velázquez! Al verle se comprende que hubiera podido eclipsar el sol de Grecia, y que, como un cometa fabuloso, hubiera podido envolver con su cabellera el universo... En torno de su cabeza se adivina un palpar amoroso de golondrinas, y de lo hondo parece surgir, desgarrado y agudo, como una saeta, el alarido de la Madre...

## EVOCACIÓN ROMÁNTICA

Fosca y triste era aquella tarde de febrero en que ambulábamos, al azar, por las intrincadas calles de esta villa y corte de Madrid. Sin saber cómo, sin darnos cuenta, fuimos a parar a la castiza y vieja calle de Santa Clara. Esta vía, que no está retirada del centro, es estrecha y corta. Las dos hileras de casas vulgares que la forman, recortaban la tira gris de un cielo de cinc. Uno que otro transeunte pasaba de prisa, entumecido y espoleado por el frío. En el atrio de la vecina iglesia de Santiago, una orquesta de ciegos gemía desgarrando las notas llorosas y suspirantes de la romanza final de *Tosca*, y ese adiós a la vida, en una mañana de primavera, rimaba exactamente con ese adiós a la tarde, en un crepúsculo invernal.

¿Qué extraño presentimiento nos detuvo ante la casa número 3 de tal calle? No lo sabemos. Miramos a la fachada y descubrimos al punto una lápida de mármol con relieves de bronce, en la que contemplamos, en un medallón, la silueta romántica de un

174

hombre joven, y leímos estas palabras, orladas de laureles: «*Aquí vivió y murió Mariano José de Larra (Figaro), 1809-1837.*» Y como si esta lápida hubiese tenido el mago poder evocatriz de un conjuro, por ella penetró, hasta el fondo de nuestro ser, toda el alma del Romanticismo, y no vinieron a nuestra mente, envueltas en cendales de recuerdos, sino que aseguraríamos haber visto con nuestros propios ojos, cobrando el firme relieve de lo vivido, unas escenas de aquella sugestiva y evocadora época de la primera mitad del siglo XIX, que se devanaban crueles y angustiosas, en esa misma obscura calle, en esa misma triste casa, en una lejana noche también de febrero. Imposible recordar cuánto tiempo estuvimos clavados en aquel sitio; sólo conservamos en la memoria algo de lo que vio nuestro espíritu. He lo aquí:

\*\*\*

Corría el año de 1837. Era un lunes, 13 de febrero; hora, el anochecer. Empezaban a parpadear las miserables lucecillas callejeras, que hacían más tétrica la lobreguez de la desierta rúa de Santa Clara, en la cual entró, de pronto, con rápidos y menudos pasos, de sedas frufruantes, una mujer esbelta y soberana, que ocultaba, casi por completo, su rostro en las sutiles mallas de una negra mantilla de blondas. Detúvose un momento en el portal de la casa número 3, y penetró al interior, resuelta, subiendo precipitadamente las escaleras del primer piso. Llegado que hubo a éste, no tuvo que llamar. Un caballero, que

antes habíamos visto asomarse, nervioso e impaciente, al balcón, tenía ya abierta la puerta a la dama. Era dicho caballero como de veintiocho a treinta años, de mediana estatura; irreprochable casaca de color azul oscuro forraba su busto, y una larga melena sombreaba su rostro empalidecido.

—Entremos—dijo ella—, y terminemos de una vez.

El nada contestó, y cerrando la puerta la condujo a una habitación amplia, donde fulgían encendidas varias velas, en dos grandes candelabros de bronce, dispuestos sobre una gran cómoda de cedro. En el fondo de la estancia, las ascuas crepitaban en el seno de una ancha chimenea, sobre la cual, rodeada de un marco negro, descansaba la luna inquietante y profunda de un gran espejo. Al lado opuesto, una consola y un diván antiguos, un sillón frailuno. En la pared, un crucifijo de marfil palidecía expirante, mostrando sus carnes amarillentas, que las luces de la estancia teñían con reflejos leonados. Una vez allí el caballero y la dama, aquél dijo a ésta:

—Pero ¿será posible que ya no me quieras?

Nada contestó ella, y en torno se hizo un silencio abrumador.

—¿Será posible que entre nosotros acabe todo?— volvió a decir él.

—¡Y tan posible!—repuso, al fin, la dama—. He estado loca; hemos estado locos: no podemos seguir así ni un momento más. Olvídame; yo ya te he olvidado. Adiós para siempre. Lo nuestro es imposible:

la Fatalidad ha interpuesto otros corazones entre nuestros dos corazones.

—Sí, será verdad; pero si no lo vimos antes, ¿qué nos importa ya todo?

—No quieras locuras que yo rechazo. Estoy resuelta a terminar contigo; ya lo verás...

Y así, vibrante, entrecortado, siguió un diálogo breve. Él, apasionado, trémulo, implorante; ella, fría, impávida, resuelta.

—Hemos concluído—añadió por último la dama, dirigiéndose, serena, hacia la puerta. El caballero la siguió. No hubo ni una frase, ni un reproche, ni un suspiro; nada. Fué una despedida muda, definitiva, cruel. Salió la dama sin volver la cabeza, y con su rumor frufuante de sedas, se alejó... El caballero volvió a la estancia. Flotaba en ésta la emoción tremante de todos los adioses; un oculto reioj de música cantó una hora, tocando en seguida una nostálgica y tenue pavana siglodicciochesca, que también sonaba a despedida; los leños crepitaban dolorosamente en el regazo inflamado de la chimenea; el espejo copiaba la quietud dormida de ese interior... El caballero, después de haber estado un momento en actitud de suprema desesperación, sentado al borde del diván, la cabeza doblegada, apoyada en una mano, y la otra, inerte, colgándola al suelo, volvió en sí, y sacando de su pecho un billete diminuto, leyó: «Al anoche-  
cer, iré. Quema este papel.» Un beso de angustia puso sobre el billete, que fué a arrojar a la chimenea. Marcando un surco de dolor en la macerada faz del ca-

ballero, resbaló una lágrima, silenciosa y furtiva, como una puñalada; ardiente y asoladora, como lava. Después, con mano nerviosa, sacó de la cómoda un objeto extraño, que brilló un momento a la luz de las velas, con un trágico fulgor de metal: era una pistola cargada. Empuñóla y fuése hacia el espejo, retrocediendo inconscientemente al ver reproducida la livida máscara de su rostro en el cristal alucinante. Mas, volviendo inmediatamente, apoyó resuelto la pistola sobre la sien calenturienta, que sintió el beso frío, mordiente, fatal del cañón; y después de haber estado unos instantes en esta actitud, siempre contemplándose en el espejo, disparó.. Un ruido sordo, apagado, sin eco, desplomándose pesadamente el cuerpo del caballero. Todo quedó en misterioso y trágico silencio. Un hilillo de sangre, manando del agujero mortal de la sien derecha, esmaltaba la faz blanquísima, que las luces de la estancia encendían a veces con fulgores llameantes. La pistola, desprendida de la mano crispada, humeaba aún... El cristo marfilino parecía haber crecido, extendiendo sobre el suicida la suprema piedad de sus almos brazos, siempre abiertos en perenne inmolación... Pasó algún tiempo. El reloj de música cantó otra hora, repitiendo, como un ritornelo del tiempo que huía, la misma nostálgica pavana siglodieciochesca..

De pronto poblóse la estancia con los cristalinos ecos de una risa infantil. Un ángel blondo, de cabellos recortados como los pajecillos de las épocas caballerescas, había entrado. Era una niña de cuatro

años, que iba a dar un beso a su padre, y al encontrarlo tendido y ensangrentado, trocándose su alegría en terror, su risa en lamentos, salió gritando: «Mi papá, ¡ay mi papá!»

Acudió gente, se llenó la casa. Alguien a la vista del cadáver exclamó: —«Es el señor Larra, que le llamaban *El Figaro*, y que escribía en ese periódico *El Laurel*.»

Larra era, efectivamente, Mariano José de Larra, que inmortalizó el seudónimo de *Figaro*, y cuyo espíritu genial, el más sutil, escéptico, mundano y fino que haya florecido en los albores del siglo XIX, después de haber sonreído de todo, aun cuando por dentro estaba llorando, no supo sustraerse a la racha romántica; y él, tan realista en su obra, fué a tal punto soñador en su vida, que la truncó con un sacrificio, poniendo a su plena juventud ese punto final de tragedia, que es la más cruel y desgarradora de las ironías. Si su obra es escéptica y real, los labios de su herida cantan el más apasionado y fervido himno de fe romántica que escucharse pudo en el tiempo de los poetas pálidos y melencólicos que bebían vinagre, blasfemaban de Dios, maldecían de la existencia y se paseaban por los cementerios, cantando sus pesares a la luna, que—Colombina ideal—seguía su camino, ya serena, ya ocultándose, ya sonriéndoles, como a tristes Pierrots de la eterna farsa de la vida... Si el romanticismo de los demás era puramente formal, externo, el de Larra fué hondo, sentido, sincero; el pistoletazo final dice más del malestar de una existencia,

que toda una lírica de congoja. Larra, burlándose de la sociedad de su tiempo, estaba ya enfermo del mismo mal de Werther, y su alma se quemaba en el mismo fuego pasional de Macías, el Doncel de don Enrique de Villena, el Doliente, cuyos amores imposibles sintió como propios, no teniendo para expresarlos, como los expresó de manera inimitable, sino que copiar su propio corazón, que estaba clavado a la cruz de idéntico martirio. ¡Cómo no estremecer nos al recuerdo de aquel hombre que, juzgando inútil la vida, supo inmolarse con un gesto petroniano, libertando a su alma, mariposa de luz, que puso un temblor divino sobre los hombres, sobre los hechos, sobre las cosas! La vida de Larra es la tragedia interna, inconfesada, la que desgarrá todas las fibras y, sin embargo, apenas se dibuja en los labios, la segura, la definitiva. En su obra, debajo de su escepticismo elegante, de su humorismo genial, de su sátira fina, saltan latidos de dolor infinito. Un desencanto inmenso le posee. Poco antes de morir, en su penetrante artículo del día de difuntos, escribía: «... Quise refugiarme en mi propio corazón... ¡Santo cielo! También otro cementerio... Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! *Aquí yace la esperanza...*» Y cuando muere la esperanza, ¿qué se puede hacer?... Al saber la noticia del fin del malogrado Larra, dicen que Espronceda exclamó: «Ha hecho bien en matarse...»

Al día siguiente, 14 de febrero, salía de la casa de

la calle de Santa Clara el fúnebre cortejo. Ni carro mortuorio, ni curas, ni coronas. En hombros de seis amigos y seguido de un grupo de personas enlutadas, iba el féretro. Era una tarde pluviosa y fría, y los escasos transeuntes que encontraban el cortejo, se detenían comentando misteriosamente. Al oír que era un suicida, no faltó una vieja que se persignara de prisa, mascullando un «Dios nos guarde».

Casi al anochecer, llegó el entierro a un rincón del cementerio de Fuencarral. El féretro yacía en tierra, descubierto, mostrando el rostro lívido y perfilado del cadáver. El sepulturero, provisto de las herramientas de su oficio, estaba inclinado junto a la caja, preparando la fosa. En torno, formando semicírculo, emocionados, descubiertos, podía verse a Bretón de los Herreros, el Duque de Frías, Espronceda, Ventura de la Vega, Escosura, Roca de Togores, Julián Romea, Carlos Latorre, Mesonero Romanos García, Gutiérrez, Hartzenbusch, Nicomedes Pastor Díaz y otros personajes de la época. Hubo dos o tres discursos, alguno de ellos hermoso, sentidísimo. Al terminar el último orador, iba a dispersarse la concurrencia, cuando, sin que nadie supiera de dónde, surgió ante el féretro la figura de un adolescente cenceño, pálido, enfundado en un largo levitón negro. Un fulgor extraño irradiaba de sus ojos ansiosos; una luenga melena le caía en cascada oscura y ondulante hasta cerca de los hombros, y unas cuartillas temblaban en sus manos febriles. Volvieron todos a ocupar su sitio, quedando al centro el joven desconocido,

de marfileño rostro, que, elevando los ojos al cielo suspiró, más que recitó, las estrofas de una extraña elegía. Concluyó desfalleciente, trémulo. Un murmullo de admiración, que hasta entonces había ido aumentando poco a poco, brotó, al fin, en todos los labios, que se preguntaban impacientes: «¿Quién es? ¿Quién es?» — «Es un muchacho poeta que ha venido de Valladolid» — dijo alguien. — «Se llama José Zorrilla» — añadió otro—. Un tercero, que se había fijado en el color rojo con que estaban escritos los versos, exclamó: «¡Y están escritos con sangrel!» El poeta, que lo alcanzó a oír, no pudo dejar de sonreír. Bien sabía él que aquello era sólo el tinte rojo que había aprovechado del buen cestero que le albergaba en su hogar. Pero, como si con sangre hubiesen sido escritos, aquellos versos reveladores y dolorosos, fueron fecundos: en ese mismo instante inolvidable, al borde de la tumba del más grande prosista, quedó consagrado el más alto poeta castellano del siglo XIX, surgió el sol romántico de España..

\*\*\*

Esto es lo que vió nuestro espíritu en esa vieja calle, ante la casa de *Figaro*, mientras la notas luctuosas y suspirantes del adiós a la vida pucciniano que desgarraba, de manera lamentable, una orquesta de ciegos, rimaban exactamente con los últimos estertores de esa tarde sombría, de esa tarde de Larra...

## LA CANCIÓN DE MODA

La luz cobarde del crepúsculo, pasando cernida por cristales, visillos, stores y cortinas, inunda la estancia de un claror lechoso, suave, en el que naufragan los muebles blancos tapizados de seda de un tono rosa pálido. En el tocador, en las rinconeras, en una mesilla redonda que emerge en el centro de la estancia, como una isla en un lago congelado, sobre búcaros de plata y cristal de roca, se abren pomposas unas hortensias, única flor que se ve en aquel elegante gabinete-peinador, en el que ella y él parecían estar solos, sin embargo de estar juntos.

Él, Ramiro de Peralta, está tumbado sobre una *chaise-longue*; de espaldas a la ventana, parece abstraído en la lectura de un libro primorosamente encuadernado en tafilete, y, como está al contraluz, su cabello negrísimo brilla con reflejos metálicos; apenas se marca el modelado de su frente; se insinúa, recta, la línea de su nariz, y se afirma, como un trazo breve y curvo en la sombra, la sombra de su bigote recortado; sus manos saliendo de unos puños blan-

quísimos cerrados con gemelos de oro, están en la claridad sosteniendo el libro: son unas manos largas, esmeradamente cuidadas, en las cuales sólo hay una ancha sortija de oro y ágata con un sello en bajorrelieve.

Ella, su mujer, María Teresa de Iturbe, va y viene; diríase que revolotea, como una mariposa, por la habitación; como una mariposa cuya luz y centro fuera el espejo biselado del magnífico tocador, que triplica su figura gentilísima, esbelta, de dulces curvas armoniosas, que se modelan al través de la seda color acero de aquella túnica de corte irreprochable, que la envuelve en pliegues estatuarios. Es una espléndida belleza rubia, ideal. El oro vivo de sus cabellos armoniza a maravilla con el azul profundo de sus grandes ojos. Melodiosa, suave, elástica, diríase una Venus helénica encarnada por milagro. Purísimo el perfil, tersa y traslúcida la garganta de la que pende un hilo de perlas; los senos duros y erectos, estrecha la cintura, las caderas amplias, liso el vientre, en el que no ha alentado el latido sacrosanto de la maternidad; los muslos finísimos, las pantorrillas torneadas, los piecitos menudos, en arco sobre la punta inverosímil y el alto tacón de unos zapatos primorosos; si algún reparo pudiera ponerse a su belleza, sería el de ser demasiado perfecta. Exhala de su cuerpo un aroma exquisito, una fragancia, como si ella fuera una flor viva. Mueve los labios, habla a solas; tararea, a ratos, las notas de diversas canciones. Se acerca a la jaula dorada que hay cerca del balcón y

184

le dice mil ternezas al canario que, encogido ya, duerme con el lumón esponjado, como un capullo de seda floja. Se vuelve y se desliza por la estancia, ya casi en penumbra, en la que el rostro de la dama es como un astro. A sus pasos menudos y leves dados sobre la alfombra, se levanta un acariciante frufú de sedas. Se acerca a él y le dice en un susurro:

—¿Enciendo?

—Como quieras—contesta él volviendo a sepultar su espíritu en el libro.

Ella da luz. La lámpara central que pende del techo artesonado de la estancia se enciende, como un sol; las bombillas sostenidas por estatuas colocadas sobre el tablero de cristal del tocador se iluminan, como ofrendas votivas de luz a la belleza. A la claridad plenaria de la habitación, la figura de la dama resplandece; el alabastro de su cutis se torna traslúcido, como si la luz, a la manera de ciertas figulinas y bibelots de porcelana de Sajonia, brillara interiormente. Sigue ante el espejo de triple luna. Ahora se pule las uñas, brillantes como esmaltes; ahora deshace y torna a rehacer su peinado; sonríe y frunce el ceño ante el espejo; ensaya actitudes, poses artísticas; ejecuta mil movimientos de ingenua coquetería. Está por completo satisfecha de su belleza. Por fin se ha sentado un momento y queda contemplando sus piececitos admirablemente calzados, que se apoyan en un pequeño taburete de madera blanca con rejilla dorada. Parece aburrída; le mira a él, tan abstraído en su libro, pero nada le dice. Es que ya nada tienen

que decirse: en dos años de matrimonio se han dicho todo. Él, apenas si levanta los ojos del libro, y la mira sin verla... Es algo horrible y angustiioso, una pequeña tragedia íntima llena de mortal congoja. Este hombre es rico, joven; está casado con una mujer bellísima, y, sin embargo, no es feliz, con esa inenarrable certidumbre del que teniéndolo todo, ya nada espera. Este hombre y esta mujer están juntos, estarán juntos toda la vida, pero hace ya mucho tiempo que sus espíritus se separaron, y cuando los espíritus se separan, ya no vuelven a reunirse jamás. Pesa sobre ellos la fatalidad ineluctable de *lo que ya no puede ser*. Esos largos silencios, cuando están más juntos, tienen el sentido del más amargo de los reproches. No se odian, pero tampoco se aman, y tienen que vivir juntos, pero siempre distantes, siempre lejanos, la eternidad de una vida.

Él tira el libro con un gesto atediado.

Entonces, ella le dice:

—¿Iremos hoy al *Real*?

—Ya te dije que no podía ser, que tenía que asistir a una reunión de la Comisión de asuntos internacionales del Congreso.

—Siempre lo mismo—replica ella—; parece que no quieres acompañarme a ninguna parte. Y yo que pensaba estrenar esta noche el vestido de tul brochado de oro...

Hace un mohín, como de niña mimada a la que se le contraría en un capricho.

—Telefona a tu padre para que venga a buscarte

con tus hermanas, y vayáis juntos. A mí me es imposible acompañarte, y de veras lo siento.

—¡Lo sientes!..

El timbre, que acaba de sonar, corta el diálogo. Se oyen pasos. La puerta se abre. Es la criada. En una pequeña bandeja de plata trae la correspondencia de la tarde.

—Ha sido el cartero—dice—, que ha traído esta carta para el señor, y este paquete para la señora.

—Es la revista de modas, que trae las nuevas creaciones para la temporada. La estaba esperando; venga, venga—dice con júbilo María Teresa.

Toma el paquete, cuya faja rompe y tira en el lujoso cesto de los papeles. Son varios números de una gran revista de modas. Empieza a hojear y a contemplar esas páginas con avidez. Se absorbe por completo en esa lectura, que parece deleitarle. Acaba de penetrar con los ojos y con la mente en un mundo fantástico, en un intrincado laberinto de telas, pieles, tulles, gasas, crespones, plumas, encajes, joyas, avalorios. Nada de lo que pase a su alrededor logrará distraerle. Así no ve que su marido toma la carta, con mano ligeramente trémula; despide, con un gesto, a la criada; rompe nervioso el sobre y lee el pequeño pliego que en él se contenía. Es una carta venida por el correo interior. Su letra y sus faltas de ortografía son para Ramiro tan familiares. El pliego blanco tiembla entre sus manos como si fuera una cosa viva. Al terminar de leerlo, él ha puesto sus labios en el papel tembloroso. Es una carta dolorosa y desolada de

Pilar, la amante de su vida, despidiéndose de él para siempre. Le dice que es imposible seguir sosteniendo por más tiempo una situación que debía haber concluído cuando él se casó; pero entonces no tuvo el valor suficiente. Además, existía el niño, y él les unía, a pesar de todos y por encima de todo. Ahora, muerto, por desgracia, el niño, hacía ya un año, todo terminaba entre los dos. Él tenía deberes que cumplir; ¡sus vidas eran tan distintas, llevaban caminos tan opuestos! Pedía que la olvidara; ella también trataría de olvidarle. Decía que no le guardaba rencor ninguno y que él había sido el único hombre a quien había amado. Toda la historia de un amor difunto se compendia en ese billete, que tiene la significación definitiva de una lápida. Por eso el hecho de besar ese papel frente a su propia mujer, que no le mira siquiera, y ajena a sus martirios y a sus penas, embebe su espíritu en mil cosas fútiles, es algo revelador y definitivo.

Ramiro de Peralta guarda la carta sobre su corazón. Se levanta y se acerca a la ventana, sobre cuyos cristales, después de apartados los visillos, apoya la frente, que comienza a quemarle. Mira al cielo, suspirante. Sus ojos parece que se han hmedecido. La tarde muere dulcemente, y la noche comienza a envolver al mundo con su inmenso manto de terciopelo negro.

Al contemplar las láminas de la publicación que lee, los ojos de María Teresa brillan como joyas; de su garganta se escapan, a veces, pequeños, casi im-

188

perceptibles gritos de sorpresa, de júbilo; a ratos, parece como que aplaude; a ratos, como que rechaza, censura y se hurta.

De pronto se oye en la calle el carraspeo de unos violines. Empiezan a subir los primeros compases de la canción de moda. Son unos sonos luctuosos, humanos, desgarrantes.

—Ya está allí esa murga—dice ella—; no la puedo resistir: me pone nerviosa.

Recoge sus revistas, y con su cortejo de perfumes, con su *fru-fru* de sedas, leve, casi ingrávida, la rubia madona de la frivolidad abandona la estancia.

Entonces él saca la carta del bolsillo interior de la americana; la vuelve a leer, como absorbiendo con los ojos y con el alma cada palabra. Cuando termina, apaga las luces y vuelve a su sitio, tan sólo como antes. Esa carta ha evocado la historia de su antiguo amor, ha removido todas sus ternuras, le ha traído la certidumbre de su fracaso sentimental. Envuelto en la sombra que se agiganta, sepulta la cabeza entre sus manos, y piensa en su pasado y en su presente con enorme amargura.

Está solo en la vida, como lo está esta noche. El amor, la juventud, han sido Pilar, y ésta se despide de él para siempre.

De lo hondo de la rúa, angustiada, sangrante, como tórtola herida, sube la estrofa de la canción de moda, que, con acompañamiento de la murga callejera, canta:

*« Por fin de mis brazos cansado te alejas,  
por fin terminamos como yo tenía;  
pero no hay rencores, ni llantos, ni quejas,  
que, al fin, es tu pena mayor que la mía... »*

Ramiro de Peralta está viviendo, en esos momentos, esa canción tan en boga, que tiene el poder de emocionarle y que no ha podido olvidar, desde que la oyó en el teatro a su creadora, a Raquel Meller, la incomparable, la Duse de la canción; aquella artista única que posee el secreto de infundir un aliento eterno a la más insignificante de las coplas, al más vulgar de los couplets, al más pueril de los cantares, porque ella pone en sus creaciones toda su gran alma de artista y siempre sabe ser humana, profunda y dolorosa. ¡Qué impresión le causó al oírla por vez primera! Estaba en el palco con su mujer y unas amigas. María Teresa sólo atendía al público, observando con los gemelos a las otras mujeres, para luego deducir que ella era la más bonita e iba mejor vestida que todas, pues su única preocupación era ser siempre la más bella y elegante. Cuando oyó esa canción, él presintió lo que iba a pasarle: en la mujer amante, resignada, sacrificada de las coplas, veía a Pilar, que le amenazaba ya con la ruptura definitiva, que ha llegado ahora, cuando esos sonos desgarrados, rotos, lancinantes, vuelven a sonar en su oído, como un ritornelo de amor y de dolor. Siente en su corazón que todo un pasado se derrumba. Hace ya tanto tiempo que amó a Pilar, y la ama

190

todavía. Fué el idilio inevitable entre el estudiante rico y la gentil modistilla. Luego vinieron la terminación de su carrera de abogado, su ingreso en la política, su acta de diputado obsequiada a su padre por el ministro y, por fin, su boda con la novia oficial, a la que nunca se preguntó si amaba de veras. Él continuó visitando asiduamente a Pilar en el pisito soleado y tibio, como un nido, que le puso en los barrios bajos. ¡Qué rara dicha sentía cuando la tenía en sus brazos! ¡Con qué pasión, con qué ahinco, con qué frenesí la deseaba, sobre todo cuando no la tenía junto a él! Ella era el amor, la verdad, la única verdad de su vida; lo demás era lo falso, la posesión social, la conveniencia. Ya lo decía la copla:

*«Yo sé que en tu pecho mi amor siempre late,  
yo sé que por eso que llaman deber,  
como eres mezcquino te asusta el combate,  
y el mundo te enlaza con otra mujer...»*

Sin querer, a pesar suyo, se ha llevado la mano al corazón con un gesto lento y dolorido.

¡Su pasado... su presente... su vida... su corazón... el hijo, ese hijo que tuvo con Pilar, el hijo del amor, que murió llevándole toda esperanza y haciendo que concluyera en él un ser que venía del fondo de los siglos!

... Desde entonces, desde siempre, ¿qué ha hecho él de su yo? Sin voluntad, se ha dejado arrastrar por la corriente arrolladora de la vida, por los cauces fatales

de lo establecido, prisionero en la red intrincada de las conveniencias. La realidad se imponía: era en vano forcejear, en vano resistirse. La carta de Pilar resultaba lógica, definitiva y hasta necesaria; a pesar suyo, él la había aceptado de antemano, y aún podía decirse que la había sugerido. Era preciso, era irremediable. Condenados los pobres seres humanos a ir por la vida de dos en dos, él, como muchos, como la mayor parte, iría no con la que él quisiera, sino con la que los demás quisieron. Así envejecería en la mentira, en la equivocación, en la indiferencia, en el frío, en el tedio, junto a la bella estatua de una mujer sin alma. Mientras tanto, el objeto de su amor iría rodando por el plano inclinado de la vida.

*«Sin fe, ni esperanzas, ni amor, ni creencias,  
yo en mis aventuras tendré libertad,  
y tú, entre las redes de la conveniencia,  
ni un punto eres dueño de tu voluntad.»*

Decía chabacanamente, pero con verdad la copla. ¡Ah, esa canción, que le atosiga, que le martiriza, que le da la certidumbre de que todo ha concluido para él, de que le es imposible rehacer su vida!... Porque ya es inútil implorar, inútil rebelarse contra el Destino. Está cogido en el engranaje férreo de la sociedad, en la prieta urdimbre de lo estatuido. No será nunca feliz, y ni siquiera podrá tener el derecho, el consuelo de llamarse desgraciado..

Sintiendo que algo como un dogal le apretaba la

garganta, y que un amargor salobre le llenaba la boca plegada en un rictus doloroso, se incorpora en su asiento y se dirige, como una sombra entre la sombra, hacia la ventana, en busca de aire, de consuelo, de sedacción, de calma.

Permanece un momento ante los cristales cerrados y mira al cielo suplicante, como en demanda de algo, de un amor, de una gloria, de una aventura estupenda, inesperada, que venga a romper la monotonía abrumadora de su vida.

Experimenta una angustiada sensación de vacío dentro de su ser, que sólo puede llenarse de infinito, de amor; pero el amor se ha desvanecido como un perfume. Y no será él ya sino un pobre hombre condenado a representar en la farsa de la existencia el papel que otros le asignaron. Lanza su espíritu a lo alto, en un anhelo desmesurado. El cielo, palpitante de estrellas, se abre sobre la doble hilera de casas, como un abismo... El espíritu, que se ha lanzado como una saeta, rebota en la negra bóveda impenetrable y cae fracasado, rotas las alas, sobre las duras losas de la realidad. Se incorpora interiormente, se mira dolido: la sombra le absorbe por completo; en la obscuridad, sólo sus manos tienen forma y contornos, sólo sus manos viven. Tiene miedo a la sombra; no se ve; sólo se siente y se adivina, en su inocuidad, en su debilidad. Con las manos crispadas, con las manos en garra, abre los cristales del balcón al cual se asoma, como huyendo de sí mismo, como huyendo de su vida; pero su vida le sigue. ¿Qué hacer?... ¿Adón-

de ir que no le siguieran su verdad, su vencimiento, su vida? Una ráfaga de locura cruza por su cerebro anulando su razón y el instinto de vivir. El espectro del suicidio acaba de presentarse de súbito a su mente. Se mataría tirándose por el balcón, como un héroe de novela sentimental. Pero en seguida reacciona. No; él, que para otras cosas no tuvo voluntad, tampoco la tiene para terminar de una vez. Le falta, además, el valor: se desprecia a sí mismo. Tras esta crisis aguda, tornaría a ser el señorito bien, el hombre correcto de siempre. Pero en su interior, volvería a reanudarse, exacerbada, su íntima tragedia.

Mira a la calle, por la que pasan sus hermanos de dolor, el rebaño humano, que se desperdiga sobre el pavimento. Los músicos callejeros, que ya han terminado de tocar, pasan bajo su balcón. Ramiro de Peralta los ve, y sacando precipitadamente de sus bolsillos todo el dinero que lleva, lo arroja a la calle.

Las monedas caen, como una lluvia de estrellas, rebotando luego sobre las baldosas, argentina y jubilosamente. Los pobres músicos ambulantes, acostumbrados a que les arrojaran siempre sólo roñosa calderilla, al ver que les caen pesetas y duros, se quedan como viendo visiones; esbozan a lo alto, sin saber a quién, saludos grotescos, y, ávidos, se inclinan sobre la tierra, recogiendo presurosos los dispersos discos fulgurantes.

# LA CANCIÓN DE LA VIDA

PASO DE COMEDIA, INSPIRADO EN UNA  
POESÍA DE FRANCISCO VILLAESPESA

## PERSONAJES:

**GLORIA**, veinte años. Es morena, de grandes ojos brunos, propicios a todas las ensoñaciones y a todos los éxtasis. Su boca, dulce y sabrosa, pide los besos y sugiere el mordisco. Alta, esbelta; sus caderas de ánfora se dibujan valientes, amenazando hacer estallar la seda del vestido; su busto se yergue gallardo con excelsitudes esculturales; los senos, como dos fuentes de vida, viven y palpitan. Como un casco de tinieblas, sus cabellos negríssimos sombrean su frente, curvada y amplia, y, en la nuca, son ricillos locos que juegan al viento. Su voz es dulce y cantarina, como la voz de su hermana, el agua. De temperamento sensual y místico, a la vez, corre por sus venas una mezcla confusa y extraña de la sangre de sus antepasados, don Juanes Tenorios y caballeros cruzados; damas devotas y damiselas aventureras.

**JAIME**, veinticinco años. Guapo, elegante. Es poeta y profesa el culto idolátrico de la vida: su alma, como una gran flor, se abre al sol de todos los amo-

res. Sus labios de gozador quieren beber de un sorbo el cáliz de la vida; sabe de la fugacidad del momento y es capaz de sacrificarlo todo a un instante de felicidad. Libre de prejuicios de educación y de sangre, comprende la dicha del vivir.

La escena representa un jardín que empieza a florecer ante el ábside de una iglesia gótica que al fondo se levanta, como una oración de arte y de ensueño, destacando la elegancia de sus líneas largas sobre el fondo añil del cielo, y ostentando en sus ventanales la fantástica policromía de sus vidrieras, en las que el sol fulge triunfador de las cárdenas luces de los cirios y de los sacros lampadarios de adentro. Los árboles del jardín, movidos por la brisa, conversan cabeceando e imprimen maternales movimientos de cuna a los nidos. Las rosas en botón abren lentamente el tesoro de sus cien pétalos fragantes. Una fuente parlera borbotea incesante sus palabras rotas. Parejas de gorriones pican y cantan en las copas de los árboles. Un hálito de primavera flota en el ambiente matinal. De la iglesia vienen lamentos de órgano clamoroso y estuvios de cera e incienso, que se funden con los ramalazos primaverales de música y de aromas que envuelven al jardín. En primer término, hay un banco rústico.

## J A I M E

*«En el aire hay caricias, la campiña está en fiesta,  
un incendio de púrpura llamea en la floresta,  
y revoloteando en las torres vecinas,  
parece que me hablan de amor las golondrinas.*

¡La canción de la vida!... Esta es la canción, la eterna canción que surge siempre en el fondo de nuestra alma, cuando tenemos veinte años y estamos enamorados; sólo que nosotros la sentimos y la expresamos como podemos, a nuestra manera: diluyendo nuestra alma en la contemplación de un crepúsculo muriente; besando, con labios trementes, una boca de mujer o un ramo de violetas; añorando un viaje imposible en el esquife de la luna o el ver nos retratados en las alucinantes pupilas de una mujer que no hemos visto, que quizá no veremos nunca, pero que la presentimos en nuestros ensueños; haciendo versos, en los que, tras terrible lucha, las pobres palabras quedan engarzadas, agrupadas en rengloncitos cortos; pero mudas, insonoras, incolores, impotentes para expresar todo lo que llevamos dentro. Los poetas de verdad, los grandes poetas, son los únicos que tienen el don divino del poder decir, con belleza, todo lo que sienten. Hoy vienen, con tenacidad, a mi memoria las sonantes estrofas de uno de los mayores poetas de la vida, del que dice:

*«La mujer que al acaso hallaste en tu jornada  
su lasciva cabeza reclina en la almohada,  
y entreabiertos los labios y palpitante el pecho,  
desnuda y temblorosa se te ofrece en el lecho...  
¡Gózala intensamente!... Esa desconocida  
que el azar a tus brazos ha arrojado, es la Vida.  
Mañana será otra, igual o diferente,*

*morena, rubia o pálida, insensible o ardiente...*

*¡Será acaso más bella, quizá será más loca,*

*darás el mismo beso, aunque en distinta boca!*

.....  
 .....

Pero... por recitar a Villaespesa, voy a olvidar ahora que ya es hora de que venga Gloria, mi Gloria, a quien di cita en este jardín nemoroso. Y dijo que sí, que vendría, haciendo una escapatoria, así que concluyera la misa que están diciendo actualmente en esta iglesia gótica, que parece que sube al cielo, en un vuelo místico y solemne de sus encajes de piedra... A mí me gustan tanto las iglesias góticas que siempre que paso ante una de ellas, entro a rezar una oración de arte y de ensueño. Y a ésta sobre todo, cómo no entraría a rezar mi oración ante Gloria, ante mi virgencita Gloria; pero como tal iglesia es particular de las buenas monjitas del Carmen, y no permiten la entrada a ningún hijo de Adán, tengo que esperar que terminen los rezos para implorar de mi santa. Y estoy aquí tan contento: es tan linda la mañana, y esta emoción que precede a la cita es tan dulce... (*mirando las copas de los árboles.*) Ellos sí ya están ahí, no tienen que oír misa, que arrepentirse de pecados, que conseguir otra vida; toda su vida es para vivir, para amarse. Es una alegre pareja de gorriones que se arrullan, se besan y se hunden en el nido. Bien, bien, amigos míos, parece que no perdemos el tiempo...

*(El órgano ha lanzado su último solloso; la ceremonia religiosa parece terminada; la iglesia se agita con susurro de colmena. Aparece Gloria que viene lentamente por el fondo. Viste de negro, llevando en las manos un libro de misa y un rosario. En su frente blanquísima pone su nota negra una cruz de ceniza. Al principio, Jaime, contemplando el nido de gorriónes, no repara en ella, pero luego siente sus pisadas y se vuelve alborozado.)*

JAIME.—Yendo al encuentro de Gloria. Ven Gloria, mi Gloria, ¡cuánto has tardado! ¡Cuánto te he esperado! Quiere abrazarla.

GLORIA.—Rechazándole muy seria. Déjame, no me toques. He venido sólo a despedirme de ti, a decirte adiós, adiós para siempre... No podemos amarnos: el amor es la más terrible de las falacias...

JAIME.—Sorprendido. Pero ¿qué estás diciendo? Hoy has venido con ganitas de bromear.

GLORIA.—No; te digo la verdad, la única verdad que hay en toda nuestra vida. Acabo de oír la de los labios inspirados del virtuoso Padre que ha predicado esta mañana, y algo como la voz de Dios ha resonado en mi conciencia.

JAIME.—Qué extraña estás y... ahora que me fijo, ¿qué mancha es esa que tienes en la frente?

GLORIA.—Es una cruz, una cruz santa, una cruz de ceniza, la que en el primer día de cuaresma pone la iglesia a los fieles para recordarnos que «polvo somos y en polvo nos hemos de convertir».

JAIME.—Y si eso es verdad, es una razón más

para hacer de esta fugaz vibración de nuestra vida actual una intensa y quemante vibración de amor. Ven Gloria, ven, gocemos de la alegría del momento; ven y borraré con besos esa fatídica cruz negra de ceniza; ven, y, en lugar de ese signo de muerte y de renunciación encenderé con mis labios, estrellas de luz en tu cuerpo, estrellas de luz en tu alma...

GLORIA.—¡Oh! No, no me hables así; me asusta tu pasión, llameante como una hoguera. No puedo amarte; una voz imperiosa que viene de lo alto me aparta de ti. Digámonos adiós fraternalmente.

JAIME.—¿Y tu juventud cree, puede creer, con sinceridad, que debemos sacrificar nuestro amor, un amor que es todo para nosotros, en aras de una hipótesis que ha surgido en la mente calenturienta de los místicos, que nunca supieron lo que era amor, unos, y otros, lo que es peor aún, renegaron de él, después de agotarlo con exceso? ¿No sientes que toda tu naturaleza se revela en una rotunda negación de todo lo que has dicho? ¿No escuchas a la vida que canta una canción gloriosa, que surge triunfadora del fondo de tu ser?...

GLORIA.—Eso que dices tú no son sino palabras y palabras con las que quieres disfrazar, sin conseguirlo, las más impuras tentaciones. No la voz tuya, sino la voz misteriosa e inmensa que me promete algo desconocido, grande y perdurable, es la que debo seguir y me voy... Es la voz de Dios que me llama desde lejos.

JAIME.—Pero ¡qué cambiada estás, Gloria! No te

conozco... ¿Quién ha podido cambiarte? No eres la misma de antes. ¿Quién ha robado a mi Gloria?

GLORIA.—La misma fuerza misteriosa que detuvo a Saulo a las puertas de Damasco, me ha detenido a mí en el dintel de una cita de amor. Ya lo sabes, no me detengas, no podrás detenerme.

JAIME.—No te detengo yo; te detiene la vida que ansiosa te aprisiona en tus brazos, porque, como ella eres juventud; porque, como ella, eres vida...

GLORIA.—Yo sabré desligarme de sus torpes ataduras y volar en busca de la vida eterna, que es nuestra única y verdadera vida. Ansío, he ansiado siempre, algo definitivo que no ha podido darme el mundo en su ridícula pequeñez de materia que vibra y que palpita en incesante fermentación de miserias, en incansable florecer de dolores... Creí que el amor humano calmaría mis ansias imposibles, y ¡te amé tantol.. Pero mi alma, la eterna incomprendida, la eterna insatisfecha, no puede encontrar sus consolaciones supremas sino en un puro amor inasequible y alto, como el que, acervo, consumió el alma inmensa de Santa Teresa, como el que diluyó en un cántico exaltado y perenne el espíritu todo poesía y todo amor de San Juan de la Cruz,

JAIME.—Todo lo que tú dices no son sino exaltaciones de nerviosa. Sé razonable, sé humana; comprende que sería pueril dejar de gozar ahora para gozar más allá de la muerte. La renunciación definitiva que tú intentas equivaldría a un suicidio; sería ir contra la voluntad de Dios mismo, manifes-

tada de manera tan admirable en la Naturaleza que vibra, florece y canta... No, no; todos los teólogos del mundo no podrán hacerme comprender que esta espléndida belleza tuya, rebelándose contra su madre, Natura fecunda, deba secarse y agostarse inútil y torpemente, ofreciéndose en holocausto de un futuro que, quién sabe, si no tendrá más realidad que la soñada en la mente calenturienta de los que lo inventaron.

GLORIA.—Esta existencia terrena es la mentirosa, la falsa, la que debe ser sacrificada. Ya lo dijo Kempis: «La tierra es materia, podredumbre... y todo lo temporal es engañoso.» Aquí está su libro admirable, lo llevaré siempre como un talismán. *Muestra a Jaime «La Imitación de Cristo».*

JAIME.—Lo conozco, Arroja ese libro, no bebas ideas y sentimientos en esa fuente funesta de todas las amarguras y de todos los pesimismos. Ese libro, flor alucinante de martirio, que brotara en los oscuros desvanes del cerebro de un monge loco, ha inundado el mundo con su perfume enervador y maléfico que recuerda el acre olor de los inciensos y de las hogueras medioevales.

GLORIA.—No digas eso; es este un libro inmortal, de infinita consolación y sedante, como un bálsamo.

JAIME.—Nada quiero saber de tus bálsamos extraños y simbólicos; sería un sarcasmo oír los trenos clamorosos de Kempis, la voz fatídica de la Edad Media, en esta rumorosa mañana de primavera.

Aquello sonaría como una cruel y disparatada paradoja, hoy que resuena triunfante la canción, la eterna canción de la vida. ¿Quieres oírla, hecha poesía, por milagro de la inspiración de uno de los mayores poetas de hoy?

GLORIA.—Díla.

### JAIME

*«El sol, como una inmensa y líbrica mirada,  
incendia en un relámpago de luz a la curamada.  
Calla el pájaro, apaga la fuente su lamento  
y se besan los árboles a los besos del viento...  
No llores sobre el féretro de olvidados amores...  
¡Ven al jardín, aún quedan en los rosales florest  
¡Aún hay nidos y tálamos en el ramaje espeso  
y labios en flor dignos de recibir tu besol...»*

.....\*

GLORIA.—Ya te lo he dicho: esas son palabras y nada más que palabras, más o menos bellas, más o menos seductoras; pero palabras al fin.

JAIME.—*Queriendo atraerla.* Pero ven acá, más cerca de mí, y dime si también son palabras las notas vibrantes que, coordinándose en un ritmo sabio, forman la grandiosa sinfonía que es como la voz del alma de la madre Naturaleza. El eco del torrente y la canción del viento; la voz cantarina de la fuente y el arpegio cristalino que, como cascada de perlas, brota

de las gargantas de los pájaros cantores; el susurro rumoroso de las hojas, y esos mil ruidos vitales que surgen de la tierra, ¿no forman la más potente y armoniosa orquesta? Oye con recogimiento, ausculta, atenta, el corazón del mundo y percibirás cómo él late perennemente con fuertes palpitaciones generosas. Tiende la vista a tu alrededor, ¡mira qué sinfonía de colores más espléndida! Levanta la vista a lo alto y contempla ese cielo «que no es cielo, ni es azul», pero que nos parece azul y sirve de dosel a nuestros amores, y ésto basta; mira al sol que imperiosamente nos manda que nos amemos, pues él es el gran fecundador de todo lo creado. Y después, tiende la vista a lo que queda detrás de nosotros, y mira cómo se alza, avergonzada en medio de tanta vida, la mole tenebrosa de ese convento de monjas, en cuyos antros consumen sus vidas inútiles unas pobres alucinadas por un ideal que no alcanzarán jamás... Estoy como loco al oírte hablar como has hablado y al pensar que tú intentas desertar cobardemente de la vida.

GLORIA.—No, no es que yo quiera desertar: dejo el camino de flores y escojo el de las espinas del vivir doliente. Jesús nos dijo: «Yo soy la verdadera senda.»

JAIME.—¡El fin supremo de toda nuestra existencia es el amor—estremecimiento divino, ansia infinita de perpetuación—que late y alienta triunfador en la ígneas entrañas de los soles y en la infinita pequenez del infusorio; en las lujuriantes selvas tro-

picales y en la aridez calenturienta de los desiertos; en el fondo alucinante de los mares y en las cimas impolutas de los volcanes; en los jardines sonrientes y florecidos, y hasta en el yermo macabro de los cementerios! Sin el amor, alma del universo, causa de todo cuanto existe, hace siglos de siglos que el mundo, apagado y frío, estaría rodando inútilmente por la infinita inmensidad de los espacios telúricos.

GLORIA.—Me quema el fuego de tu alma; quisiera no oírte, quisiera huir, pero... no puedo. Comprende que hay muchos amores, y que es de las almas amarse idealmente, con amor purísimo, libre de torpes materialidades. Amémonos, en buena hora; pero, amémonos en Dios, con un amor apacible y sereno en que nuestras almas se fundan y se besen, sin que nuestros cuerpos sientan nada. Dame tu alma, y la mía le enseñará un amor eterno nunca sospechado por ti: yo sé del amor de los amores.

JAIME.—¡El amor que yo te ofrezco, ¡oh, Gloria, mi Gloria! es tan grande que en él se suman y compendian todos los amores; tú serás para mí la pura fuente de idealidad abstracta, en que mi alma abrevará su sed de infinito; tu cuerpo será troquel excelso que fundirá una humanidad nueva. Te amo como amante, te amo como a madre, te amo como a hermana; te amo con todos los amores, te amo con amor humano! Ven, Gloria, la Vida nos llama... *Toma una mano de Gloria, que ella no retira.*

GLORIA.—Imposible... Aparta, aparta de mí.

JAIME.—¿Crees que puedo dejarte habiéndote en-

contrado? ¿Crees que puedo vivir sin ti?... ¿Se puede vivir sin aire, sin luz, sin fuego?... Pues aire y luz y fuego y vida de mi vida eres para mí. Si te vas, tampoco me separaré de ti: mi espíritu te seguirá adonde vayas, y si no estás conmigo, estarás en mí.

GLORIA.—Nuestras almas, nuestros destinos son diversos; todo nos separa... No nos empeñemos en mantener unido lo que Dios ha separado. Despidámonos fríamente, sin dolor, sin pena, sin dar a nuestra despedida un aspecto de despedida cruel...

JAIME.—Ya te he dicho que no, que no te dejaré ni ahora, ni nunca, ¿lo oyes? nunca, nunca... ¿Por qué me rechazas? Tu resistencia es inútil y fingida. Déjame mirarme en tus ojos, beber la dicha en tu boca, constelar de besos el cielo divino de tu cara.

GLORIA.—*Intentando desasirse de él.* Déjame, déjame, por Dios.

JAIME.—¡Si quien nos manda que nos amemos es Dios mismol...

GLORIA.—*Sin intentar defenderse ya, y con voz trémula y velada.* No., no... no...

JAIME.—¡Sí... sí..., en nombre de la Vida, de la Naturaleza y del Amor, que siempre triunfan!... *Caen abrazados en el banco rústico. Jaime besa largamente la frente de Gloria... la cruz de caniza se borra... el libro de Kempis ha caído al suelo... la Vida triunfa.*

## TELÓN

# El Caballero, la Muerte y el Diablo

Apunte dramático, original.

DRAMATIS PERSONÆ:

La Princesa Yolanda.  
El Príncipe Ataulfo.

La acción en Hielandia.—Época actual.

*Antecedente nupcial de los Príncipes de Hielandia.*

EL PRÍNCIPE.—En estos días he notado en ti un cambio profundo. ¿Qué tienes? Dímelo. ¿No eres feliz?

LA PRINCESA.—Es verdad; no sé lo que tengo. Pero, soy feliz; mejor dicho, quiero ser feliz.

EL PRÍNCIPE.—¿No lo eres en realidad, como yo lo soy, con tu amor, con nuestro amor?

LA PRINCESA.—Con nuestro amor, sí. Sólo que, ya te lo he dicho: no sé lo que tengo.

EL PRÍNCIPE.—¿Tú? ¿Qué puede ser?

LA PRINCESA.—No sé. Miedo, terror, un vago y fatal presentimiento.

EL PRÍNCIPE.—Miedo, terror, fatalismo. Me-espantas. Habla.

LA PRINCESA.—No puedo explicarte. ¿Tú no lo comprendes? ¿Tú no lo adivinas?

EL PRÍNCIPE.—Imposible; al contrario, creo que todo nos sonríe, todo. Nuestros sueños más gloriosos, aquellos inasequibles y lejanos, como un miraje alucinante, se han cumplido. Casado contra mi voluntad y por razones políticas con una Princesa de regia estirpe, la Muerte libertadora vino a desatar el lazo estrecho y fatal que a ella me ligaba. Entonces libre, completamente libre, pude a la faz de la Corte y del mundo, consagrar la pasión que me ha unido a ti toda la vida. Vencí la resistencia de los Reyes que se oponían a mi enlace con una persona que no era de sangre real; me impuse a la Corte; y ahora tú, la amante adorada de las cintas pasionales, eres la Princesa, la Princesa Yolanda de Hielandia. Los mismos labios cortesanos que murmuraban de ti, besan tu mano, respetuosos; las mismas frentes que se erguían altivas ante ti, cuando no eras sino una dama de Palacio, se inclinan cuando pasas ante ellas; los mismos ojos que inquisidores te miraban, ahora se bajan, ante los tuyos, reverentes. Los Reyes mismos apadrinaron nuestra boda; te llaman hermana, te concedieron tratamiento de *Alteza*, y regalo de ellos fué la diadema

de brillantes que en el día de nuestros desposorios fulgía sobre tu frente, como un sol.

LA PRINCESA.—Es verdad. ¡Cuánto te debo! ¡Tú me has alzado hasta tí!

EL PRÍNCIPE.—Tú me alzaste más alto todavía: más excelso que un trono es el cielo de tu amor.

LA PRINCESA.—*En voz baja.* ¿Nadie nos escucha señalando un tapiz del foro detrás de ese tapiz?

EL PRÍNCIPE.—*Alzando el tapiz.* Nadie, Yolanda.

LA PRINCESA.—Aquí todos nos escuchan, nos avisoran. En este palacio, donde no hay niños, se hielan las sonrisas y se siente frío en el alma. Siéntate a mi lado, muy juntos los dos *el Príncipe se sienta.* Mírame bien. ¿Qué ves en mi rostro?

EL PRÍNCIPE.—Pero, Yolanda...

LA PRINCESA.—No vaciles. ¿Qué ves?

EL PRÍNCIPE.—Ya te lo he dicho: un cambio, un no sé qué...

LA PRINCESA.—¿Nada más?

EL PRÍNCIPE.—Nada más, y así estás más interesante, más adorable.

LA PRINCESA.—*Las manos en las manos del Príncipe; sus ojos, en los ojos, casi besándose los labios.* ¿No ves nada más? ¿En mis ojos, en mi rostro, más adentro?...

EL PRÍNCIPE.—Algo de palidez y un cierto misterio que, como no puedo explicar, ruego, exijo me lo reveles.

LA PRINCESA.—Un misterio, sí, un misterio de muerte *a un gesto inquietante del Príncipe.* Es lo que yo veo hace días, más que en mi rostro, en mi alma. La

muerte, a la que tengo terror, no por ser muerte, sino porque me separará de ti.

EL PRÍNCIPE.—*Calmándola.* Tienes el espíritu fatigado; los nervios, irritados y en tensión. Tantas emociones de estos últimos días. Pero ésto debe terminar. Mañana saldremos para la Real posesión de Monte Claro, donde es primavera perpetua y todo está florecido; donde tuvo lugar, hace ya tiempo, aquella fiesta versallesca, ¿lo recuerdas? ¡Qué divina estabas tú de damita pompador, en el cortejo de la Reina Soll Necesitas descansar.

LA PRINCESA.—Lo que yo necesito es vivir, ¡vivir! Pero contigo siempre, más allá de la vida, más allá de la muerte.

EL PRÍNCIPE.—Hoy como nunca, nuestra vida es nuestra; hoy más que nunca somos el uno del otro. ¡Tenemos juventud, poder, riquezas, amor!

LA PRINCESA.—¡Amor! Cinco años hace que nos amamos. Si se pudiera volver atrás el tiempo que huye. Volver a adorarnos en secreto. ¿Te acuerdas?

EL PRÍNCIPE.—¿Y me lo preguntas? . ¡Oh nuestras citas nocturnas en tu castillo de la Umbral Caballero en mi caballo negro, en alas de un viento de pasión, llegaba al bosque que rodea tu morada. El bosque estaba negro, negro de fronda y de noche. De ese fondo de tinieblas, surgía la visión tuya, blanca, rubia y resplandeciente, como una diosa de la mitología germana. Nos confundíamos en un abrazo enorme; en un beso, nos sorbíamos las almas. Cautelosamente, subíamos a tu cámara. Allí, todo parecía

esperarnos... ¡Oh tu cuerpo vibrante y escultural extendido sobre un tapiz de Smirnal A la luz velada de una lámpara de bronce, tomaba coloraciones ambarinas, nacaradas, del color de las Venus del Tiziano. Sobre paños y almohadones de seda, sobrecogida y tremante, eras la maja de Goya; de pie, enguinaldada de flores, bañada de una luz rosácea, eras una diosa escapada de un deslumbrador lienzo de Rubens... Yo, de hinojos, trastornado con tu esencia, te cubría de besos, y en el ara de tu escultura palpitante, decía mi misa negra... ¿Y aquel vino espumoso que bebíamos en una misma copa de bohemia cincelada? ¡Cómo nos encendía la sangre, cómo nos embriagaba! Después, he bebido absintio, hachich, éter, y nada he sentido. Una noche, tanto habíamos apurado de aquel vino, que perdimos el conocimiento. Un rayo de sol, atravesando una alta ojiva policromada, vino a herirnos, como la lanza de un arcángel exterminador. Nos levantamos sobresaltados. Un cuerno de caza sonaba, cada vez más cerca; un rumor de cabalgata se percibía, cada vez más distinto. Era el Duque tu padre que regresaba de montería, con su séquito. Podían sorprendernos. ¡Qué trancel No sé cómo pude salir del castillo esa mañana; pero, por la noche, volví. El misterio, el temor, lo prohibido nos enardecía más. Tienes razón. El minuto de pecado debe ser eterno. Los amantes no deben dejar de serlo nunca.

LA PRINCESA.—Ahora, en cambio, todos los instantes, toda la vida es nuestra. Y estoy triste y temo más que nunca.



EL PRÍNCIPE.—Pero ¿qué puedes temer? Si cuando éramos amantes nada nos sucedió, a pesar de que nuestros amores no eran un secreto para nadie. Los que todo lo sabían eran cortesanos; nosotros, poderosos. Todos callaron: tenían miedo al escándalo y se contentaban con murmurar en silencio. Ahora, esos mismos se curvan, cuando nosotros pasamos enlazados.

LA PRINCESA.—Sé que hoy que eres más mío es cuando más temo perderte, y siento celos, unos celos diabólicos y terribles, sí, terribles.

EL PRÍNCIPE.—¿Qué dices? ¿Celos? ¿Pero de quién?

LA PRINCESA.—De ella.

EL PRÍNCIPE.—¿...?

LA PRINCESA.—De ella, siempre de ella, de la Princesa Piedad que acabará por robarte a mi amor.

EL PRÍNCIPE.—¿Has enloquecido, Yolanda? Tú deliras. No hables de ella: está muerta y fué una santa.

LA PRINCESA.—Fué una santa, es verdad. Aunque lo supo todo, siempre calló y murió callando. Esa fué su venganza, callar, porque sabía que, al fin, serías de ella y sólo de ella...

EL PRÍNCIPE.—Es extraño, es absurdo lo que dices. Tú no estás bien, Yolanda mía. Vuelve en ti.

LA PRINCESA.—Estoy más lúcida que nunca lo estuve; lo estoy de tal manera, que no quisiera estarlo tanto, para no ver más allá de todo, más allá del tiempo y de la realidad. Veo más allá del presente,

veo más allá de la vida, y por ésto te he hablado como te he hablado. Me explicaré. Escúchame. Hace tres días que, como tengo por costumbre desde que nos instalamos en este palacio, entré en tu despacho particular, con el objeto de cambiar, por mi propia mano, la vara de nardo del búcaro de plata repujada que está sobre tu mesa-escritorio. Desde el primer día, tú lo sabes, no consiento que ninguna persona de nuestra alta ni baja servidumbre renueve las flores de tu despacho, sino yo misma. Ese día entré con la vara de nardo en la mano. Al ir a colocar en su sitio, mis ojos, involuntariamente, se posaron en tu mesa; y aun cuando lo que vi era una cosa, al parecer, corriente, y cuya existencia yo no ignoraba, no pude reprimir mi emoción. Un estremecimiento calofriante me corrió por todo el cuerpo, la sangre se me heló en las venas y sentí que una garra felina me acariciaba la medula. Sobre la mesa estaban extendidos los planos del mausoleo que tú has mandado construir en el panteón real. Tu arquitecto los había traído la víspera, para que tú aprobaras ciertos detalles últimos de ornamentación. Allí estaba la obra que ha sido ya realizada. Eso era lo que yo vi. Bajo un templete gótico y sobre un zócalo del mismo estilo, se alza, sostenida por cuatro leones, la urna cineraria, en cuyo paramento, coronados por la corona real, se ostentan los escudos de tu casa y de la casa de la Princesa Piedad. A un lado, vuestros nombres enlazados; a otro, una inscripción latina, con la fecha de la muerte de ella; encima de esta inscripción, hay

un sitio en blanco, en el que se grabará la de tu muerte. Sobre la urna, ancha y profunda como un lecho, las dos tallas de alabastro de vuestras estatuas yacentes reposan juntas. Tú vistes el traje de los caballeros templarios; ella, el de una princesa medioeval. Tus manos descansan sobre la cruz de tu espada; las de ella se trenzan, con un crucifijo, sobre el pecho. En un mismo almohadón de brocado reposan vuestras cabezas diademadas; vuestros cuerpos se tocan. Y, allá arriba, en el pináculo del templo, dominándolo todo, velando vuestro sueño último, consagrando vuestra unión eterna, una cruz abre sus brazos.

EL PRÍNCIPE.—¿Y eso te extraña, Yolanda? ¿Qué puede extrañarte? Tú sabías que esa obra debía hacerse, que así debía ser, por tradición, por costumbre, por ley. Después de todo, ¿qué puede importarte un sepulcro, aun cuando éste sea el mío, si al fin, sabes que te pertenezco y soy y seré sólo tuyo?

LA PRINCESA.—¿Tú? ¿Mío sólo? Es esta, precisamente, mi obsesión torturadora: tú no serás mío. Has puesto el dedo en la llaga de mi corazón. El día de nuestros desposorios sentí la plenitud de la dicha. Mi ideal se realizaba. Eras mío sólo. Nadie podría disputarme tu amor. La dicha me embriagaba como un vino' añejo. Nuestros amores se habían purificado y estaban consagrados ante la religión y ante la ley, a la faz de la corte y del pueblo. Éramos príncipes y toda la vida era nuestra. ¡Y esa noche de bodas en la cámara nupcial principesca, floreció con los pres-

214

tigios de la primera noche! ¡Deliraba, deliraba de amor en tus brazos; ergúase en mi alma el alma crepitante de la Reina loca, loca de amor por su Rey hermoso! Hubo instantes en que viví en un minuto la eternidad de un siglo... Y mientras resonaba la música triunfal de nuestros besos y nuestras almas se desleían en el perfume de los pebeteros y de las flores de azahar, nuestros brazos se enlazaban y nuestros labios se juntaban, desde el fondo de nuestro lecho de palosanto, yo veía pasar mil visiones de amor, y el alma en un éxtasis supremo exclamaba: ¡divinol, ¡divinol

EL PRÍNCIPE.—*Con pasión.* ¡Yolanda!

LA PRINCESA.—*En una brusca transición.* Hoy no. En mi propia felicidad llevo mi castigo. Es el Destino. Es la fatalidad. ¡Es esta imagen de la muerte que llevo impresa en el alma y en el rostro! ¡Y me cubro la cara con las manos para no ver más allá, y turbada, confusa, avergonzada de mis dudas torturadoras, medio aniquilada como el ángel rebelde, perseguida por el pensamiento martirizador, huyo de algo que no sé lo que es, y tengo miedo, miedo y... celos!

EL PRÍNCIPE.—Tu alma está enferma, Yolanda, Me espantas y te adoro; y ¿por qué ocultarte? Me has comunicado algo de ese terror extraño que se ha apoderado de ti. Esto me hace pensar y me ensombrece. Tus palabras han evocado en mi espíritu la emoción paralizadora que sentí hace ya tiempo ante un cuadro que, desde entonces, quedó grabado fuer-

temente en mi fantasía y cuyo recuerdo me ha perturbado muchas noches de insomnio. Es un famoso fresco que existe en una de las galerías del camposanto de Pisa. Terriblemente sugeridora es esa creación, obra de un artista innominado. ¿Bernardo Daddi, el discípulo de Giotto? ¿Pedro Lorenzetti, de la escuela de Siena? ¿Orcagna?... A ninguno de estos artistas puede atribuirse ese cuadro, con certeza. Mas, el autor ¿qué importa si allí está la obra? Su sentido simbólico y su factura simplicista nos dicen de una época anterior al siglo xv, cuando el mundo apenas había salido de la pesadilla medioeval y el Renacimiento, si bien presentido, no había abierto aún en la historia la luz de su sonrisa. Se titula *El triunfo de la Muerte*, y es una extraña alegoría, que tiene el raro secreto de hacernos sentir el contraste entre el goce y el dolor y la sorpresa de la muerte, en medio del placer de vida.

LA PRINCESA.—Eso es lo que yo he sentido.

EL PRÍNCIPE.—A la derecha, hay un bosquecillo; en él se agrupan unas cuantas doncellas que se solazan blandamente: algunas tañen el laúd; otras acarician a perros falderos que sostienen en el halda. Al otro lado, un gallardo tropel de caballeros, con séquito y jauría, aparece atónito ante tres féretros abiertos que muestran tres cadáveres, en plena descomposición, roídos por reptiles y gusanos. En el centro, primer término, un hacinamiento macabro de muertos y de moribundos que son protegidos por ángeles o arrebatados por espíritus malignos. Anicia-

nos decrepitos, enfermos, míseros guiñapos de humanidad, claman, en vano, suplicantes, a la Flaca que esgrime su guadaña en lo alto, segando a los jóvenes, a los fuertes, a los felices. El espacio está constelado de ángeles que recogen y aupan a los bienaventurados, y de diablos de toda ralea y catadura, engendros de una fauna abracadabrante, que, con ímpetu feroz, hacen presa de los condenados. En el fondo y en lo alto de un montículo, ancianos eremitas se muestran en actitud contemplativa, apareciendo ajenos a cuanto les rodea. Se trata de una creación fantástica, plena de inquietudes, de transcendental sentido. Es profundamente patética, y fabulosa como una leyenda de los siglos medios... Mas, ¿por qué el cuadro poemático de la Muerte viene tenazmente a mi memoria? ¿Qué sutil maleficio, Yolanda mía, se ha infiltrado en nosotros?...

LA PRINCESA.—Es un maleficio de muerte, Ataulfo. ¿No has pensado nunca en que, más tarde o más temprano, tienes que ir a reunirte con ella, con la Princesa Piedad, que te espera ya, como en un lecho, en la urna de la tumba que has mandado construir? Allí te enterrarán con ella; vuestros huesos se confundirán; vuestro polvo será, al fin, un mismo polvo. Allí dormirás con ella eternamente; ese será, a la postre, tu tálamo último; y tu primera esposa, la única, la eterna.

EL PRÍNCIPE.—Calla, Yolanda, calla... ¿Qué puede preocuparte eso si tú eres la de mi alma, la de mi corazón?

LA PRINCESA.—Pero, siempre la falsa, la intempera... Al panteón real, tú lo sabes, no puede ir mi cuerpo a reposar, porque no vengo de regia estirpe. La desigualdad de nuestra alcurnia será más fuerte que todo, que nuestro amor mismo, puesto que nos separará en la tumba. Yo, después de muerta, seré llevada al panteón del castillo de la Umbría. Allí, en la tenebrosidad hosca y helada de aquel recinto de mis antepasados, te esperaré como te esperaba cuando éramos amantes; pero tú no vendrás, caballero en la noche; tú no vendrás nunca, nunca. Estarás con la otra, con la rival de siempre, cuyo fantasma blanco me parece ver sonreír en la sombra, satisfecho, porque tiene una aliada invencible: ¡la Muerte!

EL PRÍNCIPE.—Mi alma estará unida a tu alma eternamente.

LA PRINCESA.—¡El alma ¿Existe acaso?... ¿No será tan sólo materia que vibra y que palpita? El amor, el odio, ¿no serán secretos magnetismos de los átomos que se atraen o se repelen?... Lo ignoro, y lo único que sé es que no puedo resignarme a la idea de que no nos enterrarán juntos. ¿Hay algún medio para no separarnos ni con la muerte?

EL PRÍNCIPE.—Tal vez.

LA PRINCESA.—Ya lo sé. Incinerar tus despojos y beberme tus cenizas disueltas en esencia de ámbar, como la Reina Artemisa... Pero, si como me dice un fatal presentimiento, yo muero antes que tú...

EL PRÍNCIPE.—Aún puede haber otro medio, Yolanda.

LA PRINCESA.—*Anhelante.* ¿Cuál?

EL PRÍNCIPE.—Escúchame con calma y te lo explicaré. Allá por fines del siglo xv y principios del xvi, apareció en Alemania un artista extraño, que era el genuino representante de la escuela germánica, fuerte, dura, triste, taciturna, impregnada de metafísica, llena de audacias y genialidades, entre notas de humorismo cruel, fantasías visionarias e ideologías filosóficas. Su figura dice lo que son sus obras. En mi pinacoteca guardo una magnífica copia de su autorretrato. Su rostro ojeroso y lívido de Cristo macerado, encuadra una gran melena que en rubios, sedños y largos bucles, le cae hasta los hombros. Como el divino Leonardo, era enciclopédico: escultor, pintor, poeta, filósofo, grabador, sin rival en el mundo. Era de Nuremberg y apareció con la Reforma, en ese despertar de la conciencia humana.

LA PRINCESA.—¿Alberto Durero? ¿El visionario de *Melancolla*?

EL PRÍNCIPE.—Has adivinado, sí. ¿Alberto Durero? No sabes el influjo sobrenatural que en mí ejerció siempre este atormentado visionario. Sus cuadros simbólicos y extraños, sus grabados duros, víriles, desolados y dolorosos, están impresos fuertemente en mi alma. En este instante estoy viendo un grabado suyo, en acero, aquel que se titula: *El Caballero, la Muerte y el Diablo*, y yo mismo me veo retratado en él, viviendo una vida de ultratumba.

LA PRINCESA.—¿Ataulfo?

EL PRÍNCIPE.—Por un agrio camino calcinado,

todo sembrado de cráneos, huesos y fieras alimañas, como senda de anatema, avanza, jinete en su caballo, un caballero medioeval, vestido de hierro y armado de todas armas. A su lado, descarnada, crinada de serpientes, con un reloj de arena en la diestra, cabalga la Muerte.

LA PRINCESA.—Y detrás va el Diablo con un lanzón.

EL PRÍNCIPE.—Sí, y todos avanzan quebrantando huesos, aplastando cráneos, pisando animales siniestros. En lo alto de una colina rocosa y erizada de maleza, surgen los bastiones de un pétreo castillo almenado; todo bajo un cielo obscuro, fosco e implacable, que se siente pesar como una cúpula de plomo.

LA PRINCESA.—*Como ante una visión.* ¿Adónde van el Caballero, la Muerte y el Diablo?..

EL PRÍNCIPE.—*Con firmeza.* A tu castillo de la Umbría.

LA PRINCESA.—*Con espanto.* ¿A mi castillo de la Umbría?..

EL PRÍNCIPE.—*Con voz de profundo convencimiento.* Sí, a tu castillo de la Umbría, porque en ese Caballero pálido y trágico, que es de todos los siglos, me veo retratado yo, yo mismo que, después de muerto, he abandonado la urna cineraria en que dormía mi postrer sueño con mi primera esposa, para acudir a la cita que desde hoy quiero darme contigo, para más allá de la vida, en el tétrico castillo de nuestros amores. La Pálida y el Diablo me acompañarán... He

aquí por qué te decía que, acaso, habría un medio para amarnos mas allá de todo.

LA PRINCESA.—*Convulsa y anhelante.* ¿Y vendrás al fin?

EL PRÍNCIPE.—*Con acento trágico y solemne.* Sí. Te lo juro. Y este beso helado que te doy besándola en los labios y que sella nuestro pacto, me lo devolverás entonces... Son la pasión y el pecado fuertes como la muerte. *El Príncipe extiende su diestra en ademán de juramento; con la otra mano lleno aprisionadas las dos manos tremanes de la Princesa. Quedan ambos inmóviles, cual si estuviesen petrificados. Las miradas del uno se clavan en las del otro, como puñales, que fulgen con un brillar acerado, mezcla de terror y de siniestra esperanza... Una emoción de abracadabra parece flotar en el ambiente...*

## TELÓN

# ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
El Romancero en América (conferencia leída en el Ateneo de Madrid, en el curso <i>Figuras del Romancero</i> ).....	
El Poeta de la Independencia Americana: Don José Joaquín de Olmedo (conferencia leída en el Ateneo de Madrid, en el curso oficial de 1918).....	41
Cervantistas hispanoamericanos: La obra de Juan Montalvo.....	75
Rodó y Montalvo.....	113
Galdós:	
Galdós ante su estatua.....	116
Galdós en América.....	123
Concepción Arenal.....	143
Mæterlink en España.....	157
El Cristo de Velázquez.....	167
Evocación romántica.....	174
La canción de moda (cuento).....	183
La canción de la Vida (paso de comedia inspirado en una poesía de Francisco Villaespesa). ....	195
El Caballero, la Muerte y el Diablo (apunte dramático, original).....	207